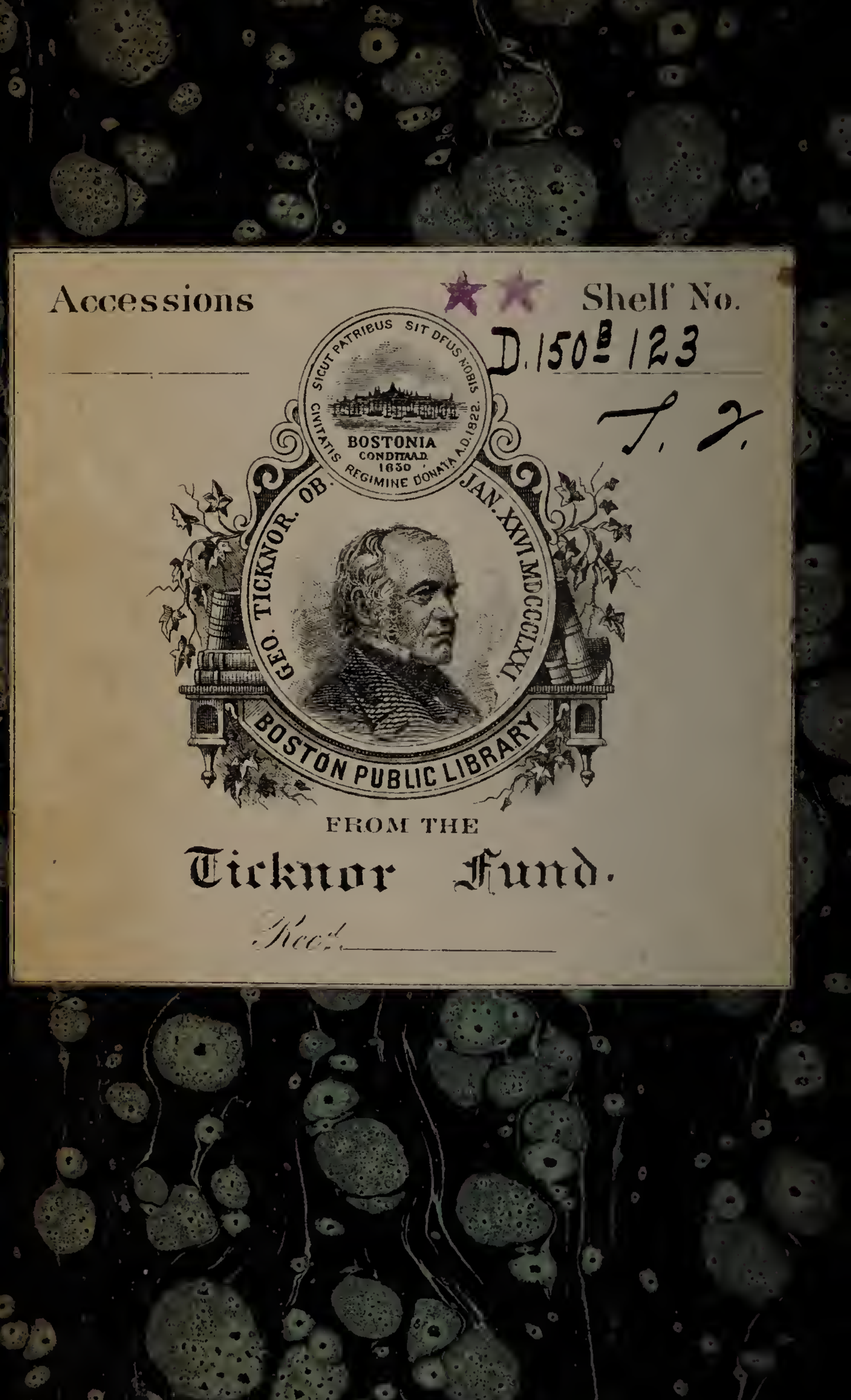
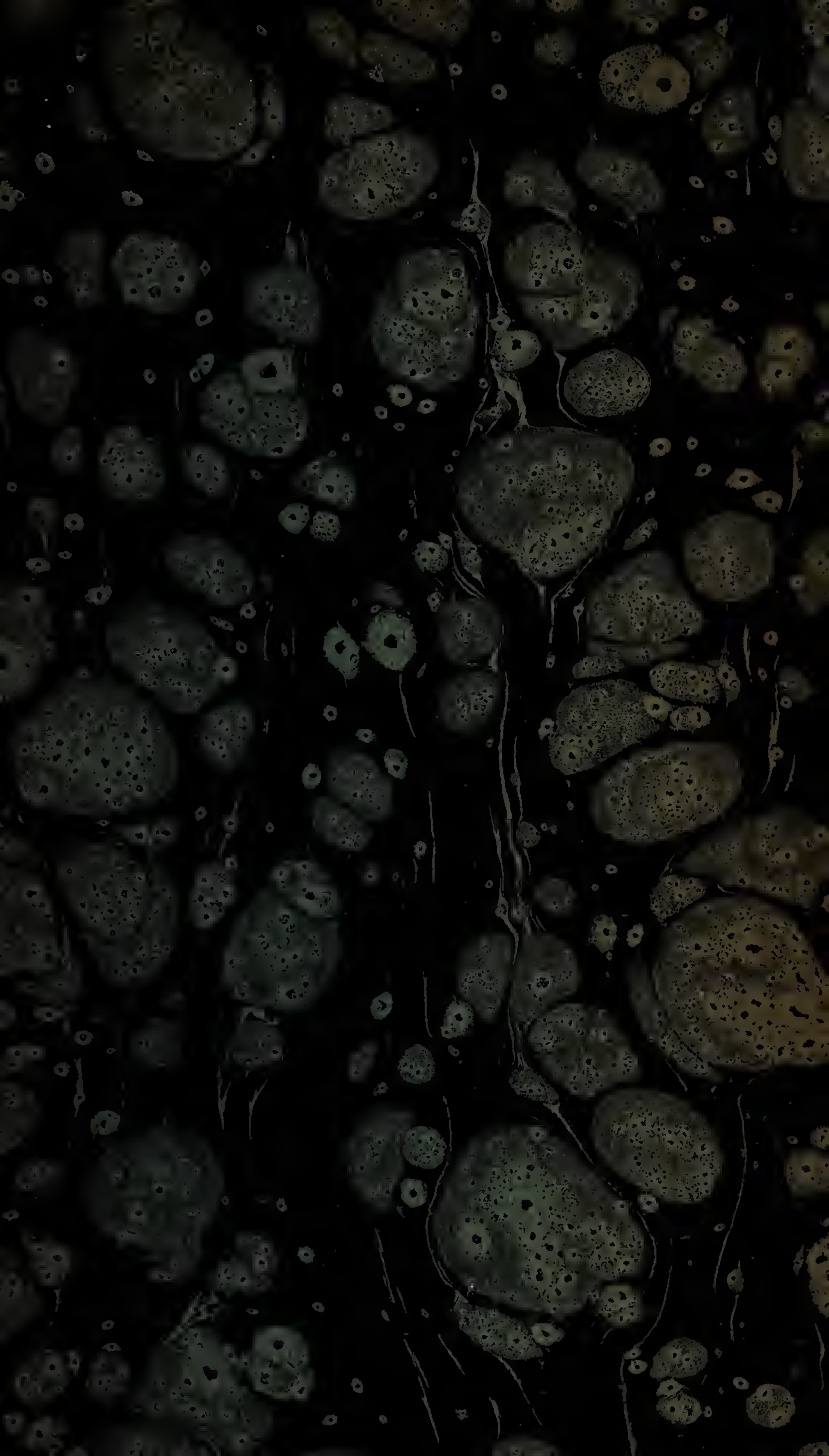




Accessions
Shelf No.
D.150B 123
T. 2.
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY
FROM THE
Ticknor Fund.
Recd.





COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

RAROS Ó CURIOSOS

OBRAS PUBLICADAS

I. DELICADO.—La Lozana Andaluza.
II. VERDUGO.—Guerra de Frisa.
III. MUÑOZ.—Tragicomedia de Lisandro y Roselia.
IV. CANCIONERO llamado de Stúñiga.
V. VILLEGAS SELVAGO.—Comedia Selvagia.
VI. LOPE DE VEGA.—Comedias inéditas. Tomo I.
VII. MILAN.—El Cortesano.
VIII. PERO TAFUR.—Andanças é viajes.
IX. SILVA.—La segunda Celestina.
X. LUCAS RODRIGUEZ.—Romancero historiado.
XI. HURTADO DE MENDOZA.—Obras poéticas.
XII. TIRSO Y GUILLEN DE CASTRO.—Comedias.
XIII. Varias Relaciones del Perú y Chile.
XIV. Varias Relaciones de las campañas de Flandes.
XV. Guerra de los españoles en Africa, en 1542, 1543 y 1632.
XVI. MONTESINOS.—Memorias antiguas del Perú.
XVII. ALMANSA Y MENDOZA.—Cartas.
XVIII. Cartas y avisos del año 1581.
XIX. Tres relaciones históricas.
XX. Pio IV y Felipe II.
XXI. LAS CASAS.—De las antiguas gentes del Perú.
XXII. THEBAYDA.—Comedia.
XXIII y XXIV. LOPE DE RUEDA.—Obras. Tomos I y II.

COLECCION

DE

LIBROS ESPAÑOLES

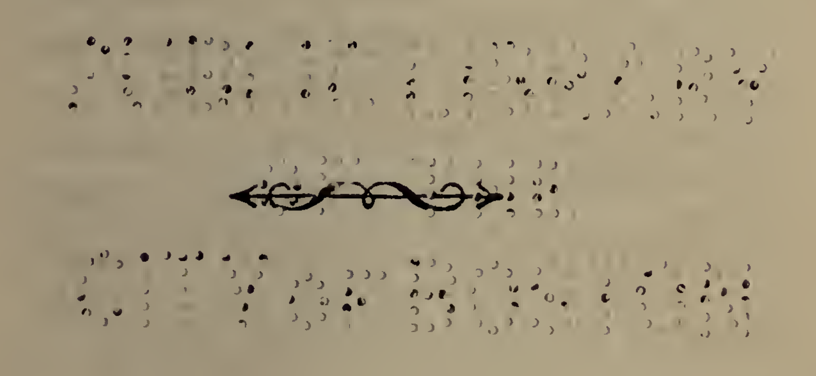
RAROS Ó CURIOSOS

QUE PUBLICA EL

Marqués de la Fuensanta del Valle

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA
Y DE LA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

TOMO VEINTE Y CUATRO



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ PERALES Y MARTÍNEZ
Calle de la Cabeza, 12.
1896

Ticknor.

June 23. 1796.

A.



ADVERTENCIA

Contiene este volumen cuatro comedias de Lope de Rueda, que recogió y dió á luz Timoneda, que se han reimpreso (1), *teniendo á la vista dos ejemplares que se encuentran en la Biblioteca Nacional y en la del Palacio Real, si bien ambos son de la misma edición, ó sea la de Sevilla de* 1576.

A la buena amistad de nuestro colega académico, el Sr. D. José María Asensio, debemos la noticia de haber publicado en la Revista El Ateneo, *algunos documentos relativos á Lope de Rueda, desconocidos hasta entonces, y que dan noticia de lo que se*

(1) La reimpresión se ha hecho con tal fidelidad, que no hemos querido corregir algunas al parecer erratas; sirva de ejemplo la palabra Auditorce, pág. 9, en vez de auditores, como dice luego en la pág. 91.

le pagó por la representación que hizo en la fiesta del Corpus, en Sevilla, el año de 1559, *así como también de que su carro de Navalcarmelo mereció se le adjudicase el premio al que mejor representación sacase en los carros; como los ejemplares de esta Revista se han hecho muy raros, insertamos á continuación los documentos citados.*

Yo, el licenciado Lope de Leon, oidor del Consejo de Su Majestad, Juez de residencia e asistente en esta ciudad de Sevilla e su tierra por Su Majestad, y los Diputados nombrados por el muy ilustre cabildo e regimiento desta dicha ciudad; para lo tocante á la fiesta del Corpus Christi deste presente año, que aquí firmamos nuestros nombres, mandamos á vos, Juan de Coronado, mayordomo de los Propios y Rentas desta dicha ciudad, que de los maravedis de vuestro cargo, deis é pagueis á Lope de Rueda, residente en esta ciudad, quarenta ducados que son para en quenta de sesenta ducados que ha de haber por dos representaciones que saca en dos carros con ciertas figuras el dia de la fiesta del Corpus Christi, que la una es de Navalcarmelo y la otra del Hijo Pródigo, con todos los vestimentos de seda, y lo demás que fuere necesario, y tomad su

carta de pago con la qual y con este nuestro libramiento vos serán recibidos en quenta los dichos quarenta ducados.—En Sevilla, sábado veinte y nueve dias del mes de Abril de mil e quinientos e cinquenta e nueve años.—Sancho de Padilla. —El licenciado Lope de Leon.—Antonio de Vergara.—Melchior Maldonado.—Ruy Fernández Marmolejo.—Juan Ortiz, escribano.

En nueve de Mayo de mil e quinientos e cinquenta e nueve años, recebí yo, Lope de Rueda, de Juan de Coronado, mayordomo de Sevilla, los quarenta ducados contenidos desta otra parte, y lo firmo de mi nombre.—*Lope de Rueda.*

Yo, el licenciado de Leon, oidor del Consejo de Su Majestad, Juez de residencia e asistente de esta dicha ciudad de Sevilla e su tierra por Su Majestad, e los Diputados nombrados por el muy ilustre cabildo e regimiento desta dicha ciudad; para lo tocante á la fiesta del Corpus Christi deste presente año, que aquí firmamos nuestros nombres, mandamos á vos, Juan de Coronado, mayordomo de los Propios y Rentas desta dicha ciudad, que de los maravedís de vuestro cargo, deis e pagueis en este presente año de mil e qui-

nientos e cinquenta e nueve á Lope de Rueda, vecino desta dicha ciudad, veinte ducados, los quales son de resto e á cumplimiento de sesenta ducados que nós le mandamos dar e ha de haber por dos carros que el susodicho sacó el dia de la fiesta del Corpus Christi deste presente año con las figuras de Navalcarmelo y el Hijo Pródigo, y tomad su carta de pago con la qual e con este nuestro libramiento, mandamos á los contadores desta dicha ciudad que vos pasen e reciban en quenta los dichos sesenta ducados, porque así se concertó por sacar las dichas figuras.—Fecho en Sevilla, sábado veinte e siete dias del mes de Mayo de mil e quinientos e cinquenta e nueve años.—D. Sancho Padilla. —El licenciado Lope de Leon.—Antonio Vergara.—Diego Ortiz Melgarejo.--Gaspar Xuarez, escribano; á Lope de Rueda XX ducados á cumplimiento de LX ducados por dos carros que sacó.

En dos de Junio de mil e quinientos e cinquenta e nueve, recebí diez ducados para en quenta deste libramiento, y lo firmé de mi nombre.—*Lope de Rueda.*

En cinco de Junio del dicho año, recebí yo, Lope de Rueda, diez ducados á cumplimiento deste libramiento, y me doy por contento y pagado de todos sesenta

ducados. y lo firmé de mi nombre.—*Lope de Rueda.*

Yo, el licenciado Lope de Leon, del Consejo de Su Majestad, Juez de residencia e asistente en esta ciudad de Sevilla e su tierra por Su Majestad, y los Diputados nombrados por el muy ilustre cabildo e regimiento desta dicha ciudad; para lo tocante á la fiesta del Corpus Christi deste presente año, que aquí firmamos nuestros nombres, mandamos á vos, Juan de Coronado, mayordomo de los Propios y Rentas desta dicha ciudad, que de los maravedís de vuestro cargo deste presente año de mil e quinientos e cinquenta e nueve años, deis e pagueis á Lope de Rueda, vecino desta dicha ciudad, ocho ducados que son, e nós le mandamos dar y ha de haber del premio que por nós le fue prometido á la persona que mejor representacion sacase en los carros del dicho dia de la fiesta del Corpus Christi, las quales representaciones habiéndose representado ante nós una que sacó el dicho Lope de Rueda, e fue de la figura de Navalcarmelo, con las demás figuras á ella pertenecientes, nos pareció por la representación della habérsele de dar los dichos ocho ducados de premio, los quales le dad e pagad tomando su carta

de pago, con la qual y con este nuestro libramiento, mandamos á los contadores desta dicha ciudad vos pasen e reciban en quenta los dichos ocho ducados.—Fecho en Sevilla, martes treinta dias del mes de Mayo de mil e quinientos e cinquenta e nueve años.—D. Sancho de Padilla.—El licenciado Lope de Leon.—Antonio de Vergara Marmolejo.—Gaspar Xuarez.—Diego Ortiz Melgarejo.—Juan Ortiz, escribano; á Lope de Rueda, ocho ducados de premio por la figura de Navalcarmelo.

En quince de Junio de mil e quinientos e cinquenta e nueve años, recebí yo, Lope de Rueda, los ocho ducados contenidos en el libramiento desta otra parte, y lo firmo de mi nombre.—*Lope de Rueda.*

Con estas cuatro comedias queda reimpreso todo lo que hemos encontrado y ha llegado hasta nuestros días de Lope de Rueda; pues aunque en la portada de la edición de Sevilla de 1576, *como verán nuestros lectores, se dice que además de las comedias se publican dos coloquios, estos son los de* Camila *y* Tymbria, *que hemos reimpreso en el tomo primero.*

F. DEL V.

OBRAS

DE

LOPE DE RUEDA

TOMO II

MDLXXVI

LAS
CUATRO COMEDIAS
Y
DOS COLOQUIOS PASTORILES

DEL EXCELENTE POETA

Y GRACIOSO REPRESENTANTE

LOPE DE RUEDA

DIRIGIDAS POR

JUAN TIMONEDA

AL ILUSTRE SEÑOR

DON MARTIN DE BARDAXIN

Á QUIEN VIDA Y SALUD DESEA

COMO MENOR CRIADO

EPÍSTOLA DE JUAN DE TIMONEDA

ILUSTRE SEÑOR:

Mi tan sobrada humanidad y mi torpe atrevimiento, por hallarse en la casa de la sapientísima poesía y elocuente oratoria, tuvieron tal conversacion, que por mostrar mi habilidad y su Mecena condicion, tuve por bien de cortar con el mal amolado cuchillo la neuma de mi torpe pluma, para dirigirle las presentes comedias y coloquios de Lope de Rueda. Suplícole que las reciba así como acostumbra rescebir los menores servicios de sus mínimos criados, siendo uno de ellos

Juan Timoneda.

LAS PRIMERAS

DOS ELEGANTES Y GRACIOSAS

COMEDIAS

DEL EXCELENTE POETA

Y REPRESENTANTE

LOPE DE RUEDA

SACADAS Á LUZ POR

JUAN TIMONEDA



COMEDIA EUFEMIA

COMEDIA ARMELINA

EPÍSTOLA SATISFACTORIA

DE

JUAN TIMONEDA

AL PRUDENTE LECTOR

Viniéndome á las manos, amantísimo lector, las comedias del excelente poeta y gracioso representante Lope de Rueda, me vino á la memoria el deseo y asecracion, que algunos amigos y señores mios, tenian de vellas en la provechosa y artificial imprenta. Por do me dispuse (con toda la vigilancia que fué posible), á ponellas en órden, y sometellas bajo la correccion de la Santa Madre Iglesia. De las cuales, por este respeto, se han quitado algunas cosas no lícitas y mal sonantes, que algunos en vida de Lope habrán oido. Por tanto, miren que no soy de culpar, que mi buena intencion es la que me salva.

SONETO

DE

AMADOR DE LOAYSA

EN LOOR DE LAS COMEDIAS

DE LOPE DE RUEDA

Menandro y Agunterio con Vergilio,
El Píndaro, Boecio y Apiano,
Enio, Bembo, Esquilo, Llaudiano,
Eurípides, Suetonio, Baso y Dilio.
De musas aguardaron el auxilio,
Mas no Lope de Rueda, sevillano,
Que siempre de contino y en su mano
Las tuvo, y el poético Concilio,
Así de parte destos, laureóla
Le dió Petrarca, Horacio con el Dante,
Texida y fabricada por Apolo,
Con mote que decia: es Lope sólo
Poeta y orador; representante
Gracioso en la retórica española.

COMEDIA

LLAMADA

EUFEMIA

MUY EJEMPLAR Y GRACIOSA,
AGORA NUEVAMENTE COMPUESTA
POR

LOPE DE RUEDA

EN LA CUAL SE INTRODUCEN LAS
PERSONAS SIGUIENTES:

LEONARDO, *gentil hombre.*
EUFEMIA, *su hermana.*
MELCHIOR ORTIZ, *simple.*
CRISTINA, *criada de Eufemia.*
POLO, *lacayo.*
XIMENA DE PEÑALOSA, *vieja.*
VALIANO, *señor de Varonias.*
EULALIA, *negra.*
PAULO, *anciano criado.*
VALLEJO, *lacayo.*
GRIMALDO, *paje.*
GITANA.

INTROITO QUE HACE EL AUTOR

En un lugar de la Calabria (Auditorce), hubo dos hermanos de ilustre sangre nascidos, un varon, y una hembra. El varon que Leonardo se llama, determinado de ver tierras extrañas, de Eufemia, su hermana, se despide. Donde de lance en lance en casa de Valiano, señor de Varonias, viene á parar. El cual á Leonardo rescibe en su servicio, y hace uno de los principales de su casa. Si escuchan el fin de nuestra poética fábula, verán por envidia urdido un caso asaz peligroso; pero la Divina Providencia, remediadora de semejantes tratos, da órden. De suerte, que estando en el mayor peligro de todo, acaba en fin próspero y alegre.—*Et valete.*



ESCENA PRIMERA

INTERLOCUTORES:

LEONARDO, *gentil hombre.*
MELCHIOR ORTIZ, *simple* —EUFEMIA, *dama.*
XIMENA DE PEÑALOSA, *vieja.*
CRISTINA, *moça.*

LEO. Larga y en demasiada manera me ha parescido la pasada noche, no sé si fué la ocasion el cuidado con que de madrugar me acosté; sin duda debe ser ansí. Porque buen rato há que Eufemia, mi querida hermana, con sus criadas siento hablar, que con el mismo pensamiento se fué á dormir, entendiendo de mí que no me pudo apartar de hacer esta jornada. Vereis que no sé si habrá tampoco hecho Melchior lo que anoche

le dejé encomendado. ¡Melchior, ah, Melchior!

MEL. Apriesa, apriesa, que se entran los moros por la villa; henchí en mal punto el ringlon si quereis que responda.

LEO. Melchior, válgale el diablo á este asno, y dónde está que no me oye.

MEL. Diz que no oigo, pardiez, que si yo quisiese, antes que me llamase tengo oido; mas que monta, que tambien trato yo de mis intereses como cualquier hombre de honra; á ese Melchior échele un soportativo, y verá cuán recio só con él.

LEO. Superlativo quieres decir, badajo.

MEL. Sí, señor. Pues, ¿por qué nos barajamos ellotro dia Ximena de Peñalosa y yo?

LEO. No me acuerdo.

MEL. ¿No se acuerda, que nos medió á puñeteamos, porque me dijo en mis barbas que era mejor alcurnea la de los Peñalosas que los Ortizes?

LEO. Paresce que me voy acordando ya.

MEL. ¡Ah, gracia á Dios! Pues aqueso, Melchior, agustele con algun cosi-

ta al principio, porque no vaya á secas, y verá lo que pasa.

LEO. ¡Ah, señor Melchior Ortiz!

MEL. Agora soy contento. ¿Qué manda vuesa merced?

LEO. ¡Oh, mal os haga Dios, que tantos términos habemos de tener para que salgais!

MEL. Que no lo hago en mi álima, sino porque sienta esta mala vieja que soy honrado en la boca de vuesa merced. Que para mi contento, con un oyes me sobra tanto como la mar.

LEO. ¿Pues qué se le da á ella de todo aqueso?

MEL. Que dice ella ques mejor que mi madre, con no haber hombre ni mujer en todo mi pueblo, quien abriendo la boca no diga más bien della que las abejas del oso.

LEO. Aqueso de bien quista debe ser.

MEL. ¿Pues de qué? En verdad, señor, que no se ha hallado tras della tan sola una macula.

LEO. Mácula, querrás decir.

MEL. Mujer, que todo el mundo la alaba. No es harto, señor.

LEO. Pues no sé qué se dice por ahí de sus tramas.

MEL. No hay qué decir. Qué pueden decir, que era un poco ladrona, como Dios y todo el mundo sabe, y algo deshonesta de su cuerpo, lo demás no fuera ella. ¿Cómo llaman aquestas de cuero que hinchen de vino, señor?

LEO. Bota.

MEL. ¿No le sabe vuesa merced otro nombre?

LEO. Borracha.

MEL. Aqueso tenia tambien, que en esotro así podian fiar della oro sin cuento, como á una gata parida una vara de longanizas, ó de mí una olla de puchos, que todo lo ponia en cobro.

LEO. Eso es cuanto á la madre: ¿y tu padre era oficial?

MEL. Señor, miembro diz que fué de justicia en Constantina de la Sierra.

LEO. ¿Qué fué?

MEL. Miente vuestra merced los cargos de un pueblo.

LEO. Corregidor.

MEL. Más bajo un poquito.

LEO. Alguacil.

MEL. No era para alguacil, que era tuerto.

LEO. Porqueron.

MEL. No valia nada para correr, que le habian cortado un pie por justicia.

LEO. Escribano.

MEL. En todo nuestro linaje no hubo un hombre que supiese leer.

LEO. ¿Pues qué oficio era el suyo?

MEL. ¿Cómo le llaman á aquestos que de un hombre hacen cuatro?

LEO. Bochines.

MEL. Así, así, bochin, bochin, y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

LEO. Por cierto que sois hijo de honrado padre.

MEL. ¿Pues cómo dice la señora Peñalosa que puede ella vivir con mi çapato, siendo todos hijos de Adrian y Estéban?

LEO. Calla un poco, que tu señora sale, y éntrate.

EUF. ¿Qué, madrugada ha sido esta, Leonardo, mi querido hermano?

LEO. Charísima Eufemia, querria que si Dios dello fuere servido, començar hoy mi viaje y encaminarme á aquellas partes que servido fuere.

EUF. Que, ¿todavía estás determinado

de caminar, sin saber á dó? ¡Cruel cosa es esta! Mi hermano eres, pero no te entiendo. ¡Ay, sin ventura, que cuando á pensar me pongo tu determinacion y firme propósito, la muerte de nuestros charísimos padres se me representa! ¡Ay, hermano, acordarte debias, que al tiempo que tu padre y mio murió, cuánto á tí dél quedé encomendada por ser mujer y menor que tú! ¡No hagas tal, hermano Leonardo, ten piedad de aquesta hermana desconsolada, que á tí con justísimas plegarias se encomienda!

LEO. Cara y amada Eufemia, no procures de estorbar con tus piadosas lágrimas lo que tantos dias há que tengo determinado, de lo cual sólo la muerte sería parte para estorballo. Lo que suplicarte se me ofresce es, que hagas aquello que las virtuosas y sábias doncellas, que del amparo paterno han sido desposeidas y apartadas suelen hacer. No tengo más que avisarte sino que doquiera que me hallare serás á menudo con mis letras visitada, y por ago-

ra, en tanto que yo me llego á oir misa, harás á ese mozo lo que anoche le dejé mandado.

EUF. Vé, hermano, en buena hora, y en tus oraciones pide á Dios que me preste aquel sufrimiento que para soportar tu ausencia me será conveniente.

LEO. Así lo haré. Queda con Dios.

EUF. ¡Ortiz, ah Melchior Ortiz!

MEL. Señora. Tomado lo han á destajo esta mañana.

EUF. Sal aquí, que eres de menester.

MEL. Ya, ya; no me digais más, que ya voy atinando lo que me quiere.

EUF. Pues si lo sabeis, hazeldo y despachad, que vuestro señor es ido á oir misa, y será presto de vuelta.

MEL. No sé por dónde me lo comience.

EUF. Con tal que se haga todo, començad por dó querreis.

MEL. Ora sus, ya voy; en el nombre de Dios. ¿Mas sabe vuesa merced qué querria yo?

EUF. No, si no lo dices.

MEL. Saber á lo que vo, ó á qué.

EUF. ¿Qué te mandó tu señor anoche antes que se fuese á acostar? Oislo, Ximena de Peñalosa.

XIM. Mi ánima, entrañas, que quien

bien os quiere, ¡ay si he podido dormir una hora en todo esta noche!

EUF. ¿Y de qué, ama?

XIM. Mosquitos que en mi conciencia unas herroñadas pegan, que mal año para abejon.

MEL. Debe dormir la señora abierta la boca.

XIM. Si duermo ó no, ¿qué le va al gesto de renacuajo?

MEL. ¿Cómo quiere la señora que no se peguen á ella los mosquitos, si de ocho dias que tiene la semana, se echa los nueve hecha cuba?

XIM. ¡Ay, señora! Paréscele á vuesa merced que se ha dejado decir ese cucharon de comer gachas en mitad de mi cara, ¡ay, plegue á Dios que en agraz te vayas!

MEL. En agraz, á lo ménos, no le podrán comprender á la señora esas maldiciones; así, que me perdone.

XIM. ¿Por qué, molde de bodoques?

MEL. ¿Cómo se puede la señora chupa de palmito ir en agraz, si á la contina está hecha uva?

XIM. A osadas, don mostrenco, si no me lo pagáredes.

MEL. Pase adelante la cara de mula que tiene toroçon.

XIM. ¡Ay, señora, déjeme vuesa merced llegar á ese pailón de coser melosa; paresce cual me para el aguja de ensartar matafes.

MEL. Paramento de bodegon, allega, canton de encrucijada, aparejo para caçar abejarucos.

EUF. Paso, paso; ¿qués esto? ¿No ha de haber más criança, siquiera por quien teneis delante?

CRIS. ¡Ay, señora mia, y no hay un palo para este lechonazo! Por mi salud paresce que anda acá fuera algun juego de cañas, segun el estruendo.

EUF. En verdad que parescen contino estando juntos gato y perro.

CRIS. Haria mejor á buena fé, señor Melchior Ortiz, de mirar por aquel cuartago, que tres dias há que no se le cae la silla de encima.

MEL. Mas me maravillo, hermana Cristina, de lo que dices; ¿cómo demonio se le ha de caer si está con la gurupera, y con entrambas á dos las cinchas engarrotadas?

EUF. Librada sea yo del que arriedro;

vaya, ¿paréscete que es bien dejar el cuartago sin quitar la silla tres dias há? Ved con qué alientos estará para hacer jornada.

XIM. Los recados del señor.

MEL. ¿Qué recados? Si yo no le tuviera tan buena voluntad, dejáralo estar ansí.

CRIS. ¿Y paréscete á tí que procede de buen querer dejalle con la silla tres noches?

MEL. Pardiez, hermana Cristina, que la verdad que te diga, yo no le dejé dormir vestido, sino porque se alegrase con la silla y freno nuevo que tiene; otro peor mal no tuviese, queste otro bien le pasaria.

EUF. ¡Ay, amarga! ¿Y qué?

MEL. Que dende quel señor vino antiyer del alquería, maldito el grano de cebada él ha probado de todos cuantos piensos le puesto.

EUF. Jesús, Dios sea conmigo, pues agora lo dices. Corre, Cristina; mira si es verdá lo que éste dice.

MEL. Verdad, señora, así como yo soy hijo de Gabriel Ortiz y Arias Carrasco, verdugo y perrero mayor de Constantina de la Sierra.

XIM. Honrados ditados tenia el señor vuestro padre.

MEL. Tal me haga Dios á mí, amen.

EUF. Harto bien te deseas por cierto.

MEL. Señora, no se engañe vuesa merced, que en ahorcando mi padre á cualquiera, no hablaba más el juez en ello, que si nunca hubiera tocado en él.

GRIS. ¡Ay, señora, que desventura tan grande! Mire vuesa merced cómo habia de comer el rocin con freno y todo en la boca.

EUF. ¿El freno?

MEL. Sí, señora, el freno, el freno.

EUF. ¿Pues, con el freno lo has dejado, traidor?

MEL. ¿Pues he yo de ser adevinador, ó vengo yo de casta para ser tan criado como aqueso?

EUF. ¿Pues qué mala criança era desenfrenar un rocin?

MEL. Si lenfrenó nostramo, paréscele que era límite de buena criança, y diera buena cuenta de mí en deshacer lo que señor habia hecho.

XIM. La retórica, como la quisiéredes, que respuesta no ha de faltar.

MEL. Retórica sabe que la mamé en la leche.

EUF. ¡Cuán sábia era su madre del señor!

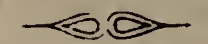
MEL. Pardiez, señora, las noches por la mayor parte, en levantándose de la mesa no habia pega ni tordo en gavia que tanto chirlase.

CRIS. ¡Ay, señora, éntrese vuesa merced; remediarse ha lo que se pudiere, que ya mi señor dará vuelta y querrá luego partir!

EUF. Bien has dicho, entremos.

XIM. Pase delante el de los buenos recados.

MEL. Vaya ella, la de las buenas veces.





ESCENA SEGUNDA

INTERLOCUTORES:

POLO, *lacayo*.—VALLEJO, *lacayo*.
GRIMALDO, *paje*.

POLO A buen tiempo vengo, que ninguno de los que quedaron de venir han allegado; ¿pero qué aprovecha, si yo por cumplir con la honra deste desesperado de Vallejo he madrugado antes de la hora que limitamos? Catá ques cosa hazañosa la deste hombre, que ningun dia hay en toda la semana que no pone los lacayos de casa, ó parte dellos, en revuelta. Mirá hora por qué diablos se envolvió con Grimaldicos, el paje del Capiscol, siendo uno de los honrados moços que hay en este

pueblo. Hora yo tengo de ver cuánto tira su barra, y á cuánto alcança su ánimo, pues presume de tan valiente.

VALL. Tal se ha de sufrir en el mundo; ¿cómo se puede pasar una cosa como ésta, y más estando á la puerta del Aseo, donde tanta gente de lustre se suele llegar? Hay tal cosa, que un rapaz descaradillo que ayer nasció, se me queria venir á las barbas; ¡y que me digan á mí los lacayos de mi amo que calle, por ser el Capiscol, su señor, amigo de quien á mí me da de comer! Así podría yo andar desnudo, é ir de aquí á Jerusalem los pies descalços, y con un sapo en la boca atravesado en los dientes, que tal negocio dejase de castigar. Acá está mi compañero. ¡Ah, mi señor Polo! ¿Acaso ha venido alguno de aquellos hombrecillos?

POLO No he visto ninguno.

VALL. Bien está, señor Polo; la merced que se me ha de hacer es que aunque vea copia de gente, dobleis vuestra capa y os asenteis encima, y tengais cuenta en los

términos que llevo en mis pendencias; y si viéredes algunos muertos á mis pies, que no podrá ser ménos placiendo á la Magestad Divina, el ojo á la justicia, en tanto que yo me doy escapo.

POLO Cómo, ¿qué tanto pecó aquel pobre moço, que os habeis querido poner en necesidad á vos y á vuestros amigos?

VALL. Mas quiere vuestra merced, señor Polo, sino que llevando el rapaz la falda al Capiscol, su amo, al dar la vuelta tocarme con la contera en la faja de la capa de la librea. ¿A quién se le hubiera hecho semejante afrenta, cuando reuniera ya docena y media de hombres puestos á hacer carne momia?

POLO ¿Por tan poca ocasion? ¡Válame Dios!

VALL. ¿Poca ocasion os parece reírseme despues en la cara como quien hace escarnio?

POLO Pues de verdad que es Grimaldicos un honrado moço, y que me maravillo hacer tal cosa; pero él vendrá y dará su descargo, y vos, señor, le perdonareis.

VALL. Tal decís, señor Polo, mas me pesa que me sois amigo, por dejaros decir semejante palabra. Si aqueste negocio yo agora perdonase, decirme vos cuál quereis que ejecute.

POLO Hablad paso, que veisle aquí do viene.

GRIM. Ea, gentiles hombres: tiempo es agora que se eche este negocio á una banda.

POLO Aquí estaba rogando al señor Vallejo que no pasase adelante este negocio, y halo tomado tan á pechos, que no basta razon con él.

GRIM. Hágase vuesa merced á una parte, veremos para cuánto es esa gallinilla.

POLO Ora, señores, óiganme una razon, y es que yo me quiero poner de por medio, veamos si me harán tan señalada merced los dos, que no riñan por agora.

VALL. Así me podrían poner delante todas las pieças de artillería questán por defensa en todas las fronteras de Asia, Africa y en Europa, con el serpentino de bronce que en Cartagena está desterrado por su demasiada soberbia; y que vol-

viesen ahora á resucitar las lombardas de hierro colado con quel Cristianísimo Rey D. Fernando ganó á Baça; y finalmente, aquel tan nombrado galeon de Portugal con toda la canalla que lo rige viniese, que todo lo que tengo dicho y mentado fuese bastante para mudarme de mi propósito.

POLO Por Dios, señor, que me habeis asombrado, y que no estaba aguardando sino cuándo aviedes de mezclar las galeras del gran Turco, con todas las demás que van de Levante á Poniente.

VALL. Que no las he mezclado, pues yo las doy por emburulladas, vengan.

GRIM. Señor Polo, ¿para qué tanto almacen? Hágase á una banda, y déjeme con ese ladron.

VALL. ¿Quién es ladron, babosillo?

GRIM. Tú lo eres, ¿hablo yo con otro alguno?

VALL. Tal se ha de sufrir, que se ponga este desbarbadillo conmigo, á tú por tú.

GRIM. Yo, liebre, no he de menester barbas para una gallina como tú; antes con las tuyas delante del se-

ñor Polo, pienso limpiar las suelas destos mis estibales.

VALL. Las suelas, señor Polo, ¿qué más podía decir aquel valerosísimo español Diego García de Parades?

GRIM. ¿Conocístele tú, palabrero?

VALL. Yo, rapagon. El campo de once á once que se hizo en el Piamonte, ¿quién lo acabó sino él y yo?

POLO Vuesa merced, ¿y es cierto aqueso dese campo?

VALL. Buena está la pregunta; y aun unos pocos de hombres que á él le sobraron por estar cansado, ¿quién les acabó las vidas sino aqueste braço que veis?

POLO Pardiez, que me paresce aquello una cosa señaladísima.

GRIM. Que miente, señor Polo; ¿un hombre como Diego García se habia de acompañar con un ladron como tú?

VALL. ¿Ladron era yo entonces, palominillo?

GRIM. Si entonces no, agora lo eres.

VALL. ¿Cómo lo sabes tú, ansarino nuevo?

GRIM. Cómo, ¿qué fué aquello que te pasó en Benavente, que está la tierra más llena dello que de simiente mala?

VALL. Ya, ya sé ques eso; á vuesa merced que sabe negocios de honra, señor Polo, quiero contar que á semejantes pulgas no acostumbro dar satisfecho. Yo, señor, fuí á Benavente á un caso de poca estofa, que no era más sino matar cinco lacayos del Conde, porque quiero que lo sepa: fué porque habian revelado una mujercilla que estaba por mí en casa del padre, en Medina del Campo.

POLO Toda aquella tierra sé muy bien.

VALL. Despues que ellos fueron enterrados, y yo por mi retraimiento me viese en alguna necesidad, acodicieme á un manto de un clérigo y á unos manteles de casa de un bodegonero donde yo solia comer, y cógeme la justicia, y en justo y en creyente señor, etcétera. Y esto es lo que aqueste rapaz está diciendo. Pero agora no fáltame á mí de comer en casa de mi amo, para que use yo de aquesos tratos.

GRIM. Suso, que estoy de priesa.

VALL. Señor Polo, aflójeme vuesa merced un poco aquestas ligabambas.

POLO Aguarde un poco, señor Grimaldo.

VALL. Agora apriéteme aquesta estringa del lado de la espada.

POLO ¿Está agora bíen?

VALL. Agora métame una nomina que hallará aquí al lado del coraçon.

POLO No hallo nínguna.

VALL. ¿Que no traigo ahí una nomina?

POLO No por cierto.

VALL. Lo mejor me he olvidado en casa, debajo de la cabecera del almohada, y no puedo reñir sin ella, espérame aquí, ratoncillo.

GRIM. Vuelve acá, cobarde.

VALL. Ora, pues sois porfiado, sabed que os dejara un poco más con vida, si por ella fuera; déjeme, señor Polo, hacer á ese hombrecillo las preguntas que soy obligado por el descargo de mi conciencia.

POLO ¿Qué le habeis de preguntar? Decí.

VALL. Déjeme vuesa merced hacer lo que debo; ¿qué, tanto há, golondrinillo, que no te has confesado?

GRIM. ¿Qué parte eres tú para pedirme aqueso, corta bolsas?

VALL. Señor Polo, vea vuesa merced si quiere aquese pobrete moço que le digan algo á su padre, ó qué

misas manda que le digan por su alma.

POLO Yo, hermano Vallejo, bien conozco á su padre y madre, cuando algo sucediese, y sé su posada.

VALL. ¿Y cómo se llama su padre?

POLO ¿Qué os va en saber su nombre?

VALL. Para saber despues quién me querrá pedir su muerte.

POLO Ea, acaba ya, que es vergüença; ¿no sabeis que se llama Luis de Grimaldo?

VALL. ¡Luis de Grimaldo!

POLO Sí, Luis de Grimaldo.

VALL. ¿Qué me cuenta vuesa merced?

POLO No más que aquesto.

VALL. Pues, señor Polo, tomad aquesta espada, y por el lado derecho apretad cuanto pudiéredes, que despues que sea ejecutada en mí aquesta sentencia, os diré el por qué.

POLO Yo, señor, guárdeme Dios que tal faga, no quite la vida á quien nunca me ha ofendido.

VALL. Pues señor, si vos por serme amigo rehusais, vayan á llamar á un hombre de Piedrahita, á quien yo he muerto por mis propias manos casi la tercera parte de su

generacion, y aquese como capital enemigo mío, vengará en mí propio su saña.

POLO ¿A qué efecto?

VALL. ¿A qué efecto me preguntais? ¿No decís ques ese hijo de Luis de Grimaldos, alguacil mayor de Lorca?

POLO Y no de otro.

VALL. Desventurado de mí, ¿quién es el que me ha librado tantas veces de la horca, sino el padre de aquese caballero? Señor Grimaldo, tomad vuestra daga, y vos mismo abrid aqueste pecho, y sacadme el coraçon y abrilde por medio, y hallareis en él escrito el nombre de vuestro padre Luis de Grimaldo.

GRIM. ¿Cómo, qué? No entiendo eso.

VALL. No quisiera haberos muerto por los santos de Dios, por toda la soldada que me da mi amo. Vamos de aquí, que yo quiero gastar lo que de la vida me resta en servicio deste gentilhombre, en recompensa de las palabras que sin le conoscer he dicho.

GRIM. Dejemos aqueso, que yo quedo, hermano Vallejo, para todo lo que os cumpliere.

VALL. Sus, vamos, que por el nuevo co-

noscimiento nos encontraremos por casa de Malata el tabernero, que aquí traigo cuatro reales; no quede sólo un dinero que todo no se gaste en servicio de mi más que señor Grimaldos.

GRIM. Muchas gracias, hermano, vuestros reales guardaldos para lo que os convenga, que el Capiscol, mi señor, querrá dar la vuelta á casa, y yo estoy siempre para vuestra honra.

VALL. Señor, como criado menor me puede mandar; vaya con Dios. ¿Ha visto vuesa merced, señor Polo el rapaz, cómo es entonado?

POLO A fé que parece moço de honra; pero vamos ques tarde. ¿Quién quedó en guarda de la mula?

VALL. El lacayuelo quedó. ¡Ah, Grimaldico, Grimaldico, cómo te has escapado de la muerte por dárteme á conocer! Pero guarte no vuelvas á dar el menor tropeçoncillo del mundo, que toda la parentela de los Grimaldos no será parte para que á mis manos ese pobrete espritillo, que aunque está con la leche en los labios, no me lo rindas.



ESCENA TERCERA

INTERLOCUTORES:

LEONARDO, *gentil hombre*.—MELCHOR ORTIZ, *simple*.—POLO, *lacayo*.

MEL. ¡Oh! Gracias á Dios que me lo deparó, parécele que ha sido buena la burla; ¿esta es la compañía que me prometió de hacer antes que saliésemes de nuestra tierra, y lo que mi señora le rogó?

LEO. ¿Qué fué lo que me rogó, que no me acuerdo?

MEL. ¿No le rogó que me hiciese buena compañía?

LEO. Pues, ¿qué mala compañía has tú rescebido de mí en esa jornada?

MEL. Fíase el hombre en él pensando luego daremos la vuelta, y há unas siete horas que anda hom-

bre como perro rastrero, y á mal y á bien, no le he podido dar alcance.

LEO. ¿No podíades dar la vuelta á la posada temprano, ya que no me hallabas?

MEL. Acabe ya, ¿tenía yo blanca para dar al pregonero?

LEO. ¿Y para qué al pregonero, acemilon?

MEL. Para que me pregonara como á bestia perdida; y así de lance en lance, me adestrara dónde á vuesa merced le habian aposentado

LEO. Que, ¿tan poca habilidad es la tuya, que á la posada no atinas?

MEL. Pues si atinara, ¿habia de estar agora por desayunarme?

LEO. ¿Que no has comido? ¿Es posible?

MEL. Calle; tengo el buche templado como halcon cuando le hacen estar en dieta de un dia para otro.

LEO. ¿Cómo diablos te perdiste esta mañana?

MEL. Como vuesa merced iba ocupado hablando con aquel amigo, que no fué hombre, sino azar para mí, yo desviéme un poco pensando que habraban de secreto, y no más, cuanto doy la vuelta á

ver una tabla de pasteles que llevaba un mochacho en la cabeça, atraviesan á mí otros dos, que verdaderamente el uno parecía á vuesa merced en las espaldas, y los dos cuélanse dentro en el Aseo á oir una misa que decían, que duró hora y media; yo contino allí detrás, pensando que era vuesa merced, y cuando se volvió á decir el benalicamusdolime, que responden los otros, dongrafilas, lleguéme adaquel que le parecía y díjile: ea, señor, habemos de ir á casa; él que vuelve la cabeça y me ve, díjome: ¿conóscesme tú, hermano?

LEO. ¡Oh, quién te viera!

MEL. Yo, que veo el preito mal parado, acudo á las puertas para volverles á buscar, y mis pecados que siempre andan haciéndome gestos, hallólas todas cerradas.

LEO. ¿Cuál andarías?

MEL. Yo le diré qué tal. ¿Ha visto vuesa merced raton caido en ratonera, que buscando por do soltarse anda dando topetadas dun cabo á otro para huir?

LEO. Sí, he visto algunas veces.

MEL. Pues ni más ni ménos andaba el sin ventura de Melchior Ortiz Carrasco, hasta que fortuna me deparó á una parte una puertecilla por do ví salir algunas gentes que se habian quedado rezagadas á oir aquella misa, quera la postrera; pero vamos, señor, si habemos dir.

LEO. ¿A dónde?

MEL. ¿Diz que á dónde? A casa.

LEO. A casa; ¿y á qué, á tal hora?

MEL. Señor, para tomar por la boca un poco de orégano y sal.

LEO. ¿Para qué sal y orégano?

MEL. Para echar las tripas en adobo.

LEO. ¿Cómo?

MEL. Señor; ya ellas están vinagre de pura hambre, con el orégano y sal ternán con qué sustentarse; si le paresce á vuesa merced.

LEO. Pues agora no puede ser, andacá conmigo, que Valiano, que es señor de aqueste pueblo, con quien yo agora de nuevo he asentado, está en vísperas, y téngole de acompañar; y oirás las más solemnes voces que oiste en toda tu vida.

MEL. Vamos, señor, en hora buena;

pero si oir voces se pudiese excusar, rescibiría yo señaladísima merced.

LEO. Ah, don traidor, que agora pagareis lo que al cuartaguillo hecistes estar ayuno; ah, acordaisos.

MEL. Pues pecador fuí yo á Dios, hiciérame pagar vuesa merced el pecado donde cometí el delito, y no donde así me puedo caer á una cantonada desas, que no hallaré quien me diga qué has menester.

LEO. Ora, suso, toma toda esta calle adelante y pregunta por el hostal del lobo, cata aquí la llave, y come tú de lo que hallares en el aposento, y aguárdame en la posada hasta que yo vaya.

MEL. Agora va razonablemente el partido de Melchior, pero no sabríamos lo que sobró para mí.

LEO. Camina, que yo aseguro que no quedarás quejoso.

MEL. Yo voy, quiera Dios que ansí sea.

POLO Guarde Dios al gentilhombre.

LEO. Vengais hora buena, mancebo.

POLO Dígame, ¿es vuesa merced un extranjero que llegó los dias pasados á este pueblo en compañía del mayordomo de aquí de esta tierra?

LEO. Yo creo que soy aquese por quien preguntais, mas ¿por qué lo decís?

POLO Porque anoche sobre mesa trataron de la habilidad suya, y asimismo como era vuesa merced muy gentil escribano y excelente contador; finalmente, que sería mucha parte su buena habilidad para entender y tratar en el oficio de Secretario de Valiano, mi señor, porque como hasta agora sea moço y por casar, no tiene copia cumplida de los oficiales que á su estado y renta conviene. Holgara yo que vuesa merced quedase en esta tierra, y en servicio del señor della, por ser uno de los virtuosos caballeros que hay en estas partes.

LEO. Holgaré por cierto de quedar, porque aquese caballero y yo, que no sé quien es, nos topamos una jornada de aquí, y la voluntad mia, que era estar en servicio de un señor que fuese tal, él por la virtud suya me ha encaminado á esta tierra. Asimismo, como de mi cosecha no tenga habilidad ninguna, sino es aqueste escrebir y contar, que cuando niño mis

padres, que en gloria sean, me enseñaron, acordaría aquese gentilhombre de dar aviso á vuestro señor de mí, por ver si para su servicio fuese suficiente y hábil.

POLO Por cierto, señor, que se muestra en él bien que debe de ser persona en quien habrá más que dél se dice; pero yo creo que andan por la villa en busca suya. Vuesa merced vaya á Palacio á donde le están aguardando, que no será razon dejar pasar tan buena coyuntura; sino hacer hincapié, que todos le seremos prestos para su servicio.

LEO. Muchas gracias; yo lo agradezco, vóime.

POLO Vaya con Dios.

LEO. Beso sus manos.

PAU. ¿Qué es lo que haces, Polo?

POLO Ya puede ver, señor Paulino.

PAU. ¿Has habido noticia deste gentilhombre que vo buscando por la villa?

POLO Anagora se va de aquí derecho á palacio, por habelle dado aviso que van en busca suya.

PAU. ¿Qué manera de hombre de edad es á lo que muestra?

POLO Gentil mancebo, y dispuesto es, señor, y muy buena plática que tiene; y su edad será de veinte y cinco ó treinta años.

PAU. ¿Va bien tratado?

POLO Segun su traje, de ilustre prosapia debe ser su descendencia.

PAU. ¿De qué nascion?

POLO Español me paresce.

PAU. Anda, vamos.

POLO Vaya vuesa merced, que yo por acá me quiero ir á dar vuelta por ver si podré alcanzar una vista de mi señora Eulalia la negra.





ESCENA CUARTA

INTERLOCUTORES;

VALIANO, *señor de varonías.*—LEONARDO, *gentilhombre.*—VALLEJO, *lacayo.*

VALIA. La causa, Leonardo, porque á tal hora conmigo te mandé que apercibido con tus armas salieses, no fué porque yo viniese á cosa hecha, sino solamente por comunicar contigo aquel negocio que ayer me començaste apuntar, y por eso te he traido por calles tan escombradas de gente; solamente á Vallejo, lacayo, dije que tomase su espada y capa, mandándole quedar á esa cantonada, para que con gran vigilancia y cuidado no seamos de nadie espiados, mandándole que haga la guardia.

LEO. ¡Vallejo!

VALL. ¿Adó los? ¿Dónde van? ¡Mueran los traidores!

VALIA. Paso, paso, ¿á quién has visto que te toma?

VALL. ¡Ah, pecador de mí, señor, á qué efecto has salido á poner en peligro tu persona! Véte, señor, acostar, y el señor Leonardo, y déjame con ellos, que yo los enviaré antes que amanezca á caçar gabiluchos á los robles de Mechualon.

VALIA. Válete el demonio, no asegurarás ese coraçon ¿quién me habia de enojar á mí en mi tierra, bausan?

VALL. ¡Oh; reniego de los aparejos con que caçan las tórtolas en la Calabria! ¿Y eso dices, señor, no ves ques de noche? Pecador soy á Dios, y á lo oscuro todo es turbio á fé de bueno, que si no reconosciera la voz del señor Leonardo, que no fuera mucho quedar la tierra sin heredero.

VALIA. ¿A mí, traidor?

VALL. No, sino dormí sin perro, es menester, señor, que de noche vaya avisada la persona, porque en mis manos está el determinarme,

y en las de aquél que firmó el gran horizonte con los polos árticos y tantárticos, volvería de dos filos á su lugar.

VALIA. Todo me paresce bien, si no te emborrachases tan á menudo.

VALL. Eres mi señor y tengo de sufrirte; mas á decírmelo otro, no fuera mucho que estuviese con los sesenta y dos.

VALIA. Agora quédate ahí; y ten cuenta con que no nos espíe nadie, que es mucho de secreto lo que hablamos.

VALL. A hombre lo encomiendas, que aunque venga el de las patas de avestruz con todos sus secuaces dando tenazadas por esta calle, no bastará á mudarme el pie derecho donde una vez lo clavare.

VALIA. Así conviene. Volvamos á nuestro propósito, Leonardo, y dime: ¿Aquesa hermana tuya, despues de ser tan hermosa como dices, es honesta y bien criada?

LEO. Señor, tú te puedes mejor informar que yo decirlo, porque al fin como yo sea parte y tan principal, no debian mis razones ser admitidas como de otro cualquie-

ra; la falta, señor, que yo le fallo es ser mi hermana, que en lo demás, podía ser mujer de cualquier señor de título segun su manera.

VALL. Señor Leonardo.

LEO. ¿Qué hay, hermano Vallejo?

VALIA. Mira, Leonardo, ¿qué quiere ese moço?

VALL. Señor, paresce que entendí, que hablaban en negocio de mujeres, y si acaso es así, por los cuatro elementos de la profundísima tierra, no hay hoy dia hombre en toda la redondez del mundo, que más corrido esté que yo, ni con más razon.

VALIA. ¿Cómo, Vallejo?

VALL. ¿Y habia, señor, á quién se pudiese encargar un negocio semejante como á mí?

VALIA. ¿De qué manera?

VALL. ¿Hay en toda la vida airada, ni en toda la máchina astrológica, á quien más sujecion tengan las moças que á Vallejo, tu lacayo?

VALIA. Calla, villano.

VALL. No te engañes, señor, que si conocieses lo que yo conozco en la tierra, aunque seas quien seas,

pudiéraste llamar de veras bienaventurado, si fueras como yo ducho en amores.

VALIA. ¿Tú, quién puedes conoscer?

VALL. Mallograda de Catalinilla, la vizcaina, la que quité en Cádiz de poder de Barrientos el sotacomitre de la galera del grifo, que no andaba en toda el armada moça de mejor talle quera ella.

LEO. Hermano Vallejo, cállate un poco.

VALL. No lo digo, sino porque hablamos de ballestas.

VALIA. ¿No callarás, dí?

VALL. A Dios te perdone, Leonor de Balderas. Aquella diga vuesa merced quera mujer para dar de comer á un ejército.

VALIA. ¿Qué Leonor era aquesa?

VALL. La que yo saqué de Córcega; y la puse por fuerça en un meson de Almería, y allí estúvose nombrando por mia, hasta que yo desjarreté por su respecto á Mingalarios, Corregidor de Estepa.

VALIA. Válete el diablo.

VALL. Y corté el braço derecho á Vicente Arenoso, riñendo con él de bueno á bueno en los percheles

de Málaga, el agua hasta los pechos.

VALIA. Prosigue, Leonardo; que si ello es ansí como tú lo pintas, podrá ser que se hiciese por tí más de lo que piensas.

LEO. Señor; yo siempre rescibí y rescibo de tu mano mercedes sin cuenta; pero en cuanto á esta hermana mia tú sabrás que es más de lo que tengo dicho.

VALL. ¡Válame Nuestra Señora del Pilar de Çaragoça! Ah ladrones, ladrones, Leonardo, á punto, á punto.

LEO. ¿Qué es aqueso, qué has visto?

VALIA. ¿Quién son?

VALL. Tente, tente, señor, no eches mano, que ya todos han huido. ¡Ah, rapagones, en gurullada me vais, agradesceldo!

VALIA. ¿A quién?

VALL. Yo me lo sé, señor Leonardo; en dejando á nuestro amo en casa, quiero que vayamos tú y yo á dar un escurribando á casa de Bubbeja el tabernero.

LEO. ¿Para qué?

VALL. Para verme con aquellos forasteros que por aquí han pasado, que

segun soy informado, no há media hora que llegaron de Marbella, y traen una rapaza como un serafin.

VALIA. ¿Qué dice ese moço, Leonardo?

LEO. No lo entiendo, señor.

VALL. Diz que no lo entiende, sé que no hablo yo en algaravía; veamos de cuando acá han tenido ellos atrevimiento meter vaca en la dehesa sin registralla al dueño del armadijo.

VALIA. Ora, yo quiero, Leonardo, si te paresce, dar parte desto á algunas personas principales de mi casa, porque no digan que en un negocio como éste me determiné sin dalles parte.

LEO. Señor, á tu voluntad sea todo.

VALL. Vamos, señor; que aquí tengo ciertas haciendas antes que amanezca.

VALIA. ¿Qué haciendas tienes tú, beodo?

VALL. Señor, un negocio de hartos quilates de honra.

VALIA. Veamos los quilates.

VALL. Ya lo he dicho al señor Leonardo, cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que son venidos aquí á mofar de la tierra; veamos

de quién tomaron licencia sin registrar primero delante de aqueste estibal.

VALIA. Sus, baste ya, tira adelante.

VALL. Nunca Dios lo quiera, que más guardadas van tus espaldas con mi sombra y seguro que si estuvieras metido en la Mota de Medina, y calada sobre tí la formidable puente levadiza con que la fuerça de noche se asegura.





ESCENA QUINTA

INTERLOCUTORES:

EUFEMIA, *dama*.—CRISTINA, *moça*.
ANA, *gitana*.—VALIANO, *señor de varonías*
PAULO, *anciano*.

EUF. Cristina hermana, ¿qué te paresce del olvido tan grande como Leonardo, mi querido hermano, ha tenido en escrebirme, que ya son pasados buenos dias que letra dél no he visto? ¡Oh, ánimas del purgatorio bienaventuradas, poned en coraçon aquel hermano, que con sus letras ó con su persona, me torne alegre y gozosa!

CRIS. Calla, señora mia, no te fatigues, que no habrá podido más, especialmente que quien bien sirve á otro, pocas veces es de sí señor.

Bien sé yo que á él no le faltará voluntad para hacello, sino que negocios por ventura más árduos de aquel, señora, á quien sirve le estorbarán de hacer lo quél querría. Así que, señora mia, no debes enojarte, que cuando no te pienses verás lo que deseas.

EUF. ¡Ay, amiga mia, Dios por su piedad inmensa lo haga de manera, que con letras suyas esta casa nuestra sea contenta y alegre!

GIT. Paz sea en esta casa, paz sea en esta casa. Dios te guarde, ceñora honrada, Dios te guarde, una limoznica, cara de oro, cara de siempre novia, daca que Dios te hará prosperada y te dé lo que deseas, buena cara, buena cara.

CRIS. ¿No podeis demandar desde allá fuera? ¡Ay, señora mia, y qué importuna gente, quen lugar de apiadarse dellas la persona de su pobreza, las tiene odio segun sus importunidades y sus ahincos!

GIT. Calla, calla, garrida, garrida, dame limosna por Dios, y diréte la buena ventura que tienes de haber tú y la señora.

EUF. Yo, ay cuitada, ¿qué ventura po-

drá tener que sea próspera la que del vientre de su madre nasció sin ella?

GIT. Calla, calla; señora honrada, pon un dinerico aquí, sabrás maravillas.

EUF. ¿Qué tiene de saber la que contino estuvo tan falta de consuelo, cuanto colmada de çoçobras, miserias y afanes?

CRIS. ¡Ay, señora, por vida suya que le dé alguna cosa, y oigamos los desatinos que aquestas por la mayor parte suelen decir!

GIT. Escucha, escucha, pico de urraca, que más sabemos cuando queremos que nadie piensa.

EUF. Acabemos, toma y dale aqueso, y vaya con Dios.

CRIS. A buena fé, que antes que se vaya, nos ha de catar el sino.

EUF. Déjala y váyase con Dios, que no estoy agora desas gracias.

GIT. Sosiega, sosiega, señora gentil, ni tomes fatiga, antes de su tiempo, que harta te está aparejada.

EUF. Yo lo creo; agora sí habeis acertado.

CRIS. No se entristezca, señora, que

todo es burla y mentiras cuanto estas echan por la boca.

GIT. ¿Y la esportilla de los afeites que tienes escondida en el almariete de las alcominias, es burla?

CRIS. ¡Ay señora, y habla por la boca del que arriedro vaya; ansí haya buen siglo la madre que me parió, que dice la mayor verdad del mundo.

EUF. ¿Hay tal cosa, ques posible aqueso?

CRIS. Como estamos aquí, decí más, hermana.

GIT. No querría que te corrieses por estar tu señora delante.

CRIS. No haré por vida de mi ánima; ¿qué puedes tú decir que sea cosa que perjudique á mi honra?

GIT. ¿Dasme licencia que lo diga?

CRIS. Digo que sí, acabemos.

GIT. El par de las tórtolas que heciste creer á la señora que se las habian comido los gatos, ¿dónde se comieron?

CRIS. Mira de qué se acuerda, aqueso fué antes que mi señor Leonardo se partiese de esta tierra.

GIT. Así es la verdad; pero tú y el moço de caballos os las comistes

en el descanso de la escalera, ¡ah, bien sabes que digo en todo verdad!

CRIS. Mallograda me coma la tierra, si con los ojos lo viera, dijera mayor verdad.

GIT. Pues señora, una persona tienes lejos de aquí que te quiere mucho, y aunque agora está muy favorescido de su señor, no pasará mucho que esté en peligro de perder la vida por una traicion que le tienen armada; mas calla, que aunque sea todo por tu causa, Dios, que es verdadero juez y no consiente que ninguna falsedad esté mucho tiempo oculta, descubrirá la verdad de todo ello.

EUF. ¡Ay desventurada hembra, por causa mia dices que se verá esa persona en peligro! ¿Y quién podrá ser, cuitada, si no fuese mi querido hermano?

GIT. Yo, señora, no sé más; pero, pues en cosa de las que á tu criada se han dicho no ha habido mentira, yo me voy, quedad en buena hora, que si algo más supiere yo te vendré á avisar; quedad con Dios.

CRIS. ¿Y de mí no me dices nada, si seré casada ó soltera?

GIT. Mujer serás de nueve maridos, y todos vivos, ¿qué más quieres saber? Dios te consuele, señora.

EUF. ¿No me dices más en mi negocio, y así me dejas dudosa de mi salud?

GIT. No sé más que decirte, solamente tu trabajo no será tan durable, que en el tiempo del más fuerte peligro no lo revuelva prudencia y fortuna, que todos remanescais tan contentos y alegres, cuanto misericordia divina lo sabe obrar.

CRIS. ¡Ay amarga de mí, señora! ¿Y no ve que me dijo que diz que sería yo mujer de nueve maridos, y que todos estarian vivos? ¡Ay malaventurada fuí yo! ¿Y cómo puede ser aquello?

EUF. Calla, déjame, que aunque todo cuanto éstas dicen puede pasar por señalada burla, con lo que me ha dicho más triste quedo, y más afligida que la escura noche; entrémonos dentro.

VALIA. Dime, Paulo, ¿y es posible esto que me cuentas, que tú has estado en la casa desta Eufemia, her-

mana deste alevoso y malvado de Leonardo, á quien yo en tanta alteza he puesto?

PAU. Digo, señor, que sí.

VALIA. ¿Y tú propio has dormido con ella en su mismo lecho?

PAU. Que yo propio he dormido con ella en su mismo lecho; ¿qué más quieres?

VALIA. Agora, mi fidelísimo Paulo, resta de contarme del arte que con ella te pasó.

PAU. Señor; pasóme con ella aquello que pasa con las demás; no fué cierto menester dar muchas vueltas; antes ella de verme pasar por su calle y mirar una ventana, me envió una criadilla que tiene, llamada por más señas Cristina.

VALIA. ¿Y la criada, qué te dijo?

PAU. Si habia menester algo de aquella casa; yo como lo sabia antes de agora, así como yo habia dicho á vuesa merced, que no eran menester muchos casamenteros, coléme allá especialmente, que de otras vueltas la dama me conoscía, y me habia llevado mis reales; quedéme aquella noche por huésped, y así otras tres adelante,

— y visto bien las señas de su persona, como yo, señor, prometí, vine á darte cuenta de lo que habia pasado.

VALIA. En fin.

PAU. En fin, que ella me dió para que me pusiese en este sombrero, ó en la gorra un pedaço de un cabello que le nasce del hombro izquierdo en un lunar grande; y por ser señales que el señor su hermano Leonardo y tu muy privado no puede negar, acordé de traello, veslo aquí. Agora yo he cumplido como quien soy y con la fidelidad que como vasallo te debo. Tú, señor, ordena que ningun traidor se ria de tí, ni ménos que otro se atreva de aconsejarte siendo criado tuyo semejante caso, especialmente donde tan gran quilate pendía de honra.

VALIA. No cures, Paulo, que bien entendido tenia yo deste traidor, que en son de hacerme señalado servicio, queria dar deshonra desta antigua casa; yo te prometo que no me pague esta traicion ménos que con la vida, y que asimismo tú seas galardonado con grandes

mercedes por tan señalados servicios.

PAU. Ansí conviene, señor, porque el traidor sea por quien es conoscido, y el bueno y el leal por su fidelidad remunerado.





ESCENA SEXTA

INTERLOCUTORES:

EUFEMIA, *dama.*
CRISTINA, *moça.*—MELCHIOR, *simple.*
PAULO, *anciano.*

EUF. ¡Ay Cristina, hermana, ven acá, aconséjame tú aquello que hacer debo, que de crueles angustias tengo aqueste afligido coraçon cercado! ¿Qué te diré, sino que despues que aquella gitana con nosotras estuvo una hora sin mil sobresaltos no he vivido, porque aunque como en burlas tomé sus palabras, así veo á los ojos sus desconsolados pronósticos?

CRIS. ¿Cómo, señora mia? Ay, por Dios, no te vea yo triste ni imagines tal, que si en alguna cosa por

yerro aciertan, en dos mil devanean, porque todo cuanto hablan no es otro fin, sino por sacar de aquí y de allí con sus palabras lo más que pueden; y pues aqueste es su oficio, no intentes, señora mia, lo que no cabe en juicio de discretos, dalles fé alguna.

EUF. ¡Ay, Cristina, yo bien tengo entendido ques así como tú dices! Pero qué quieres, si no puedo quitar de mí esta imaginacion.

CRIS. Calla, señora, encomiéndalo todo á Dios, ques el remediador de todas las cosas. Mas por el siglo de mi madre, hé aquí á Melchior Ortiz. ¡Ah Melchior hermano, tú seas muy bien venido, ¿qué nuevas traes á mi señora, dí, qué tal queda señor?

MEL. Señor bueno está, aunque no le han hecho aquello que diz le han de hacer.

EUF. ¿Qué le han de hacer? Dímelo presto.

MEL. ¡Válame Dios, y no se acuite vuestra merced, que primero bien sé que le han de confesar, que ya lo ha dicho el uno de aquestos que andan encapuchados!

CRIS. ¿Que andan encapuchados? Frailes querrás decir.

MEL. Sí, sí.

CRIS. ¿Qué es lo que le han dicho, Melchior?

MEL. Que ordene su álima, y que no será nada placiendo á Dios, que en despegándole aqueste de aquesto le sacarán de la cárcel.

EUF. ¡Ay, Cristina, yo me muero!

CRIS. Calla, señora mia, no diga tal, que aqueste sin duda desvaría; ¿no lo conoce ya vuesa merced? ¿Díjote algo señor, dióte carta para mi señora?

MEL. Díjome que me morase acá, porque no queria que le sirviese ninguno despues de finado.

CRIS. ¿Cómo finado? ¿Qué dices?

MEL. Digo que no lo há en voluntad que le sirvan, sino que se esté como se estaba con su gaznate y todo; pero él su camino ha de hacer.

CRIS. Asno, ¿háte dado alguna carta?

MEL. Oiste, asno, á un hombre que puede dar ya consejo segun las viñas y aluviales que hay por ahí adelante.

CRIS. ¿Traes carta de tu señor? Acaba, dílo.

MEL. ¿No te dicen ya que sí? ¿Qué diablos le toma?

CRIS. Pues dácala.

MEL. Mira, mira, Cristina, lávame aquestos pies y çahúmame esta cabeça, y dame de almorçar, y déjate de estar á temas conmigo.

CRIS. ¿Que te lave yo? Lávete el mal fuego que te abrase; daca la carta, ¿dónde la traes?

MEL. Mírela, señora, en esa talega.

CRIS. No viene aquí nada.

MEL. Pues si no viene, ¿qué quieres que le haga yo? ¿Téngome de acordar dónde está por fuerça?

EUF. Dácala, hijo, dime dónde la traes por un solo Dios.

MEL. Señora, déjeme volver allá á preguntalle á mi señor, si lo hallare por morir, á donde me la puso, y acabemos.

EUF. ¡Ay, cuitada! Mira ques aquello que le blanquea en aquella caperuça.

MEL. Déjalo, dimuño, ques un papel entintado, que me dió mi amo, el que solia ser para la señora.

EUF. ¡Ay, pecadora fuí á Dios! ¿Pues qués lo que te han estado pidiendo dos horas há?

MEL. Pues aqueso es carta, yo por papel lo tenia; tómela, que por su culpa no se ha caido por el camino, que despues que la puso ahí el que si place á Dios han de finar la semana que viene, no me he acordado más della que de la primera escudilla de gachas que me dió mi madre.

EUF. Cristina hija, lee tú esa carta, que no tendré yo ánimo ni aun para vella.

CRIS. Sea dada en la mano de la más cruel y malvada hembra que hasta hoy se ha visto.

EUF. Para tí debe de venir, Cristina, segun las señas dicen.

CRIS. Calla un poco.

Carta de Leonardo para Eufemia.

Si de las justas querellas que de tu injusta y abominable persona (Eufemia), á Dios dar debo, de su mano divina el justo premio sobre tí se ejecutase, no sé si seria bastante tu deshonestísimo é infernal cuerpo á soportar lo que por sus nefandos é inauditos usos merece. ¿Cuál ha sido la causa,

maldita hermana, que siendo tú hija de quien eres, y descendiendo de padres tan ilustres (cuya bondad te obligaba á regir en parte alguna), en tanta disolucion y deshonestidad hayas venido, que no sólo te des libremente á los que tu nefando cuerpo codician, mas aun tanta parte á tus enamorados das dél, que públicamente y en tela de justicia se muestra contra mí, con cabellos del lunar de tu persona? De mí cierta estarás que moriré por alabar á quien no conoscia, pues ya la sentencia del señor á quien contigo queria engañar revocar no se puede, que solos veinte dias de tiempo me han dado para que yo ordene mi ánima, y para si algun descargo pudiere dar, y porque para quejarme de tí seria derramar razones al viento, vive á tu voluntad, falsa y deshonesta mujer, pues yo sin debello pagaré con la cabeça lo que tú con tu disolucion ofendiste.

EUF. ¿Qués esto; qués lo que oigo? ¡Ay desventurada de mí! ¿Qué deshonestidades tan grandes han

sido las mias, ó quién es aquél que con verdad habrá podido, si no fuere con grandísima traicion y engaño, no solamente dar señas de mi persona, pero ni aun verme, como tú sabes, por mil paredes?

CRIS. ¡Ay, señora mia! Que si fatiga alguna mi señor tiene, yo he sido la causa, que no tú, y si me perdonares, yo bien te diría lo que de aquesto alcanzo.

EUF. Dí lo que quisieres, no dudes del perdon con que me des alguna claridad de lo que en esta atribulada carta oigo.

CRIS. Sabe, pues, señora mia, que aunque yo te confiese mi yerro, no tengo tanta culpa por pecar por ignorancia, como si por malicia lo hiciera.

EUF. Dí, acaba ya, que no es tiempo de estar tanto gastando palabras; dí lo que hay, no me tengas suspensa, que muero por entenderte.

CRIS. Sabe, señora mia, que en los dias pasados un hombre como extranjero me pidió por tí, diciéndome si sería posible poderte ver ó hablar; yo, como viese tu tan grande

recogimiento, díjele que lo tuviese por imposible, y él fué tan importuno conmigo, que le dije las señas de toda tu persona, y no contento con esto, hizo conmigo que te quitase una parte del cabello que en el lunar del hombro derecho tienes; yo, no pensando que hacía ofensa á tu honra ni á nadie, tuve por bien, viéndolo tan afligido, de hurtártelo estando durmiendo, y así se lo dí.

EUF. No me digas más, que algun grande mal debe haber sucedido sobre ello; vamos de aquí, que yo me determino de ponerme en lo que en toda mi vida pensé, y dentro del término destos veinte dias, ir allá lo más encubiertamente que pueda; veamos si podré en algo remediar la vida deste charísimo hermano, que sin saber la verdad, tantas afrentas y tantas lástimas me escribe.

CRIS. Si tú aquello haces y en el camino te apresuras, yo lo doy todo con el auxilio divino por remediado; vamos.

MEL. Yo tengo de ir allá.

CRIS. Sí, hermano, ¿pues quién nos

habia de servir por el camino sino tú?

MEL. Pardiez, aunque hombre hubiese de aprender para hacer cartas de mareage, no le hiciese atravesar más veces este camino; pero vaya.

PAU. ¡Oh cuán bien van los negocios mios, y cuán bien he sabido valerme! ¡Oh qué astucias he tenido para desprivar á este advenedizo de Leonardo! ¡Oh cuán alegre me ha hecho la fortuna, y cuán crédito he cobrado con Valiano! Bien está, que pocos son los dias que le faltan de cumplir de la dilacion que le pusieron, para que de sí diese descargo alguno si lo tenia. ¿Qué hombre habrá en toda esta tierra de más buena ventura que yo, en haciendo justicia de aqueste? Pues quiçá tengo mal testigo en Vallejo lacayo; pero, por interese de dos doblas que le prometí en el camino cuando conmigo fué, dice que se matará con todos cuantos dijeren al contrario de lo que tengo dicho. Mas vóime, que no sé quien viene, no quiero ser oido de nadie, por ser el caso de la suerte que es.



ESCENA SÉPTIMA

INTERLOCUTORES:

POLO, *lacayo*.—EULALIA, *negra*.

POLO ¡Oh! bendito sea Dios que me ha dejado escabullir un rato de aqueste importuno de Valiano, mi señor, que no paresce sino que todo el dia está pensando en otro, sino en cosas que fuera de propósito se encaminan; agora yo estoy asombrado cómo Leonardo, á los ojos de todos tan honrado y cuerdo moço, lo quisiese así engañar, con darle á entender que su hermana fuese tan buena, que para ser mujer suya le faltase nada; con su pan se lo coma, que gran priesa se dan ya para que pague con la gorja lo

que pecó con la lengua. Dios me guarde de ser entremetido; acá me quiero andar fingiendo mi planeta, que si aquesta mi Eulalia se va conmigo como me tiene prometido, yo soy uno de los bienaventurados hombres de todo mi linaje; ya estoy á su puerta, aquí sobre la calle, en este aposento sé que duerme; ¿qué señas haré para que salga? ¡Oh! bien va, que aquella que canta es.

Canta la negra.

Vila Gonzalé
de la vila yama
no se yo madrés
si me labriré.

—

Vila Gonzalé
yama la torré,
abrime la hoz
fija yeonore
porque lo cabayo
mojaba faldone
no sé yo madrés
si me labriré.

POLO. ¡Oh, señora mia Eulalia! ¡Ah, se-

ñora, qué embebida está en su música!

EUL. Jesú, ofréscomela Dios turo poreroso, criaror na cielos ena tierras.

POLO ¡Ah, señora Eulalia, no te alteres, que el que te llama no te desea sino hacerte todo servicio!

EUL. Paréscete vos que sosa bou xemplos á la ventana de un dueña honradas recogidas como yo, facer aqueys cortesías taloras.

POLO No me debe haber conoscido. ¡Ah, señora Eulalia!

EUL. Malaños para vos, ¿y paréscete bien á la fija de la hombre honrados facer cudolete á la puta agenas?

POLO ¡Oh, pecador de mí! Asómate, señora Eulalia, á esa ventana, y verásme, y sabrás de cierto quién soy.

EUL. ¿Quién, esa? ¡Ay, Jesú! ó la voz me la miente osas que ya que yama mi siñor Pollos.

POLO ¡Oh, bendito aquél que te dejó entender!

EUL. ¡Ay, señor mios á taloras!

POLO Señora mia, por una pieça como vuesa merced, aún no es temprano para servilla.

EUL. Pues á pona fé, que sala persona de mala ganas.

POLO Que la guarde Dios, ¿y de qué?

EUL. Siñor, preséntame la siñora doñaldoça un prima mia, una boxetas de legías para rubiarme na cabeyos, y como yo sa tan delicara, despoja me na cabeça como nas pomas, pienso que tenemos la malaganas.

POLO Válame Dios, pues no hay remedio para eso.

EUL. Sí, sí, guáreme Dios, ya menvía á visitar la siñora nabadesa la monja Santa Pabla, y me dice que menviará una malacina para que me le quite como la manos.

POLO ¿Pues agora te pones á enrubiar?

EUL. Sí, ¿por qué no? ¿No tengo yo cabeyo como la otra?

POLO Sí, cabellos, y aun á mis ojos, no hay brocado que se les compare.

EUL. Pues buena fé, que há sinco noche que face oracion á Siñor Nicolás de Cramentinos.

POLO San Nicolás de Tolentino querrás decir; ¿y para qué haces la oracion, señora?

EUL. Quiere casar mi amos, y para que

y me depares mi Dios marido á mi contentos.

POLO Anda, señora, ¿y cómo agora haces aqueso? ¿No me has prometido de salirte conmigo?

EUL. ¿Y cómo, siñor, no miras más quesos? ¿Paréscete á vos, que daba yo bon xemplo y cuenta de mí linages que te dirá cuantas siñoras tengo yo por mi migas en esta tierras?

POLO ¿Y la palabra, señora, que me has dado?

EUL. Siñor; ó naforçane va nerrechos se pierde honra y barbechos, no caben la sacos.

POLO ¿Pues qué deshonra pierdes tú, señora, en casarte conmigo?

EUL. Ya yo lo veo, siñor, mas quiero vos sacarme, na pues pedida na tierra que te conosco.

POLO Mi reina; pues aqueso me dices, no te podria yo dejar, que primero no dejase la vida.

EUL. ¡Ah, traidoraz, dolor de toruja que rebata tolos rombres; á otro güeso con aquese perro, que yo ya la tengo rosegados.

POLO En verdad, señora, que te engañas; pero dime, señora; ¿con quién te querian casar?

EUL. Yo quiere con un cagañeros; dice mi amo que no, que más quiere con unos potecacarios; yo dice que no, dice mi amo: caya, fija, que quien tenga loficio tenga la maleficio.

POLO ¿Pues yo no soy oficial?

EUL. ¿Quin ficios, siñor Pollos?

POLO Adobar gorras, sacar manchas, hacer ruecas y husos, y echar soletas y brocales á calabaças, otros mil oficios, que aunque agora me ves servir de lacayo, yo te sustentaré á toda tu honra, no dejes tú de sacar con que salgamos la primera jornada, que despues yo te haré señora de estrado y cama de campo, y guadameciles; ¿qué quieres más, mi señora?

EUL. Agora sí me contenta; mas ¿sabe qué querer yo, siñor Pollos?

POLO No, hasta que me lo digas.

EUL. Qué, ¿me compras una monas, un papagayos?

POLO ¿Para qué, señora?

EUL. Los papagayos para que enseña á fablar en jaula, y la mona para que la tengas yo á mis puertas como dueña destabro.

POLO De estrado, querrás decir.

EUL. Sí, sí, ya lo digo, yo no fablo; mas sabe que me falta rogar á siñora doña Beatriz que me presa un ventayos para caminos.

POLO ¿Para qués el ventalle, señora?

EUL. Para poneme lantre la cara, porque si mira alguna conoscida no me la conoscas.

POLO Señora, yo lo haré; mas vóime, que toda la tierra está revuelta por ir á ver aquel pobre de Leonardo, que hoy mandan que se haga justicia dél.

EUL. ¡Ay, mallogrados, por ciertos que me pesas como si no fueras mi fijo, mas si masinas buses, tome lo que haila.

POLO Adios, mi señora, que ya el dia se viene á más andar; y la gente madruga hoy más que otros dias por tomar lugar, porque el pobreto como era tan bien quisto de todos, aunque era extranjero, toda la gente irá para ayudalle con sus oraciones.

EUL. ¡Ay, amarga se vea la madre que le parios!

POLO Hasta mi amo Valiano le pesa extrañamente con su muerte; mas aquel Paulo, contrario suyo, que

es el que trajo las señas de su hermana, le acusa valientemente, y ese le ha traido al término en que agora está. Adios.

EUL. Espíritu Santos te guarda mi ánima, y te libra entretanto.

POLO Dése á tal con la galga, yo la pienso vender en el primer lugar, diciendo que es mi esclava, y ella póneseme en señoríos; espántome cómo no me pidió dosel y todo en que poner las espaldas; no tengo un real, que piensa la persona sacárselo de las costillas, y demándame papagayo y mona.

EUL. Señor Pollos, señor Pollos.

POLO ¿Qué hay, mi vida?

EUL. Tráigame para mañana un poquito de moçaça, un poquito de trementinos de la que yaman de puta.

POLO De veta querrás decir; ¿y para qué quieres todo eso, señora?

EUL. Para hacer una muda para la manos.

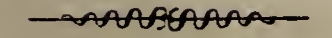
POLO Que con esa color me contento yo, señora, no has menester ponerte nada.

EUL. Así la verdad, que aunque tengo

la cara morenicas, la cuerpo tienes como un terciopelo dobles.

POLO A ser más blanca no valías nada; adios. Que así te quiero para hacer reales.

EUL. Guíate la Celetinas, que guiaba la toro la enamorados.





ESCENA OCTAVA

INTERLOCUTORES:

EUFEMIA, *dama*.—CRISTINA, *moça*. VALIANO, *señor de varonías*. — PAULO, *anciano*.—VALLEJO, *lacayo*.

CRIS. Señora, aquí estamos bien, porque en este lugar podrás aguardar que al tiempo que Valiano salga le digas lo que te parescerá.

EUF. Aquel Todopoderoso Señor, que sabe y entiende todas las cosas, declare y saque á luz una tan grande traicion, de suerte que la verdad sea manifiesta y aquel charísimo hermano libre, pues de tan falsa acusacion así él como yo somos sin culpa.

CRIS. Esfuérçate, señora, que á tiempo somos que se descubrirá la ver-

dad, de suerte que cada cual quede por quien es reputado.

EUF. Oye, que pasos suenan, gente sale, y aquel de la mano derecha, segun su manera, debe de ser Valiano, señor de todas aquestas tierras.

CRIS. ¡Ay, señora mia, y el que con él viene es el extranjero al que yo por su importunidad dí las señas de su merced y de su cuerpo!

EUF. Calla, que hablando salen.

VALIA. Dime, Paulo, ¿está ya todo puesto á punto?

PAU. Señor, sí, que yo he puesto en ello la diligencia que conviene, para que el traidor pague y tú quedes sin queja.

VALIA. Bien has hecho, ¿mas qué gente es aquesta?

PAU. Señor, no las conozco, extranjeras parecen.

VALL. Voto á tal, que la delantera paresce moça de chapa; desde aquí la coto para que coma en el plato en que come el hijo de mi padre.

EUF. Señor ilustre, extranjera soy; en tu tierra me hallo, justicia te pido.

VALIA. Deso huelgo yo infinitísimo, que

esté en mi mano haceros algun favor, que aunque no fuese más que ser extranjera, vuestro arte y buen aseo provoca á cualquiera haceros todo el servicio; así que, demandad lo que quisiéredes, que cuanto á la justicia que pedís nada se os negará.

EUF. Justicia, señor, que malamente soy ofendida.

VALIA. Ofendida y en mi tierra, cosa es que no soportaré.

VALL. Suso, señor, armémonos todos los de casa y dame á mí la mano, verás cuán presto revuelvo los rincones desta ciudad y la hago sin querella.

VALIA. Calla, Vallejo. Decidme, señora, ¿quién es el que ha sido parte para enojaros?

EUF. Señor, ese traidor que cabe tí tienes.

PAU. Yo, ¿burlais de mí, señora, ó quereis pasar tiempo con las gentes?

EUF. No me burlo, traidor, que de muchas veces que dormiste conmigo en mi cama, la postrera noche me hurtaste una joya muy rica de debajo la cabecera de mi cama.

PAU. ¿Qué es lo que decís, señora? Por

otro quiçá me habreis tomado, que yo no os conosco ni sé quién sois; ¿cómo me levantais cosa que en toda mi vida tal pensé hacer?

EUF. ¡Ah, don traidor, no te bastaba aprovecharte de mi persona como te has aprovechado, sino aun robarme mi hacienda!

VALIA. Paulo, responde, ¿es verdad lo que aquesta dueña dice?

PAU. Digo, señor, que es el mayor levantamiento del mundo; ni la conosco, ni la ví en mi vida.

EUF. ¡Ay, señor, que lo niega aquese traidor por no pagarme mi joya!

PAU. No llameis traidor á nadie, que si traicion hay vos la traeis, pues afrentais á quien en su vida os ha visto.

EUF. ¡Ay, traidor! ¿Que tú no has dormido conmigo?

PAU. Que digo que nos conosco, ni sé quién sois.

EUF. ¡Ay, señor, tómenle juramento, que él dirá la verdad!

VALIA. Pon la mano en tu espada, Paulo.

PAU. Que juro, señor, por todo lo que se puede jurar, que ni he dormi-

do con ella, ni sé su casa, ni la conosco, ni sé lo que se habla.

EUF. Pues, traidor, oigan tus oidos lo que tu infernal boca ha dicho, pues con tus mismas palabras te has condenado.

PAU. ¿De qué manera? ¿Qué es lo que decís? ¿Qué os debo?

EUF. Dí, desventurado, si tú no me conosces, ¿cómo me has levantado tan grande falsedad y testimonio?

PAU. ¿Yo testimonio? Loca está esta mujer.

EUF. ¿Yo loca? ¿Tú no has dicho que has dormido conmigo?

PAU. ¿Yo he dicho tal? Señor, si tal hay, por justo juicio sea yo condenado, y muerto mala muerte á manos del verdugo delante de vuestra presencia.

EUF. Pues si tú, alevoso, no has dormido conmigo, ¿cómo hay tan grande escándalo en esta tierra por el testimonio que sin conoscerme me has levantado?

PAU. Anda de ahí con tu testimonio ó tus necedades.

EUF. Dí, hombre sin ley, ¿no has tú dicho que has dormido con la hermana de Leonardo?

PAU. Sí lo he dicho, y aun traido las señas de su persona.

EUF. ¿Y esas señas cómo las viste? Si tú, traidor, me tienes delante, que soy la hermana de Leonardo, ¿cómo no me conosces, pues tantas veces dices que has dormido conmigo?

VALIA. Aquí hay gran traicion, segun yo voy entendiendo.

CRIS. Hombre sin ley, ¿tú no me rogaste que te diese las señas de mi señora, aunque agora por venir disfrazada no me conoscas? Yo viendo tu fatiga tan grande, le corté un pedazo de un cabello del lunar que en el hombro derecho tiene y te lo dí, sin pensar que á nadie hacía ofensa.

VALIA. ¡Ah, don traidor, que no puedes negar la verdad, pues tú mismo por tu boca lo has confesado!

VALL. Afuera; ¡ay cautos, moxa de Arjona, tambien me queria el señor coger en el garlito!

VALIA. ¿De qué manera?

VALL. Rogóme en el camino cuando fuimos con él, que testificase yo cómo él habia dormido con la hermana de Leonardo, por lo

cual me habia prometido para unas calças, y hubiérame pesado si en lugar de calças me dieran un jubon de cien ojetes.

VALIA. Suso, tomen á este alevoso y pague por la pena del Talion, que bien sabía yo lo que en mi fiel Leonardo tenía; sáquenle de la prision y sea luego restituido en su honra, y á este traidor córtenle luego la cabeça en el lugar que él para mi Leonardo tenía aparejado.

VALL. Que se haga, señor mio, luego su mandamiento.

VALIA. Y esta señora noble, pues tan bien supo salvar la vida de su hermano, quede en nuestras tierras, y por señora dellas y mia, que aún no pienso pagalle con todo aquesto la tribulacion que su hermano en la cárcel y ella por le salvar habrán padecido.

VALL. Señor, incorbana es; ya está el levantador de falsos testimonios, el desventurado de Paulo, en poder del alcalde, con todos aquellos cumplimientos que vuesa merced me mandó.

VALIA. Suso, córtense libreas á todos los

criados de mi casa, y vos, señora mia, dadme la mano y entrémonos á yantar, que yo quiero que vos y vuestro hermano comais juntamente conmigo por tan sobrado regocijo, y despues hacer lo que debo en cumplimiento de lo que Leonardo habia prometido.

EUF. Como tú, señor mio, mandares, seré yo la dichosa.

VALL. Abraçado va mi amo con la rapaza; pero yo soy el mejor librado deste negocio, pues me escapé de arrebatar un centenar por testigo falso; yo voy, que haré falta en casa. Auditores, no hagais sino comer y dad la vuelta á la plaça, si quereis ver descabeçar un traidor, y libertar un leal, y galardonar á quien en deshacer tal trama ha sido solícita y avisada y diligente.—*Et vale.*

FIN DE LA COMEDIA EUFEMIA.

COMEDIA

LLAMADA

ARMELINA

MUY POÉTICA Y GRACIOSA,

COMPUESTA POR

LOPE DE RUEDA

EN LA CUAL SE INTRODUCEN LAS PERSONAS SIGUIENTES:

Pascual Crespo, *herrero.*
Ines García, *su mujer.*
Armelina, *dama.*
Mencieta, *moça.*
Guadalupe, *simple.*
Justo, *gentilhombre.*
Beltranico, *paje.*
Viana, *tutor de Justo.*
Mulien Bucar, *moro.*
Medea, *furia infernal.*
Neptuno, *dios de los mares.*
Alguacil.
Diego de Córdoba, *çapatero.*
Rodrigo, *casamentero.*

INTROITO QUE HACE EL AUTOR

Sepan, apacibles auditores, que Pascual Crespo, herrero famosísimo, oficial siendo moço, tuvo un hijo en cierta manceba, la cual se la llevó, llevándosela por amiga, un capitan que pasó en Hungría, donde la madre y el capitan murieron, dejando al niño por heredero de todo lo que tenian, y por tutor á Viana, hombre anciano de la misma ciudad. A Viana, un deudo y muy acostado suyo le quitó una hija que tenia, dicha Florentina, á respecto que la trataba muy mal su madrastra, y por su desdicha fué captivado de moros, y la niña vendida por esclava á un hermano deste Pascual Crespo, el herrero, que entonces por la mar mercadeaba, y al punto de su muerte por el amor que le tenia, la dejó libre y con harto dote con que el herrero la casase. Esta es, señores, la maraña de nuestra comedia, y entended que Armelina es Florentina, como se declara á la fin de nuestra poética representacion.—*Et valete.*



ESCENA PRIMERA

INTERLOCUTORES:

PASCUAL CRESPO, *herrero.*
INES GARCÍA, *su mujer.*—MENCIETA, *moça.*
ARMELINA, *dama.*

PAS. En el nombre sea de Dios Todopoderoso, siempre el pie derecho delante, y para que el demonio no pueda empecerme, quiero santiguarme, y encomendar mi persona y toda mi casa al Hacedor Supremo. Mas cómo se rodea mi gente en hacer hacienda; todos duermen en Çamora. Guadalupe, ah Guadalupe, tal te quiero, Crespa, y ella era tiñosa. Mencieta. Inés García, mujer. ¡Oh qué gran trabajo tiene el oficial que el dia de hoy ha de sustentar

casa y familia, especialmente con un oficio como este mio, que para ganarme diariamente la comida es menester madrugar, y aun ojalá baste! Inés García, ¿oíslo?

INES Ya os tengo oido, ¿qué quereis? Començais de mañana á alborotar los vecinos, gruñidor, gruñidor.

PAS. Asomaos ahí, ques medio dia y no hay pelo de hacienda hecha en toda la casa.

INES Jesús, Jesús, líbreme Dios de mal hombre y de mala mujer, y de falso testimonio, si no há más de dos horas que ando por este entresuelo.

PAS. Pues acabad, llamadme esta gente, hágase lumbre y enciéndase luego esta fragua; començad á hacer hacienda y abrochaos esos pechos, que no paresceis sino verdaderamente á la entenada del miércoles corvillo.

INES Ya, ya, maten aquel gaçapo; para qué es nada deso la de Alonso, al cabo de cuarenta y dos años de casamiento le parezco entenada del miércoles corvillo. Pues ansí parezca yo *ante faciem an-*

gelatus, como yo creo que os debo de parescer bien.

PAS. Sí, sí, como es niña no me maravillo.

INES Pues no por los muchos años, sino que trabajos me hicieron encanescer temprano.

PAS. Tal se ha de creer de vos; haced levantar esa gente, dejémonos agora de entender en cosas de poca importancia.

INES No lo digo sino por las edades, que aun el cura que me baptizó pudiera agora ser vivo, si no se muriera el año de la langosta.

PAS. Calla ya, pueden asombrar con ella los mochachos como con la paparrasolla; hacernos há encreyente que añubla.

INES No en buena fé, marido, sino que se me cayó temprano la dentadura, que de otra manera en mi ánima tan fresco tuviera yo mi rostro como un albahaca. Mencieta, ah Mencieta.

MEN. Ya voy, señora.

INES ¿Es hora, dueña? Aguardad que entre el sol por los resquicios.

MEN. Jesús, héme aquí; ¿qué manda?

INES ¿Qué hace Armelina, mi hija?

MEN. Acabó anoche aquella gorguera, y aún no há una hora que se acostó.

PAS. ¿Has encendido lumbre?

MEN. Aqueso queria hacer.

PAS. ¿Qué hace Guadalupe?

MEN. Guadalupe, señor, mi ánima fuese con la suya.

PAS. ¿Cómo? ¿Qué tiene?

MEN. Bien será menester una trompeta bastarda para que recuerde.

PAS. Pensé que tenia mal alguno, que ya me habias alterado.

MEN. Tal mal pase por Mencieta.

PAS. Que nunca te ves tú harta de dormir, eso te falta.

MEN. Calle ya, no ha cerrado la persona el ojo cuando ya tiene el despertador á los oidos como quien se ha de levantar á tomar purga ó velar novios.

INES Mencieta, Mencieta.

MEN. Señora, señora, apriesa que repican á fuego, no nos deje Dios reposar, amén.

INÈS ¿Dónde pusiste el tabaque de la yesca?

MEN. Encima del banco de la herramienta.

INES ¡Ay amarga de mí! Jesús, Jesús,

si no me he echado todo el candil encima; plegue á Dios que quien aquí te puso, que malos padrastros y mal panarizo le nazcan en las manos.

PAS. ¿Con quién lo habeis?

INES A osadas; Mencieta, si tú no me lo pagares, no me tengas por hija de Anton Ramirez, Ruiz, Alvarez, Alonso de Pilano, Ureña de Pimentel.

MEN. Jesús, ¿y á qué efecto se torna á mí?

PAS. ¿Encarrilládares más nombres, la de los misterios?

INES Bien los puedo poner, pues que mi padre, santa gloria haya, fué questor, que en cada lugar se ponia su nombre.

PAS. ¿Y el Pimentel de dónde le vino?

INES ¡Ay dolor de mí! De la pimienta que vendió en esta vida siendo especiero tres años y dos meses y medio y cinco dias; ¿no veis vos, que de pimentibus sale Pimentel?

ARM. Buenos dias les dé Dios.

INES Jesús, hija Armelina, ¿á qué te has levantado tan de mañana?

ARM. En toda esta noche no he pegado más los ojos que agora.

INES ¡Ay amarga! ¿Y de qué?

ARM. Esta cabeça paresce verdaderamente que se me parte en dos partes.

PAS. Qué, no será nada.

INES Ya, ya, de la lejía que debia estar fuerte; çahúmate, hija, con un poco de romero y de ruda; tambien es bueno el açafranomi, tomado en ayunas con el agua de filibus cepa. Llégate acá, hija, santiguarte hé esta cabeça. En el nombre sea de Dios, que no empezca el humo ni el çumo, ni el redrojo, ni el mal ojo, toro bisco, ni lantisco, ni sinbio que traiga pedrisco; los bueyes se apacentaban y los ansares cantaban; por ahí pasó el ciervo prieto por tu casa, de cabeça rasa, y dijo: no tengas más mal que tiene la corneja en su nidal; así se aplaque este dolor, como aquesto fué hallado en banco de un tundidor; calla, hija, que no será nada con la ayuda de Dios.

PAS. Suso, ques medio dia, entrad, oislo, á hacer levantar ese moço, y comiencen andar esos fuelles.

INES Ya voy, marido.

PAS. Yo tambien quiero entrarme, que si yo no ando en todo, maldita la hacienda que se haga.

ARM. Yo aquí quiero quedarme, señor.

PAS. Queda en hora buena, y tú, Mencieta, porque le tengas compañía.



ESCENA SEGUNDA

INTERLOCUTORES:

ARMELINA, *dama.*—MENCIETA, *moça.*
GUADALUPE, *simple.*

MEN. ¡Ay, señora, en mi ánima si pensé que acabara hoy su madre! Jesús y qué ha encaramado de disparates.

ARM. Ansí son aquestos viejos; yo por reir dije que me dolia la cabeça, y por oir aquellas vejeces.

MEN. Y qué estudiado que lo tiene.

ARM. Maldita sea la cosa sino lo que á la boca se le viene, que como ya caduca en edad habla más que sabe, especialmente que aquestos viejos no son más que niños.

MEN. Estotra mañana estaban hablando mi señor y mi señora muy en

secreto, y no pensando que yo los escuchaba, decian no sé qué de vuesa merced.

ARM. ¿De mí? ¿Y qué?

MEN. Pues dame albricias.

ARM. Buenas sean, ¿qué hay?

MEN. Que segun paresce andan por casarte.

ARM. ¿Todo eso era? En mi pensamiento está. ¿Y con quién, Dios en hora buena sea, si entendiste?

MEN. Con un hombre muy honrado.

ARM. ¿Y quién?

MEN. Con el çapatero que enviudó estotros dias.

ARM. Yo te creo, que mi ventura es tal, que aun para lo que yo merezco es muy alto casamiento aquese; mas calla, que no sé quién viene.

GUA. Agora no creais, sino el que arriedo vaya ordena unas cosas, que no puedo entender dónde diabros las añazga ó las arguye, que estoy en pie y no atino más abrir los ojos que si nunca los tuviera, ¡válame el santo que está entre Frexenal y el Almaden! A él me ofrezco, y le prometo unos ojos de la color destos mios, de cera, pez ó estopa, ó de miel de

cerrato, ¡oh desventurado de mí! Si los puedo tener abiertos dos cantos de melon, que luego no se friegan como bolsicon de echar aguinaldo; en fuerte punto me parió mi padre, si me tengo de quedar ansí.

MEN. ¿Qué es eso, Guadalupe?

GUA. ¿Eres tú, Mencieta?

MEN. Sí, hermano; ¿de qué te vas lamentando?

GUA. ¿No ves, hermana, que apenas abro los ojos cuando luego se me caen las compuertas como postigo de golpe ó puerta caladiza de portal?

MEN. El asno, aun se debe venir todavia durmiendo, y no atina.

GUA. Ansí viva Alonso el porquerizo de Medellin, el tio de mi mujer, como es eso; debe de ser de herencia, que mis pecados grandes me han dado.

MEN. ¿Qué darias por sanar?

GUA. ¿Qué? Toda una semana prometeria al abad de Monserrate dormir en pie y vestido como mi madre me parió.

MEN. Mucho es eso.

GUA. Ah mi madre; por sanar, pardiez,

me aboresciese estarme dos horas y media sin desayunarme, si no huese de pan, ó de alguna cocina, ó algo semejante.

MEN. ¿Duélente los ojos?

GUA. Que no, dolos al diabro, sino que se añublan de suyo.

ARM. Mas de sueño.

GUA. Y si es de lo que vuesa merced dice, ¿hay remedio, señora?

ARM. Pregúntaselo á Mencieta.

GUA. Mencia hermana, ¿sabes tú algo para contra ojos adormidos?

MEN. Mil medicinas hay.

GUA. Mil, he dime un par dellas.

MEN. ¿Y para qué un par?

GUA. Para cada ojo la suya.

MEN. Ah, dices bien; aguarda un poco, tápate muy bien los ojos con las manos que no veas cosa ninguna.

GUA. ¿Estoy bien?

MEN. Sí; vuélvete de espaldas, y si algo te doliere no hables, que te quedarás ciego para todos los dias de tu vida.

GUA. Haz, que yo callaré hasta que tú me lo mandes.

MEN. Está quedo, tonto.

GUA. No ahí, Mencieta, no ahí; está el

mal en los ojos, y enxálmasme las espaldas.

MEN. Pues de ahí te va la salud á los ojos.

GUA. Bueno creo que estaré ya, Mencieta.

MEN. Pienso que sí.

GUA. ¡Plegue á Dios que no sea de menester alguna sangría, que mucho me duele aqueste enxalmo que me pusiste! ¿De qué era por tu vida?

MEN. De un poco de enjundia de gallina y otro poco de levadura.

GUA. Demasiada levadura pusiste.

MEN. ¿Por qué?

GUA. Porque era muy duro aquel empastro.

MEN. Agora puedes bien abrir los ojos.

GUA. Sí; pero es menester rogar á Dios que los pueda volver á cerrar, que, pardiez, como el cocimiento está en las costillas de tu melecina, y aun será maravilla que no me acuda despues el sueño en una quincena de dias.

MEN. No es mucho.

GUA. Mira, Mencieta, aunque otra vez me veas ciego y rezar oraciones, no me cures.

MEN. Mira qué mercedes, haced bien á semejantes.

GUA. Da al diabro aquesas semejanças. Sé que otras veces me han curado á mí; mas tú tienes muy pesada mano. Yo te juro y te consejo, que cuando grande no tomes oficio de casamentera.

MEN. ¿Por qué?

GUA. Porque no es mucho que dure un casamiento, hecho de tu mano, más que la memoria del Cid Ruy Diaz.

ARM. En fin, que ya vas sano.

GUA. Dad al diabro sanidad, señora, cuando comiença otra dolencia de nuevo.

MEN. Bueno está eso; por no pagarme, haces agora esos entremeses.

GUA. ¿Y qué entra en una melecina desas?

MEN. Más de real y medio.

GUA. Real y medio, barato es si se me aflojase esto de las costillas; ¿y qué me durará este escocimiento?

MEN. Hasta que gaste el humor, que será quince ó veinte dias.

GUA. Da al diabro tu cura, pues una modorra sana al catorceno ques

mucho, y dura una melecina en sanar de tu mano veinteno.

MEN. ¿Dónde vas?

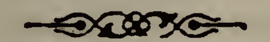
GUA. A buscar quien me cure destos socrocios ó cataplasmos.

MEN. Ve en buen hora, y mira muy bien por allá fuera algun amigo tuyo que se quiera curar, como tú has hecho.

GUA. No, no, Mencieta, no te pongas más en ese oficio, que yo creo que no cobrarás muy buena fama con estos tus enxalmos; queda con Dios.

ARM. Maldita seas, que reir me has hecho.

MEN. Entremos, que ya por las calles comiença á rebullir la gente.





ESCENA TERCERA

INTERLOCUTORES:

DIEGO DE CÓRDOBA, *çapatero.*
RODRIGO, *casamentero.*—MENCIETA, *moça.*
GUADALUPE, *simple.*

ROD. Mirad, señor Diego de Córdoba, yo os prometo de no partir mano del negocio hasta tenello concluido, ó perderé sobre ello la gorja; ¿háos visto la señora desposada?

DIEGO Mil veces, y aun con el otro vestido nuevo, si no me desecha por este lobanillo que tengo; mas yo creo que no nos desavendremos. ¿Qué os ha dicho Pascual Crespo, su padre?

ROD. Él contento está; la moça no creo yo que se desagradará de vos, siendo, como sois, hombre honra-

do, de buena edad y fama, rico y demás desto buen oficial. ¿Qué os falta?

DIEGO Y gentilhombre, y bien vestido; pardiez, un jubon compré el otro dia cuando me quité el luto, que se lo podia poner el mejor de la villa.

ROD. Descubríos un poco la capa, que estamos cerca de su casa, y podria ser ponerse la moça á la ventana.

DIEGO No, que agora vengo de revuelta.

ROD. Quitaos aquese delantal, daldo al diablo.

DIEGO ¡Oh pecador de mí, á estar la señora á la ventana!

ROD. Tengo os yo vendido por el más hermoso y político hombre que hay en toda esta tierra, y vos venís por la calle con aquesos argamandeles, ¿habeis os lavado la cara? Mira qué manos para venir á vistas.

DIEGO Por cierto, y por la verdad, lavado me hé, que el çumaque me tiene parado las manos desta suerte; mas la puerta abren, y no sé quién sale.

ROD. Políos y hablad autorizadamente,

no menteis cosa del oficio ni por pensamiento, que la moça aún no sabe que sois oficial.

DIEGO No, no; yo estaré sobre el aviso, ¡válame Dios!

GUA. Y si no hallare huevos, ¿qué traeré?

MEN. Traeremos sardinas, como señor dijo, para que almuerce esa gente; ¡ay de mí, Guadalupe, cata el desposado!

GUA. ¿Cuál desposado, Mencieta hermana?

MEN. Habla paso, el que pretende ser de la señora Armelina.

GUA. ¿Y qué hace al caso que hable recio?

MEN. Calla, que viene hácia acá.

DIEGO Guarde os Dios, señora doncella.

MEN. Yo beso las manos de vuesa merced, señor.

DIEGO ¿Dónde bueno, hija mia?

MEN. ¿Conósceme vuesa merced por ventura?

DIEGO Y muy bien, ¿no sois vos criada del señor Pascual Crespo el herrero?

MEN. Sí, señor.

DIEGO ¿Qué hace vuesa señora la moça?

GUA. En toda esta noche no ha podido reposar.

DIEGO Jesús, guárdela Dios, ¿y de qué?

GUA. De pensar en vuesa merced.

MEN. Calla, asno; en verdad, señor, que miente.

DIEGO Yo os aseguro que algo debe de ser cuando el moço lo dice. ¿Qué le paresce, señor, si va la cosa desaviada?

ROD. Ansí es menester.

DIEGO Decí, hija, ¿hánle dicho como me quiero casar con ella?

GUA. ¿Pues de qué piensa que ha estado esta noche tan pensativa?

DIEGO Yo te creo.

GUA. Guárdemos Dios, señor.

DIEGO ¿Y de qué, hijo, así halleis ventura?

GUA. ¿De qué, señor? Desposado de amores.

DIEGO Qué, ¿de mí?

GUA. Que nó, sino de aquese devantal, que le han dicho que hace vuesa merced maravillas, y ques el mejor hombre de echar un remiendo en un çapato, que hay en todo su linaje.

DIEGO ¡Yo remiendo! Por cierto que le han mentido; soy negro oficial de obra prima, mirad qué testimonio tan grande.

GUA. Sí, sí, ansí creo que le dijeron, y que en casa de vuesa merced ponen unas ollas por milagro.

DIEGO ¿Cómo por milagro? De bien guisadas querrás decir.

GUA. No, sino cuando en su casa se ponen, lo pueden contar por milagro, porque no se acostumbran de poner sino de cuatro en cuatro meses, como á tercio de alquiler de casa.

DIEGO ¡Jesús, Jesús! ¿Tal le han dicho? Por mi conciencia que es levantamiento; si nó, dígalo el señor casamentero.

GUA. De lo que más mi señora se ha enamorado, es de su buena cara.

DIEGO Eso bien puede ser.

GUA. En verdad que hablando el otro dia de vuesa merced, estándole alabando sus faiciones, no faltó quien dijo: bendita sea tal cara, que en mi alma que no paresce sino boñiga de buey en mes de Mayo.

DIEGO ¿Quién dijo tal, algun bellaco malicioso? ¡Ah, que no se escapará hombre de malas lenguas!

MEN. Déjele, señor, que devanea.

GUA. Que devaneo; ¿tú no oiste decir

que en su poder ternía muy conservada la dentadura?

DIEGO ¿En qué?

GUA. En estirar las pieças de los cordobanes con los dientes, y que por eso tiene vuesa merced las manos tan conservadas de tratar las suelas, que parescen las coyunturas ñudos de guindo ó de alcornoque.

DIEGO Por eso tengo unos guantes para las fiestas, ¿hay tal cosa en el mundo?

GUA. Qué bien le deben de armar.

DIEGO ¿Por qué no?

GUA. Sí, sí; bien creo que le asentarán á vuesa merced, como á la negra el afeite.

MEN. ¿Conoscerá ahora vuesa merced si está chacotero el moço?

DIEGO Pues yo os prometo, don asno, que si os echo mano, que vos me lo pagueis.

ROD. Déjele, señor.

DIEGO Y que si vuestro amo no os castiga, qne no me tenga por amigo.

MEN. Vamos, diablo; señor, perdone.

DIEGO Perdóneos Dios, hija.

GUA. Señor desposado, no deje vuesa merced de feriar ese gesto á unos

fuelles, y hareis más provecho á mi amo, y no os atrevais más de pasar por nuestra calle; si nó, podrá ser que volvais cargado de leña seca, porque verde no la hay en casa.

DIEGO Aguarda, don tacaño.

ROD. Dejaldo, que no es de hacer caudal de quien no sabe lo que se dice más que una alforja.

DIEGO Calle, señor, ¿paréscele que para un hombre que pretende lo que yo, que es bien irle con semejantes razones?

ROD. Vos mismo dais ocasion á todo; políos, políos, pecador de mí, que me paresce á Armelina la que está á la ventana.

DIEGO Blanquear veo, no sé si es ella.

ROD. ¿Pues quién ha de ser? Fingid que soy vuestro moço, y preguntadme algo delante della, porque parezcais hombre de pundonor, y no menteis cosa del oficio ni por pensamiento.

DIEGO Bien me decís: ¿oyes, moço?

ROD. Señor.

DIEGO Ven acá, aguija á casa de mi compadre Pero Alonso, que me haga merced de aquellos contrafortes y

aquellos chambariles, digo aquellas guarniciones para el çapato sobresolado.

ROD. ¿Qué decis?

DIEGO Digo para el cuartago.

ROD. Si haré, señor; encomendaos, pecador de mí, que os destruís vos mismo.

DIEGO No habia mirado. ¿Pusiste en cobro aquellas hormas?

ROD. ¿En qué pensais?

DIEGO No quise decir sino aquellas almohadas.

ROD. ¿Tantas almohadas habeis de tener?

DIEGO Mirad, sacarme á mí de curso es echarme á perder y destruirme; mas callad, que agora lo enmiendo todo.

ROD. Vaya.

DIEGO Aparéjame aquel boix y aquellas tijeras, digo aquel peine y aquella limpiadera.

ROD. Válaos quien quiera; hablalde y será mejor.

DIEGO ¿Que le hable? Ven tras mí, moço.

ROD. Soy contento.

DIEGO Ilustre señora: ¿he empeçado bien?

ROD. Bien.

DIEGO Pielanchísima, blanda y amorosa,

que cubre mis quemantísimas entrañas. Afilado trinchete para cercenar la penetrante vira de mi penado çapato, y corcho de mi mal forjado plantufo.

ROD. Paso, paso.

DIEGO Y finalmente; ah lezna y aguja, que atraviesa de parte á parte el retoricado coraçon mio.

ROD. ¡Oh pecador de mí, que todo lo habeis enlodado y echado á perder! En verdad que no habeis dejado aparejo ni herramienta en todo el oficio.

DIEGO En ver á la ventana á mi esposa, no atino á decir cosa á derechas.

ROD. Aun, ¿cómo habeis tenido ventura?

DIEGO ¿En qué?

ROD. Que es un paño, que está puesto á la ventana á enjugar.

DIEGO Por su vida, abráceme y vamos de aquí antes que otro peor nos suceda.

ROD. Vamos.



ESCENA CUARTA

INTERLOCUTORES:

JUSTO, *gentilhombre.*
VIANA, *padre de Justo.*—BELTRANICO, *paje*—MULIEN BUCAR, *moro.*

JUSTO Esta es, Beltranico, la casa de aquel herrero donde digo que vive aquella hermosa doncella que algunas veces te he contado, la cual tan esquiva se me enseña, que aun á la cara jamás con buen semblante se digna mirarme.

BEL. Díme, señor; ¿y sabes si es hija suya de aqueste Pascual Crespo?

JUSTO No curo nada de saber cuya hija es; basta haberme parescido bien, que en lo demás, ¿qué me va á mí saber si es hija suya ó de quién? Yo la he visto en casa del herrero, y no quiero saber más.

BEL. Dígolo, porque paresce moça de gran recogimiento para ser hija de hombre tan bajo; pero dime, señor Justo, ¿tu padre qué piensa hacer á cabo de cinco ó seis meses que andamos vagando por estas calles, comiendo sin provecho lo que terníamos excusado?

JUSTO Yo te lo diré. Hásele asentado en la memoria que en este pueblo ha de hallar á su hija Florentina, porque allá en Bolonia, antes que partiésemos se lo dijo un sabio de nacion griego, que sin duda la habia de hallar en esta ciudad, y él piensa no partirse hasta descubrilla, ó morir en la demanda.

BEL. Eso como en la mano.

JUSTO Pasémonos á estotra esquina de calle, por ver si podré gozar de la vista de mi señora Armelina.

BEL. A Mencieta su criada querría hablar, que me ha prometido certum frasquis, lo que no seria mal tercero para tu negocio.

JUSTO Desviémonos un poco, Beltranico, que aquel hombre que viene paresce mi señor.

BEL. Sí, él es; vamos de aquí.

VIANA Aunque en los trabajos desta miserable vida los que en ella vivimos por diferentes maneras los padezcamos, el mio en grado es superior excesivamente padecido, pues son pasados casi cinco meses que en este pueblo resido, donde aquel griego me certificó que hallaría á mi amada hija Florentina, la cual de una casa de placer, de edad de cuatro años, me fué robada de Viana, un pueblo donde yo nascí; por cuya falta un hijo adoptivo he con harto trabajo criado, y él con algunas mocedades de mi obediencia se aparta, pues por muy cierto me han avisado, que de una hija de aqueste herrero que en esta casa vive anda sin juicio enamorado. Dios lo provea mejor que yo lo imagino, y con dichosa vuelta á Viana nuestra, mi cara patria, con salud y gozo nos retorne. Hoy me he salido por estos arrabales, donde en una casilla de aquestas vive un moro granadino, que dicen que en muchas artes es habilísimo, especialmente en descubrir hurtos y cosas perdidas, y segun las señas

esta casa es la suya. ¡Hola! ¿Quién está en su casa?

MORO ¿Quin llamar? ¿Quin llamar? ¡Hola! Pinxastex quinxordamox, ¿por qué traquilitraque?

VIANA Perdonad, buen hombre, que á pensar que hacíamos enojo, de otra suerte lo hiciera.

MORO No hay aquí perdonanxas, amego, exta la perxona lo que complimox, y voxotros voxtra merxé agora en extorballe; un palabra no máx, haxer que perdemox cuanto ex trabaxado.

VIANA Buen hombre.

MORO ¿Por qué bon hombre? Mirar xistar vox bon hombre; fablar de tra xuerte.

VIANA Hombre honrado, no tomeis pesadumbre, que mi intencion no fué ofenderos, ni enojaros, antes soy venido á buscar tal medicina de vuestras manos, cual soy informado, y creo que me podreis dar.

MORO Haya xiñor de xer que querer prexto, qui buxcar, porquextamos faxendo gerto experimento, ó como liamar.

VIANA Señor, sabiendo vuestra habili-

dad quise acorrer á vos, que vuestra buena fama se extiende de manera, que yo creo que habemos allegado á buen puerto.

MORO ¡Ah piecador de mí! Hablamox prexto, pa qué tanto revolver palabrax, dexer exto quero, exto mando, y xerrar al pico un palabra hasta; á buenox palabrax poco entendedorex.

VIANA Señor, yo soy extranjero y tuve una hija en un pueblo llamado Viana, de donde yo soy natural, y me fué hurtada de una casa de placer, siendo niña. Há mucho tiempo que la busco; si en vuestra sabiduría consiste alguna habilidad con que yo salga de trabajo, buscaldo, y sea á costa de mi hacienda.

MORO Dexer, xeñor, ¿cómo llamaxtex?

VIANA Señor, Viana.

MORO ¿Cómo llamar al fija?

VIANA Florentina.

MORO ¿Y al terra voxtra?

VIANA Viana, que de allí he tomado el apellido.

MORO ¿Quixon pellido?

VIANA El nombre, señor.

MORO Yantendemox, dexer xeñor, te-

ner vostra reverenxa bon ánimo é bon xofrimento.

VIANA Señor, yo creo que no faltará.

MORO Haxerxe prexto á un banda y caliar al pico, no tener pavor si querer aliar tu fija. Haya vox Platon, gran xeñor, da quel excorro y gran temeroxo reino conjorro vox tamben Proxorpena querida daquixti infernal xiñor, por aquel poder que xobre lax infernalex xombras vox tovextex concedido ox apremio, que vixta aquexta mi petixon menviar logo logo á lantigua mágica Medea, naxida en ixla llamada Colcox, por cuya gran xabiduría aquel dorado Beloxino por lax manox del venturoso Faron en el templo de Marte fué con no pequeño trabajo ganado. Haya, haya, xiñora Medea, venir á mi llamamiento.

MEDEA ¿Qué es lo que dices, Mulien Bucar, que tan apremiados tienes á los que en las profundas tinieblas y oscuros sitios moramos? Ves me aquí, yo soy aquella que por los amores de aquel mancebo, que tú sabes fuí fraticida desmembrando en pieças menudas á mi pe-

queñuelo hermano Absirto, porque el viejo padre de entrambos, en tanto que yo huia de su vista por seguir al mi Fason, recogiendo los esparcidos y sangrientos pedaços del amado hijo, por algun espacio de tiempo se detuviese, en tanto que yo con mi nuevo esposo en las naves me recojia, sin otras cosas que así por mi sabiduría como por mi crueldad viviendo procuré efectuar. Así que, ves me por tu mandamiento apremiada; mira lo que mandas, que en todo y por todo serás obedescido.

MORO Medea fija, ben te conoxcox; ixta extar cauxa que te faremos venir á noxtro mendamento. Dexirme, infernal perxona, ¿dónde morar, en qué rigion y qué reinox, en qué terra, un moça daquél quixtar prexente? Dexérmelo, vaya, haxerlo, que mandamox para aquel xobrado poderío que xobre lax yerbas, xobre piedrax, enxima danimalex y máx xobre lax infernalex potenciax, mi gran xabiduría me conxede.

MEDEA Has de saber, que en esta ciudad

vive y en una casa no muy á su contento; con brevedad conviene buscalla, antes que por el extremo en que está puesta haga algun desvarío, y porque tu pregunta no se extiende á más que saber en qué rigion aquesa que buscas mora, vóyme donde mis penas en tanto que los siglos duraren, no se verán aniquiladas.

MORO Anda, vete, y dar mix encomendaxonex á Platon, Proxorpína y dar mix bexa manox á Canxerbero, y á lo demáx que quedamox para todo su xervixio. Ah, ¿qué te parexer, xeñor honrado, tenerlo todo bien entendido?

VIANA Muy bien, señor, y tome por el trabajo pasado.

MORO Alá te dax xalud como te dexeamos; parduna, xiñor, quel tempo dexcobrir al que queremox.

VIANA ¡Oh, soberano Dios, qués lo que he visto! Pero agora que sé que está en este pueblo, conviene no reposar un momento hasta descubrilla; pero, ¡ay de mí, en qué extremo tan grande es en el que está puesta mi hija, que dicen que conviene hallarla brevemente

antes que á las infernales furias abaje con alguna muerte breve, que con sus manos á su propia persona se busque! Vóyme; ya que aquél me ha concedido saber lo uno, lo demás no me niegue.





ESCENA QUINTA

INTERLOCUTORES:

ARMELINA, *dama.*
NEPTUNO, *dios de los mares.*
MENCIETA, *moça.*-PASCUAL CRESPO, *herrero.*
DIEGO DE CÓRDOBA, *çapatero.*
GUADALUPE, *simple.*

ARM. Grandísimo trabajo es vivir el hombre al descontento suyo, y ser apremiado hacer alguna cosa que contraria sea de su voluntad; ¡ay mezquina! Pues, ¿qué otro mayor que en el que yo al presente estoy puesta, procurando este Pascual Crespo de darme por via de matrimonio desdichado, á un hombre á quien la natura otra gracia no le ha concedido sino coser çapatos, y que aquestos mis

viejos tan acosada me traigan á que yo lo acepte con toda brevedad, por la cual ocasion me voy, sin esperanza alguna de vivir, á los desiertos y solitarios riscos, donde las fieras de mi desdichada persona puedan hacer á sus hijos cebo, y para sus crueles dientes pasto? Y si ventura tal no me quiere conceder, del más empinado lugar que encima del mar tempestuosa caiga determino lançarme; mas, ¡ay ventura cruel, quién viene hácia acá! ¡Ay triste de mí y qué horrible gesto!

NEP. Tus palabras ociosas, Armelina, me han traido y sacado de las muy enconadas peñas y tremebundas ondas donde está mi señorío y morada, juntamente con los delphines, peces, buseos, ballenas y demás las anchas tortugas, á quien natura de fuertes conchas armó, me sirven y hacen reverencia; y si quieres saber mi nombre y mi apellido, sábete que yo soy Neptuno, señor y poseedor de las posesiones y peñascos marítimos; tambien el que en los naufragios á las naves que por

mis anchas ondas navegan, suelo á unas favorescer y asimismo á otras anegar; donde solamente á Eolo, dios y señor de los vientos, reconozco obediencia, el cual muchas veces con su furia á los peces que tengo en mi servicio suele encerrar en los escondrijos y cavernas huecas por huir su furor. Y como te oí decir que en mis ondas determinabas hacer sacrificio desta tu vida, no quise consentir en tu desesperacion y deseo; ven conmigo, que aunque fuera de tu voluntad, antes de mucho serán reducidos tus trabajos en un sosiego y quietud agradable.

MEN. ¡Ay amarga de mí, y qué merezco yo! ¿Tenia yo cargo de su guardia, ó tenia yo las llaves de su aposento que ansí me maltratan? Tienen ellos la culpa y vuélvense á mí.

PAS. ¿Qué culpa, mala hembra? Vuelve acá, que pues tu dormías en su retraimiento, tú me dirás qué se ha hecho della.

MEN. Sí, sí, aguarden que yo lo diga; estaba la otra hecha una víbora,

porque la querian casar contra su voluntad; mira qué milagro que se fuese como desesperada por ese mundo.

PAS. ¿Cómo contra su voluntad? ¿Y no le venia muy ancho á ella quererla yo dotar en mi hacienda y casalla con un hombre tan honrado, no siendo mi hija? Haced honra á semejantes.

MEN. En eso se tenia ella, decia que era hija de un hombre de los más principales de todo su pueblo.

PAS. No me pesa sino de lo que las gentes dirán, y por la deshonra que á mi casa se le pega, que ya que la habia criado, quisiera ponella en buena parte.

DIEGO ¿Qués aquesto que me han dicho, señor Pascual Crespo?

PAS. Señor Diego de Córdova, ya veis, parésceme que se nos ha ido la desposada.

GUA. Mencieta, mira que te llaman allá fuera.

MEN. ¿Y adónde?

GUA. A la puerta de la calle.

MEN. ¿A mí á la puerta de la calle? ¿Y quién?

GUA. Habla paso, que me dijo que te lo dijese en secreto.

MEN. Déjate de secretos.

GUA. ¡Válate el diabro! No quiere el otro que lo sepa señor, y tú tienes más pico que aguja de San German.

PAS. ¿Y aun con estos secretos anda mi casa de tal suerte?

GUA. Que yo ya digo lo mismo, señor; ¿quién diabros te mete á tí abraçar á hijo de nadie en la casa puerta, ni dalle pañuelos? Yo no lo digo por revolverte con señor, ni quiero que se diga de mí que soy chismero; mas la asadurilla del cabrito que el otro dia faltó del escarpia, ¿quién la comió si te acuerdas?

MEN. ¡Yo qué diablos sé!

GUA. No te enojes, como se la presentaste aquel moçuelo que está á la puerta, hecísteme sospechar quél se la habia comido; anda, ve que te aguarda, y pues que no es tu primo ni tu hermano, no le des lo que falta de por casa, que haces sospechar sobre los gatos y no es buen ejemplo.

MEN. ¡Ay qué grande levantamiento, válgame Dios!

GUA. Anda ve, y pues le mandastes venir, busca algun mal alçado que le dés, porque no venga en balde.

MEN. ¿Y qué tengo de buscar, boca de mentiras?

GUA. Otra asadurilla como la de marras, y otro gato á quien levantar otro testimonio.

PAS. ¿Qué le paresce, señor Diego de Córdova, que tenga yo en mi casa quien me robe para dar á quien se le antoja?

DIEGO Cosa brava es servirse el hombre de hijos ajenos.

PAS. Ven acá, hija Mencieta, ¿quién es aquél que te busca?

MEN. Que no debe ser, señor, sino una moceta hija de una tía mía, y aqueste como es tan grande asno, desatina.

GUA. Es verdad que desatino; mas como le veo con calças, y con capa y gorra, pienso ques moçuelo.

PAS. ¡Ah, traidora! Acabad, decí quién es aquél.

MEN. ¡Ay señor! No me apremien, que yo lo diré.

PAS. Pues dí, veamos.

MEN. Un mocito, que es criado de un extranjero.

PAS. ¿Cuál extranjero?

MEN. Uno que está aquí con su padre, el cual viene en busca de una hija suya.

PAS. ¿Qué conocimiento tenías con él?

MEN. Señor, verle pasar por esta calle.

PAS. ¿Y por qué pasaba, y á qué efecto?

MEN. No lo sé, señor.

GUA, Sí sabe, señor, que miente.

DIEGO Dí, hija, la verdad, que yo le rogaré á tu señor que no te haga daño.

PAS. ¿Por quién era el paseo?

MEN. Por mi señora la moça.

PAS. ¿Cómo lo sabes?

MEN. El me rogó que le hablase de su parte.

PAS. ¿Y tú, hablábasle?

MEN. No osaba, señor.

PAS. ¿Por qué no osabas?

MEN. Por el gran recogimiento de mi señora.

DIEGO Buen recogimiento; pues paresce por el indicio que él mismo se la ha llevado.

PAS. Señor, aqueso la justicia lo averiguará. ¿Y qué te quería á tí aquel moçuelo?

MEN. Señor, prometióme un rosario.

PAS. ¿Para qué te lo prometía?

MEN. Diz que se quería casar conmigo.

GUA. Pues válgate el diablo, ¿no alcançabas con la mano un prato del vasar, y querías ya tener brezo en casa?

MEN. No, sino habíame dado palabra para cuando fuese grande.

GUA. Ya ya, abrocábasle tú agora para no quedarte en jolite, ó apolillada en un rincon.

DIEGO Sus, señor; vamos de aquí y préndase aquel moço, que él dirá la verdad apremiándole.

PAS. ¿Y dónde vive aquel moço que dices?

MEN. Señor, en la placeta vieja, ya sé su casa.

GUA. Mira si sabrás.

PAS. Échale mano, Guadalupe, no la sueltes.

GUA. Teneos por presa, señora Mencieta, y por alcahueta.

MEN. Paso, diablo.

GUA. No me muerda, señora desposada por los pesebres.

MEN. Mal me logre, don sangual testimoniero, si no os hago dar más palos que pueda llevar una acémila.

GUA. Anda, anda, rapaza, cara sin vergüenza.



ESCENA SEXTA

INTERLOCUTORES:

ARMELINA, *dama.*—NEPTUNO, *dios de los mares.*—JUSTO, *gentilhombre.* BELTRANICO, *paje.*—MENCIETA, *moça.* ALGUACIL (1).

ARM. Dime, señor, ¿qué vida tan extraña es aquesta que quieras que sufra, ó á qué efecto quieres y permites que yo me conserve en tu compañía? Siendo tu género tan diferente del mio, dame licencia si eres servido que yo pueda buscar la muerte, ó el remedio

---

(1) En esta escena sexta hablan en ella más interlocutores que los indicados, pues á Pascual y á Viana no se nombran en la lista de dichos interlocutores. En cambio Beltranico, que figura entre ellos, no dice palabra.

por otra via, que tu conversacion, á la verdad, presencia y morada, dificultosamente se puede soportar.

NEP. Más sano que pronunciar semejantes palabras, oh Florentina, te seria procurar pasarlas en silencio, que mi morada, presencia y conversacion, poco perjuicio te pueden hacer.

ARM. ¿Florentina? No es ese mi nombre.

NEP. Eslo, y tu propio natural, y el mio Neptuno, que en los tiempos que Driadna fué desamparada de Teseo, habiendo por industria della conquistado aquel espantable Minotauro, dentro del laberinto que Dédalo por la traicion de Pasiphe edificó, yo fuí el que á la moça ya desamparada de las fugitivas naves y del falso amante engañada, en los altos riscos á las aguas de mi mar consagradas procuré de amparar, mandando á las furiosas ondas que en sosiego estuviesen, en tanto que Baco, dios de la embriaguez, en los carros regidos y gobernados por los tigres furiosos por amiga se la llevase, á la cual despues de atra-

vesada á la region del aire y los húmedos celajes, una corona de estrellas en el cielo por su memoria dedicó. No creas, pues, Florentina, que mi intencion está con ménos propósito para lo que á tí te toca; calla por ende, y no te fatigues tanto, que revuelto está un negocio á causa tuya, por el cual antes de muchas horas fortuna rodeará á tí y á quien no consideras bien apacible y próspero.

ARM. Lo que te ruego, señor, ya que á tu poder soy venida, y por aquesta cuitada determinas hacer bien, me digas y declares en qué manera fuí hurtada de poder de mis padres y traida en poder de aqueste herrero, ó qué infortunio fué el que me siguió en tan tierna edad.

NEP. Como en aquella era tú tuvieses madrastra y no madre legítima, un pariente tuyo te hurtó de noche, viendo que la malvada mujer de tu padre procuraba por todas vias tu mal tratamiento, y así huyendo la presencia de la patria donde tú naciste, otra mayor desgracia le sucedió, que habiendo

por su desventura peregrinado, y llegado que fué contigo á la isla de Cerdeña, fué salteado de corsarios, donde tú cupiste en suerte á uno dellos, el cual te trajo á vender, fingiendo que eras su esclava, en España, y en un puerto de mar harto conoscido y arado de los ligeros vasos, así del remo como de la vela; en Cartagena fuiste vendida.

ARM. ¿Y quién fué aquél tan piadoso varon, que ya despues de tantos trabajos pasados por mí, se dignó á me comprar? Porque en aquese tiempo siendo yo tan niña, harto flaco servicio podia rescebir de mí.

NEP. No faltó quién; un hermano de aqueste herrero, el cual en aquella sazon por la mar mercadeaba, te compró, y estando al punto de la muerte, á este Pascual Crespo, hermano suyo, te dejó en gran manera encargada y que como hija te criase y doctrinase; pero vamos de aquí y procura alegrarte, que no pasará mucho tiempo que no sepas quién tu padre sea.

JUS. ¿Qués aquesto, señor? ¿Qué habeis

conmigo? ¿A qué efecto me llevais preso?

PAS. Señor alguacil, haced vuestro oficio.

GUA. Sí, sí, señor, haced vos el vuestro, que yo tambien haré el mio, en llevar asida esta cachonda.

MEN. Has de arrastrarme.

GUA. Sí que os puedo arrastrar, y desarrastrar y llevar empinada, pues que el señor y el Rey me lo manda.

PAS. Asid bien á ese tacaño, ponédmelo en la cárcel y á muy buen recaudo, que él dará cuenta de la demanda que le será puesta, ó dirá á qué efecto importunaba á la rapaza que hablase en secreto á la que yo en mi casa tenia. Ven acá, rapaza, ¿no es aqueste gentilhombre el que tú dices?

MEN. Señor, yo no sé nada.

GUA. Ansina revientes por los ijares.

MEN. ¿Qué me pregunta á mí?

PAS. ¿Dí, traidora?

GUA. ¿Dí, putilla?

PAS. Calla tú y está quedo.

GUA. No, sino como vuesa merced dijo, dí, dije yo entonces con la rodilla y todo que dijese.

PAS. ¿No has contestado por tu boca, que aqueste mancebo te importunaba para que hablases á tu señora?

MEN. Yo, señor, es verdad que lo dije, pero hícelo de miedo.

GUA. Así te ayude Dios como hay miedo ni verguença en tí.

PAS. Dí la verdad.

MEN. Yo, antes consentiré sacarme la lengua por el colodrillo, que diga palabra con que á ninguno ofenda.

VIANA ¿Ques esto? ¿A qué efecto habeis prendido á este mancebo, señores?

PAS. A efecto que no pagará ménos que con la vida.

VIANA Señor, si alguna manera de piedad ó misericordia se halla depositada en tus entrañas, apiádate agora de aqueste viejo triste y extranjero, y deste que preso llevas, que en cuenta de más que hijo tengo.

ALG. La piedad será, honrado viejo, seguir su justicia, ó que le dé cuenta de una hija que le falta.

VIANA ¿Qué dices, hijo?

JUS. En verdad, señor padre, que nada le debo en esa parte.

MEN. Ni ménos esta triste de Mencieta.

GUA. Santa María Señora, hábense, señores, á una banda, ¿no ven qué extraño espectáculo asoma, y qué mujer con un antifaz sobre su rostro?

PAS. Estemos atentos.

NEP. No hay que temer, señores, sosiéguense sin alteracion ni espanto ninguno, porque mi principal venida no es más sino para daros cumplido contentamiento y afable regocijo á todos, y cuanto á lo primero sabed que me llaman Neptuno, señor de las marítimas aguas, sabidor de vuestros negocios; por eso tú, Pascual Crespo, no seas tan cruel, desata á tu hijo llamado Justo, el cual ya perdido pensabas tener.

PAS. ¿Que éste es mi hijo, el que tuve siendo moço en mi amiga Cristalina?

NEP. Este sin duda, que sirviendo á un capitan por paje en la guerra que tuvo el Rey de Hungría con el potentísimo turco, por sus buenos servicios le dejó encomendado en el paso de la muerte con hartas riquezas y joyas como á

tutor y padre á este señor que llaman Viana.

VIANA Así es la verdad.

PAS. Mi hijo; soltalde, señor alguacil, y abrázame, amado y charísimo hijo.

JUS. Deme sus manos.

PAS. Bendígate Dios.

GUA. Soltaré á Mencieta, señor.

PAS. Suéltala, acabemos.

GUA. Gracias á Dios que ya no soy porqueron de alcahuetas.

NEP. Y más tú, honradísimo viejo, en extremo grado te goça, y tú, Pascual Crespo, te regocija; que aquella qué por Armelina tenias, Florentina se llama, hija natural deste atribulado y anciano viejo dicho Viana.

PAS. ¿Qué nos contais?

VIANA Mas ¿qué nos decís?

NEP. Que en presencia de vosotros la teneis; quita de tu agraciado rostro el velo, Florentina, y abraça á tu padre.

ARM. De gracia, y con sobrada alegría.

VIANA ¡Ay, hija de mi alma y de mi coraçon! ¡Cuántos infortunios he pasado por sólo ver este dia, álçate deste suelo!

ARM. No lloreis, padre.

VIANA Déjame, hija, que ansí descansan mis envejecidas canas y tez arrugada.

PAS. ¡Oh, Armelina! ¿Pero qué digo? Florentina, abráçame, y para bien seas parescida.

GUA. Sus, abracémonos todos, iremos en dança.

MEN. Quítate afuera, tonto, que no quiero ver tus abraços.

GUA. Los mios no los quieres tú; pero bien sé yo cuáles.

MEN. ¿Cuáles, nescio?

GUA. Los de Beltranico, el paje del señor Justo.

JUS. Eso, si ella es servida, yo haré que se case con ella.

MEN. Beso sus manos, señor, que yo lo acepto por marido.

GUA. Ore, grandosilla, cuán presto otorgó.

JUS. Tú tienes razon.

PAS. Muy más evidente razon hay, hijo, para que tú te cases con Florentina, siendo tú servido, y ella contenta, y su padre pagarlo.

VIANA Yo soy el más que dichoso.

ARM. Yo la más bien pagada.

GUA. Yo el más que aparejado para co-

mer de los confites y henchir este buche de viandas.

NEP. Sus, dense las manos.

ALG. Dadas están.

PAS. Entremos pues, y daremos conclusion y remate de celebrar estas tan deseadas bodas en mi pobre aposento.

NEP. Entremos, que en ser efectuadas me volveré á mi acostumbrada habitacion.

GUA. Señores, perdonen, y si de parescer estuviere alguno de holgarse en estas fiestas, aconsejáraselo yo; con residir en ellas Baco y no Neptuno.

FIN DE LA COMEDIA ARMELINA

CANCION

—

Quien no estuviere en presencia
no tenga fé en confiança,
que son olvido y mudança
las condiciones de ausencia.

GLOSA DE LOPE

—

Si algun favor alcançamos
de la dama á quien servimos,
muy seguro nos partimos;
mas muy peligrosos vamos,
porque todas en ausencia
son de tan buena conciencia,
que está seguro á lo ménos
de llorar duelos agenos
quien no estuviere en presencia.

—

Y aunque así va declarando
por perdido el que se vá,
no por eso el que se está
se ha de contar por ganado.
Mas guarde tal ordenança
cualquiera que se lo alcança:
si está ausente desespere,

y si presente estuviere
no tenga fé en confiança.

—

Porque así Dios las crió
sujetas á liviandad,
que no hay más seguridad
con su sí que con su nó.
Y en su mudable privança
los principios dan holgança,
mientras el daño está claro;
mas los fines cuestan caro,
que son olvido y mudança.

—

Olvido de lo servido,
mudança de lo alcançado,
engaño de lo pasado,
falta de lo prometido.
Bueno enojo y diferencia;
sobre cuernos penitencia,
estas y otras muchas son,
puestas ya por condicion,
las condiciones de ausencia.

FIN

LAS SEGUNDAS

DOS COMEDIAS

DEL EXCELENTE POETA

Y REPRESENTANTE

LOPE DE RUEDA

AGORA NUEVAMENTE

SACADAS Á LUZ POR

JUAN TIMONEDA



COMEDIA DE LOS ENGANOS

COMEDIA MEDORA

EPÍSTOLA

DE

JUAN TIMONEDA

AL CONSIDERADO LECTOR

Sapientísimo lector: el trabajo que á mí se me ha puesto de sacar á luz é imprimir las presentes comedias del excelente poeta y gracioso representante Lope de Rueda, no te des á entender que ha sido uno, sino muy muchos y de harto quilate. El primero fué escrebir cada una dellas dos veces, y escribiéndolas (como su autor no pensase imprimirlas), por hallar algunos descuidos, ó gracias por mejor decir en poder de simples, negras ó lacayos, reiterados, tuve necesidad de quitar lo que estaba dicho dos veces en alguna dellas y poner otros en su lugar. Despues de irlas á hacer leer al theólogo que tenia diputado para que las corrigiese y pudiesen ser impresas, y por fin y remate, el depósito de mi pobre bolsa, pues quien tan-

tos trabajos tuvo por darte algun honesto y apacible recreo, te suplico que no sobrevenga otro de tu mano, en quererme reprochar un tan cotidiano y debido servicio, pues nascí para servirte y pasar la vida en esta pobre habilidad que Dios me dió.—*Et vale*.

SONETO

DE

JUAN TIMONEDA

EN LOOR DE LOPE DE RUEDA

Rompiendo Phaeton, por no ir quedas
Las ruedas de aquel carro fulminoso,
Quedó el monte Parnaso tan famoso
Sin lustre, y las poéticas veredas,
Que nunca por jamás se han visto ledas,
Ni Phebo, hasta en tanto que ingenioso,
El carro reparó artificioso,
Y á cómicos autores dió las ruedas,
Guiando cada cual su veloz rueda
A todos los hispanos dieron lumbre,
Con luz tan penetrante deste carro.
El uno en metro fué Torres Navarro,
El otro en prosa, puesta ya en la cumbre,
Gracioso, artificial, Lope de Rueda.

COMEDIA

LLAMADA

DE LOS ENGAÑOS

MUY GRACIOSA Y APACIBLE

COMPUESTA POR

LOPE DE RUEDA

INTRODÚCENSE LAS PERSONAS

SIGUIENTES:

VERGINIO, *padre de Lelia.*
GERARDO, *padre de Clavela.*
MARCELO, *amo de Clavela.*
LELIA, *en forma de paje llamado Fabio.*
PAJARES, *simple.*
CLAVELA, *dama.*
JULIETA GUIOMAR, *moça negra.*
FABRICIO, *hijo de Verginio.*
LAURO, *caballero.*
FRULA, *mesonero.*
CIRUELO, *lacayo.*
QUINTANA, *ayo de Fabricio.*
SALAMANCA, *simple de Fabricio.*

ARGUMENTO DEL AUTOR

Si nos prestais atencion, generoso auditorio, oirán un verísimo y no ménos agradable acontescimiento, que once ó doce años despues que Roma fué saqueada, acontesció con Verginio, ciudadano della. Fué, pues, el caso, que habiendo este Verginio perdido gran suma de bienes y hacienda en el saco, y juntamente un hijo de edad de seis años, con Lelia su hija, nascidos los dos de un mismo parto, se vino á vivir aquí en Módena, la cual ciudad representa este teatro, á do Lauro, gentilhombre de Lelia, se enamora. Verginio, por hacer cierto camino á Roma, á su hija en un Monesterio deposita. Vuelto Gerardo, familiar y amigo suyo, dotándola con gran suma de dineros á Lelia, por mujer se la pide y el padre se la concede. Lelia, sabiendo en el Monesterio que por la ausencia suya, su querido Lauro de Clavela, la hija de Gerardo, anda enamorado, en hábitos de hombre determina salirse, y llamándose Fabio con su amante por paje se deposita. Aquí ceso, señores,

dejando de contar cómo el hijo perdido en Roma llamado Fabricio llega á este pueblo, y por ser tan semejante á Lelia, su hermana, los engaños que sobre ello sueeden. Sé que se holgarán en extremo vuesas mercedes, si están atentos, y queden con Dios.—*Et válete.*



ESCENA PRIMERA

INTERLOCUTORES:

VERGINIO, *padre de Lelia.*
GERARDO, *padre de Clavela.*—PAJARES, *simple.*—MARCELO, *amo de Lelia.*

GER. ¿Paréscete, Verginio, ser tiempo de darle conclusion en aquel concierto que ya otras veces tú y yo hemos començado á tener?

VER. Señor Gerardo, no tengas pensamiento que esté yo con ménos congoja que tú podrás tener, por no haber dado fin en un negocio que para cada uno de los dos tan deseado tenemos; mas no debes maravillarte, pues sabes que mi ausencia no ha dado lugar á que con más brevedad se efectuase.

GER. Mira, señor Verginio, que como

yo muchas veces he imaginado, no te hallarás á tiempo ni con dineros para comprar atavíos á tu hija, ó para otras cosas que á este efecto conviene; dímelo, que de los que yo tuviere te prestaré de muy buena voluntad.

VER. Yo te lo agradezco, aunque por agora no faltan, señor.

GER. Créolo en verdad; pero dime de gracia, ¿sabes si tu hija Lelia está en el Monesterio?

VER. Guárdenos Dios, señor, ¿pues á dónde habia de estar, habiéndola yo dejado por mi propia mano en compañía de otra prima mía, que en el mismo Monesterio ha hecho profesion? Mas dime, señor, ¿á qué efecto me lo preguntas?

GER. No creas, señor, que lo pregunto sin causa.

VER. ¿Cómo?

GER. Yo, señor, te lo diré. Has de saber que mediante el tiempo de tu ausencia, yo envié disimuladamente á saber desas señoras monjas, si tu hija estaba en el Monesterio, lo cual he sabido por cosa muy cierta que no está allá dentro, sino que anda acá fuera.

VER. Pues ten entendido, señor Gerardo, que si eso han dicho las monjas, no es sino por hacer á mi hija que profesase, porque así las unas como las otras he sabido yo que le han cobrado grandísima aficion.

GER. Bien lo creo.

PAJ. Cual volver, juro al cielo de Dios allá no vuelva aunque me lo manden y sopriquen saludadores á pie y descalços, y aunque vengan en cueros.

MAR. Aguardad, don asno, que yo os haré decir que no, cuando os mandaren la cosa.

PAJ. Asno, ¿parésceos bien cuál habeis parado la caña con que la otra hacía la cama? Agora hará la cama con los dedos.

VER. ¿Ques aquesto, Pajares? ¿Cómo sales ansí? ¿Qué ropas son esas?

PAJ. Las basquiñas de la señora Lelia.

VER. ¿Quién te las vistió?

PAJ. Yo me las vestí.

VER. ¿Para qué?

PAJ. Estáse lavando mi sayo.

VER. ¿Para qué se lava tu sayo?

PAJ. Embarréme anoche.

VER. ¿A dónde?

PAJ. En el soterraño.

VER. ¿Cómo?

PAJ. Caí, ¿hay más son que caí?

VER. ¿Cayó el asno, cayó?

PAJ. Yo caí, yo, que hombre soy yo para caer cincuenta veces muy mejor que vos.

VER. Que no hay quien te entienda.

PAJ. ¿Diz que no hay quien me entienda? Espere vuesa merced, que yo le cogeré á las palabras, que está á la entrada de la escalera junto al soterraño al rincon.

VER. Ya, ya te entiendo.

PAJ. Pues hay mal punto caí, hablando con reverencia, y casi medio de boca.

VER. ¿Pues cómo decias que te habias embarrado?

PAJ. Pues díjelo por afeitar el vocabro, que mejor dijera encerrado, ó alquitrado, que no embarrado.

VER. Más que bueno estarías para retratar.

PAJ. Yo le diré á vuesa merced, que tal me decian que parescia calabaça en conserva ó milanazo con liga.

VER. Y agora, ¿por qué reñíades? Decime, Marcelo.

PAJ. Porque quería el señor amo con todo su seso que le fuese yo acompañando de calle en calle hecho marigalleta.

GER. ¿No era razon?

PAJ. No en verdad, señor desposado.

VER. Pues amo, ¿dónde queríades ir?

MAR. Señor, queria llegarme á Santa Bárbara por aquella moça, y roguéle á este asno, que pues estaba ansí se reboçase y tomase un manto porque me fuese acompañando, y trajese no sé qué baratijas que Lelia tiene en el Monesterio, y porque se lo mandé, nos ha querido hundir la casa á voces.

PAJ. ¿Yo hundir la casa á voces? Enterísima sé que está, no me hubiésedes vos más aina hundido las costillas á garrotazos.

VER. Pues Pajares, ¿qué más bien querias que venir acompañando una dama?

PAJ. Ande day, tambien hace vuesa merced de las suyas como hijo de madre.

VER. ¿Yo, cómo?

PAJ. ¿Paréscele á vuesa merced que si topa por ahí el hombre con algu-

no del Almendralejo, que irán buenas nuevas á mi padre?

VER. Por cierto muy malas.

PAJ. ¿Qué nuevas?

VER. ¿Qué me sé yo de lo que tú te piensas?

PAJ. Yo le diré, que piensa el otro ques el hombre majano, ó sayalero, y dille han que ando hecho santera, ó dama de forja.

GER. Señor Verginio, yo me entro, y en esotro negocio lo dicho dicho, y en lo que toca al dote, á lo concertado me remito.

VER. Señor, á la mano de Dios, ya ve que no se entiende en otra cosa.

GER. Muy bien, señor.

VER. Marcelo, ya vistes á Gerardo cómo estaba hablando conmigo sobre el casamiento de mi hija Lelia; por eso, abrevia en ir por ella, porque se efectúe, y dareis de mi parte á esas señoras mias mis besamanos.

MAR. Pláceme, ¡oh desdichada de tí, Lelia! ¡Por Dios, señor! Más estimara verla bajo tierra que no casada con ese diablo, que creo que tiene más años que yo al doble, y agora se quiere casar con una mochacha que la podría tener por biznieta.

VER. Ya, ya lo veo; ¿mas qué quereis que haga, pecador de mí? Ya veis en cuánto extremo van hoy dia las cosas del mundo, y este negocio viéneme á mí muy á cuenta.

MAR. ¿Cómo muy á cuenta?

VER. Yo os lo diré. Está concertado, que yo le dé á mi hija Lelia por mujer, dotándomela en 1.000 florines de su propia moneda, con tal condicion: que si mi hijo paresce dentro de cuatro años, se case con su hija Clavela, dotándola en la misma cantidad.

MAR. Bien está, señor; pero yo más querría un rato de contentamiento, que cuantos tesoros hay en el mundo; pero yo me voy, que se hace tarde.

VER. Pues amo, id y mirad, que no vengais sin ella.

MAR. Pierda cuidado.

PAJ. Pues yo, amo, quédome.

MAR. Quédate con mal año que te dé Dios.

PAJ. Para vos ser bueno, amo, mal hablais.

VER. Éntrate conmigo, tontazo.



ESCENA SEGUNDA

INTERLOCUTORES:

MARCELO, *amo de Lelia.*—LELIA, *en forma de paje llamado Fabio.*

MAR. ¿Habeis mirado el devaneo destos viejos podridos? Que queria reirme, sino que me falta la gana, que es lo mejor; no en balde dicen que muchas veces los viejos se tornan á la edad primera; mas ¿qué digo? ¿Qués lo que veo? En verdad, que si Lelia no estuviera en el Monesterio, que jurara que era ésta que aquí viene en hábito de hombre; ¿pero qué digo? Que no es otra por mi fé.

LELIA ¡Oh pecadora de mí, que aun hasta en esto me ha de ser la fortuna contraria! ¿Por qué calle me es-

conderé, que ya me ha visto el amo de casa de mi padre?

MAR. ¡Lelia!

LELIA ¡Amo!

MAR. ¿Qués aquesto, Lelia? ¿Qué hábito es ese? ¿Por ventura es este el Monesterio donde así tu padre como todos pensamos tenerte recogida? Háblame, ¿de qué enmudeces?

LELIA Señor amo, á quien con más razon debería yo llamar padre: no os debeis de maravillar verme en el hábito que me veis, que sabida por vos la ocasion, bien cierta estoy que no seré culpante de mi atrevimiento.

MAR. No me digas tal, que temblándome están las carnes, si el viejo alcançase á saber esto, por estar como estamos en víspera de darte un marido muy honrado; por tu vida ¿no me dirás qué locura ha sido aquesta?

LELIA Señor, que fortuna, amor y mi mala suerte, todos tres, se han conformado contra mí.

MAR. ¿Cómo contra tí?

LELIA Bien tendreis en la memoria cómo cuando por nuestros pecados Roma fué saqueada, allí mi

padre juntamente con un hermano mio, la mayor parte de su hacienda dejó perdida, y aunque la pérdida no fué pequeña, la de mi hermanico es la que á mi padre más sin placer le hace vivir.

MAR. Por cierto, no paresce sino que fué ayer, y á buena fé que son pasados buenos diez años, y que les podríamos bien echar once.

LELIA Que dejemos estar los años, que corren como viento, y aun con más presteza.

MAR. Prosigue.

LELIA Pues viniéndose mi padre á vivir aquí á Módena, yo por mi mal ví á Lauro, gentilhombre desta ciudad, el cual frecuentando la casa de mi padre de mí se enamoró, y quiso Dios y mi suerte que con la misma moneda le pagase, rescibiendo de mí todos aquellos honestos favores que á mi recogimiento son lícitos.

MAR. Muy bien sé todo eso.

LELIA Y por depositarme mi padre en el Monesterio con intencion de ausentarse, pensando en Roma cobrar algo de su perdida ropa; nunca Lauro de mí tuvo acuerdo, an-

tes he visto que de Clavela, hija de Gerardo, doncella hermosa y rica, excesivamente se ha enamorado.

MAR. Ora mira, Lelia, dejemos de traer á la memoria historias pasadas, sino anda acá á mi posada y cambiarás esas ropas, que hágote saber que tu padre ya es vuelto de Roma, y me envió por tí, y no salí á otra cosa de casa sino es á llevarte.

LELIA Déjeme concluir.

MAR. Dí, pues.

LELIA No tuve otro remedio, despues que mi padre en Santa Bárbara me dejó, sino descubrir á Candia la monja, tia mia, el grande afan que por la ausencia de Lauro yo pasaba, la cual determinó de enviarle á llamar y trabar pláticas con él, porque á negocios que él tenia con las monjas solia venir.

MAR. Dí, que bien te entiendo.

LELIA Acaesció, pues, un dia, que de habérsele muerto un paje suyo venia el más afligido hombre del mundo, y decia que si Dios otro tal le deparase, que no se trocaria

por otro de mayor estado, y en verdad os digo que sin otra consideracion inferí salirme del Monesterio y servílle de paje en el hábito que me veis, en el cual he procurado agradalle con cuanto extremo he podido, y le sirvo de cada dia.

MAR. ¿Hay tal cosa en el mundo? Y ahora ¿qué piensas hacer?

LELIA Sola una cosa quiero de vos.

MAR. ¿Y es?

LELIA Que entretengais á mi padre por espacio de algunos dias, diciéndole que yo y mi prima y otras monjas hacemos ciertas devociones.

MAR. ¿Pues qué piensas hacer en ese tiempo?

LELIA Yo lo diré. Clavela, querida de Lauro, tiene entendido que yo sea hombre, y le he parescido bien; yo, viéndola tan aficionada, héle dicho, que si á Lauro no pretende olvidar y aborrescer, que no espere de mí tan sola una buena palabra.

MAR. ¿Y crees tú que eso lo hará?

LELIA Todo lo podria rodear fortuna; mas por agora perdóname, que no sé quién viene allá, que á la

tarde seré en vuestra posada, y hablaremos más largamente.

MAR. Pues mira, que no dejes dir, cata que te quedo aguardando.

LÉLIA Pierde cuidado, señor, que luego doy la vuelta; adios.





ESCENA TERCERA

INTERLOCUTORES:

GERARDO, *padre de Clavela.*
GUIOMAR, *negra.*—CLAVELA, *dama.*
JULIETA, *moça.*

GER. ¡Oh! válame Dios, y cuán averiguada cosa es al hombre que negocios de importancia tiene, no poder reposar; especialmente yo, que despues que hablé á Verginio sobre tomar por mujer su hija Lelia, paresce que no traigo juicio de hombre; y este Verginio es tan espacioso, que, segun lo deseo, dudo veré tiempo llegado. Agora yo me quiero llegar hácia su estancia á dalle otro tiento como que voy á otra cosa; mas primero es menester advertir á mi hija

Clavela, que si acaso vinieren á demandar de mí, que le digan que en casa de Milan Muñoz el tendero me hallarán. Guiomar, ah Guiomar. ¿No respondes, estás sorda?

GUIO. Ya vo, siñor. Jesú, Jesú, líbramela Dios de la diabro.

GER. Decí, ¿téngome de quebrar la cabeça primero que respondais qué hacíades allá dentro, dueña?

GUIO. Eso me lesí, siñor, delante de las honras de mi caras; farta de la faciendas tenemo que facer.

GER. ¿Qué haciendas son las vuestras, señora?

GUIO. ¡Ay, Señor Jesum Criso! ¿Qué facendas me lo pides? Primero por la mañanas, ¿no barremo la casa; en apué, no ponemo la oya; en apué, no paramo la mesa; en apué, no fregamo la cudeya y la pratos?

GER. Bien.

GUIO. ¿En apué, no me manda siñora Clavela que colamo la flor de la cucucena?

GER. De açucena, diablo, queso pienso que querrás decir.

GUIO. Sin, siñor; y dexamin, y demon

queta para adobar aquele guante que le tiene comendaros.

GER. ¿Pues agora se le ha antojado eso?

GUIO. Anagoras, siñor; y díceme siñora Clavela: callan, fija Guioma, aprender ben á colar la flores, que yo te prometos cuando san francas, que te casamo con un mequera de aquese que adoba la guante.

GER. ¿Qués aqueso de casar? ¿Qué, ya no quieres ser monja?

GUIO. No, siñor; que ya tenemo un prima mia contrita na religio á monja, priora nabadesa allá en mi terra de Manicongo, muy honradas; yo, siñor, queremos multipricar á mundos.

GER. Sus, basta que sepamos tu intencion, que hablar sea por más espacio sobre negocio, y entra allá dentro y llama á mi hija Clavela, que se pare á la ventana, que le quiero hablar.

GUIO. Que me placer, siñor, sin que me la mandas.

GER. Anda, vé.

GUIO. Siñora, que le sir siñor.

CLA. Así, ¿qués lo que dice?

GUIO. Que besa mercé que pare ventana, que queremo fablar con ella.

CLA. ¿Que me pare á la ventana? Corre, Guiomar, y dile que no puedo, que estoy acabando aquella gorguera de priesa, y que te diga á tí qués lo que quiere.

GUIO. Anda, siñora, dalen diabro aquesan monadilla turo dia trabajar, no me la padre fiyo, la santo amen.

CLA. Aquí á la puerta le hablaré; ¿para qué me he de encaramar por las ventanas? ¿Qués lo que mandas, señor?

GER. No cosa ninguna, hija, que si os envié á llamar no fué más sino por no decillo á esa lengua de tordo; por vida vuestra, que si viniere Verginio, padre de Lelia, á demandar por mí, que le digais que en casa de Milan Muñoz el tendero me hallará; no lo echeis en olvido, que es cosa que importa.

CLA. Pierda cuidado.

GER. Si á tu señora se le olvidare, acuérdaselo tú, Guiomar.

GUIO. Que me placer, siñor; ¿no dice en casa malaños terar Dios entero?

GER. Esos sean para tí, perra.

CLA. Déjela, señor, que yo me acordaré dello, vaya en buena hora. En

buena fé, pues la calle está sola y no paresce nadie, he de sentarme aquí á la puerta, pues poco me queda, hija Guiomar.

GUIO. Como tú la quieres, siñòra, mi álima la coraçon.

CLA. Entra allá, por tu vida, y tráeme mi almohadilla, y entre tanto que estoy acabando no sé qué, saca tu rueca, porque me estés aquí acompañando.

GUIO. Facémolo como lo mandas por ciertos.

CLA. ¡Oh vida triste y trabajosa! Ninguna cosa hay en tí que de seguridad pueda tener renombre. ¿Traes, dí?

GUIO. Toma; cátala ahí tu almovadilla, siñora.

CLA. Muestra acá, y llámame esa rapaza, que me saque aquí un asiento.

GUIO. Chuchulera, mochacha; siñora, no responder, piensa que sa muerta.

JUL. ¡Ay, amarga de mí! ¿Y qué diablo me quiere allá fuera la cara de carbon de breço.

CLA. Ah, señora Julieta, ah, dueña. ¿No salís?

JUL. Sí, señora, héme aquí, ¿qué manda?

CLA. ¿Qué hacíades allá dentro, picuda?

JUL. Sí, picuda, ¿qué habia de hacer?

CLA. Sácame aquí un asiento, y dejaos de reçongar.

JUL. Sí, por cierto; ¿y todo eso era, que no podía traello la cucaracha de soranos, sino muy hallado con su señora?

GUIO. Anda, ofrezco tan diabro; trae aquí un par de monadillas en que sentar, siñora.

JUL. Pues agradeceldo á quien está delante, que en buena fé que quica.

CLA. Bien ques lo de quica; pues si yo os arrebato un varapalo por ventura os pondré quiçá en paz.

JUL. Pues ¿por qué consiente vuesa merced que me deshonre delante della esta cara de espárrago por remojar?

GUIO. Míreme la salmandera, ¿ha visto qué pantasía tiene cara de singorgüença?

JUL. ¿Oiste mi duelo? ¿Para quién han de tener vergüença? ¿Quién es ella? Así la arrastren.

CLA. Callaremos, ea, tengamos la fiesta en paz, si os pesa; calla tú, Guiomar.

GUIO. Jesú, Jesú, no mira vosa merece

que praguntar quin sa yo; mira, mira, fija, ya saber Dios y tora lo mundo, que sar yo sabrina na Reina Berbasino, cuñados de la marqués de Cucurucú, por an mar y por an tierras.

JUL. Sí, sí, no le ronqueis.

CLA. Calla, rapaza; ¿y reina era tu tía, Guiomar?

GUIO. ¡Ay siñora, pensar vosa mercé que san yo fija de alguno negra de par ahí, ansí haya bono siglo álima de doña Bialaga, siñora!

CLA. Gentil nombre tenía para dalle buen siglo.

GUIO. Sí siñora, doña Bialaga llamar siñora mi madre, y siñor mi padre Chomorrocuenta, que quiere lesir don Diegos.

JUL. Mira, cómo quereis esos bledos, qué gentiles nombres para un podenco.

GUIO. Por eso primer fijo que me nacer en Potugal, le llamar Diguito como siñor su saragüelo.

CLA. Su agüelo dirás.

GUIO. Sí, siñora, su sabuelo.

CLA. ¿Hijo tienes, Guiomar?

GUIO. Ay siñora, no me la mientas, que me face lágrima llorar. Téngolo,

siñora, la India le San Juan de Punto Rico; y agora por un mes lagoso me cribió un carta, á que la ringlon fito tan fresco como un flor de aquele campo. ¡Ay entraña lamía, fijo mío!

JUL. Tan desatinada y tan borracha me venga el bien.

GUIO. ¿Quin sa borracha, chuchuleta? ¡Ay mandaria mandaria, plegata Dios que mala putería te corra y no veas carralasolendas!

CLA. ¡Ay amarga, qué carnestollendas, y qué mal pronunciadas!

JUL. Mal corrimiento venga por tí, amén.

GUIO. Anda, putiñas medrosas, no es mi honras tomame contigos.

JUL. Mire qué fantasía, pues calla, doña negra, que agora ha mandado su alteza que á todos los negros y negras hagan pólvora.

GUIO. Cagajón paral merda, toma pala vos, y á mandamento.

CLA. Y déjala, Guiomar, que es una loca, si no díme: ¿qués lo que tu hijo te envió á decir?

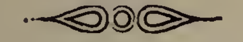
GUIO. Aquella mochacho, aquella mi fijo metémelo á principio de carta, diciendo: Lutrísima madre mía

Guiomar, la carta que yo te cribo no é para besamano, sino que sabono bendito sea rios, loado sea rios, amén. ¡Ay, Dios te la preste, fijo de la coraçon y de lantrañas!

CLA. No llores, Guiomar, no llores.

GUIO. No podemos facer otro, porque tenemo la trogamo turo turo lleno de farriqueras.

CLA. Bien está: por tu vida, Guiomar, que nos entremos de presto en el aposento; y tú y Julieta pornás esa almohada do sabes, que he visto á Lauro asomar por el cabo de la calle.





ESCENA CUARTA

INTERLOCUTORES:

LAURO, *caballero.*—LELIA, *en forma de paje llamado Fabio.*

LAU. ¿Qué te parece, mi Fabio, cuán desgraciados habemos sido? ¿Has visto á qué tiempo tan oportuno veníamos, y cómo mi señora Clavela se escondió con tanta presteza?

LELIA ¿Qué quieres que te diga, señor? Sino que harto ciego es el que no vé por tela de cedaço. Averiguadamente ella te aborrece por todo extremo.

LAU. ¡Ay, que ya lo veo! Pero dime, mi Fabio que goces, y por aquella obligacion te conjuro con que á servirme eres obligado, aquesas

veces que á visitarla de mi parte has ido, ¿qué semblante te muestra cuando de mi negocio en hablar os ocupais?

LELIA ¿Qué quieres, señor, que te diga? Sino que ninguna vez de tí le hablo que con alegre rostro me vuelva respuesta, como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores injurias y los mayores agravios que á doncella de su suerte hacérsele pudiesen.

LAU. ¿Pues qué remedio?

LELIA Que cambies el propósito y ames en otro lugar, pues tan mal te paga el amor que muestras tenelle, y el aficion tan grande con que la sirves.

LAU. Cambiar el propósito no puedo.

LELIA Si no puedes, estate ansí.

LAU. Ansí lo pienso de hacer.

LELIA Poco ánimo tienes; paresce que nunca en tu vida quisiste bien, sino que Clavela fué la primera que tu coraçon començó á sojuzgar.

LAU. No, ni Dios tal quiera, antes creo que de haber sido yo ingrato á Lelia, hija de Verginio Romano, la cual á tí te paresce en extremo,

ha permitido Dios que yo sea pagado con la misma ingratitud.

LELIA Y dime, señor, ¿esa Lelia que dices es muerta, cómo dejaste de tener su amor?

LAU. Muerta nó, antes despues que su padre la ausentó por hacer cierto camino á Roma, nunca más della he sabido; de la cual Lelia yo rescibí en todo aquel tiempo todos los honestos favores que de una generosa y honesta doncella se podian rescebir.

LELIA Desa manera, señor, mal le pagas; paréceme que debrias procurar por ella, y tornar en una amistad tan lícita. ¿Cómo no?

LAU. Aquese cómo tampoco lo alcanço, Fabio, antes tengo creido que de haber inferido Clavela, mi señora, que yo estó aficionado á Lelia, me desama, lo cual si ello es ansí, que de rabia muera, y por tanto te ruego, mi fiel criado, cuanto puedo, si mi salud deseas, que cuando allá vuelvas le digas que ya no amo á Lelia como solía, antes huyo de acordarme della, ni aun de oirla mentar, ¿entiendes, mi Fabio? ¡Válame Dios! ¿Qué

has habido, qué desmayo ha sido éste?

LELIA Déjame, señor, que no es nada, sino que yo fuí y lo seré apasionado del coraçon, y tómanme á veces estos desmayos; y si me das licencia, iréme á la posada, porque ya casi en los pies no me puedo sostener.

LAU. Pues, hijo, anda en buen hora, y mira si es menester otro, ó que para remedio de tu mal algun medio se busque, que no faltará por diligencia.

LELIA No te cures, señor, que para los males desta suerte tarde el remedio se halla.

LAU. Hijo, vete á la posada y descansa.

LELIA El descanso tarde lo espero.

LAU. ¿Qué dices?

LELIA Digo, señor, que el descansar es muy peor para esta mi dolencia.

LAU. Pues, hijo, vé, y aquello haz con que mejor te hallares y ménos para tu salud daño sea.

LELIA Voy, señor, lleno de desconfiança.

LAU. Anda, que presto seré contigo, despues de haber dado algunas vueltas por esta calle donde mi señora Clavela reside.



ESCENA QUINTA

INTERLOCUTORES:

PAJARES, *simple.*-VERGINIO, *padre de Lelia.*
MARCELO, *amo de Lelia.*

PAJ. Ora juro al cielo de Dios, mostramo, si yo sé á qué tengo dir, ni á qué efecto vuesa merced menvia; sé que llotro ni la otra no son agora tan niños que no sabrán venirse, cuantis más que ya es hora de comer y la mesma hambre los ha de acarrear á casa, como á muchachos fuydores.

VER. Mira, Pajares, déjate desos preámbulos y cúbrete bien esa capa, que gran tardança es la que hacen, y venirlos has acompañando.

PAJ. ¿Qué, no está bien cubrida?

VER. No, acaba ya.

PAJ. Apártese vuesa merced de mí, cobridoro y perdone.

VER. ¿Paréscete que está bien cubierta?

PAJ. Eso vuesa merced lo dirá, que yo no lo veo ni descubro palmo de tierra.

VER. ¡Oh, mal año te dé Dios, que no te has de saber cubrir una capa! Mira, cuando te la mandaren cubrir, ansí la has de poner.

PAJ. Ansí; ya, ya está bien cubrida; guarde, ¿qué dice?

VER. Agora sí; toma este sombrero.

PAJ. ¿Quién lo ha de tomar?

VER. ¿Diz que quién? Tú lo has de tomar.

PAJ. A porpúsito, búrlate conmigo; hame liado como á costal de arriero, y toma el sombrero. ¿Con qué mano lo habia de tomar? Sé que no tiene mameras ni sacabuches mi capa como balandrán de Arcediano.

VER. Asno, ¿qué, por aquí bajo no la sabes sacar?

PAJ. ¿Por dónde?

VER. Por aquí, duelos te dé Dios.

PAJ. Dice la verdad; mas, pecador de mí y de vuesa merced, y perdone que los parto por medio, ¿quiere

que me ande yo de calle en calle halconeando, dando manotadas como pez que ha caido en garlito, ó como mulo de añoria, que dan vueltas al rededor y no hallan paradero cierto?

VER. Ganosa está la bestia de comparaciones.

PAJ. Bastian de Pajares me llaman, señor, para cuanto mandare.

VER. Pues lo que te mando, no es sino que vayas al Monesterio de Santa Bárbara.

PAJ. ¿Y para qué á Santa Bárbula? ¿Quiere que diga la Santa que voy disfreçado escudriñándole los rincones de casa?

VER. Para que hagas venir presto á mi hija Lelia y al amo Marcelo, viendo que es ya hora de comer.

PAJ. Y an deso, mal punto, estoy corrido. Porque á las horas del comer me lança de casa, como á los moços de los carniceros la cuaresma.

VER. Pues tonto, ¿piensas tardar allá?

PAJ. ¿Pues no tengo de tardar, yendo á pie como yo voy?

VER. Desa manera razon tiene su merced; entre en la posada, y ensille

un poyo desos en que vaya caballero.

PAJ. ¿Un poyo?

VER. ¿Dónde vás?

PAJ. A ensillar un poyo como mandó.

VER. Pues animal, el poyo se ha de menear.

PAJ. Pues eso es lo que me cumple, porque aún, ea, salgamos de la posada.

VER. ¿Sabes tú, inocente, si tengo yo alguna cabalgadura en casa?

PAJ. ¿Quién le demanda cabalgadura? Cabalga blanda me diese vuesa merced, que cabalgadura, ni grado, ni gracias.

VER. ¿Qués cabalga blanda?

PAJ. Un rollo ó rosca de aquéllos que han masado hoy, porque vaya caballero mi estrógamo, que ya hé necesidad de un buen mendrugo de pan en las manos es bueno, por no dir hombre pensando en mal, ni murmurar de nadie.

VER. Cata, cata, que todo eso era la caballería y el retoricar; al fin no podias parar sino en cosas de comer.

PAJ. ¿No ve vuesa merced, que dice el cura de nuestro pueblo, pedid y

daros hán, y que todos los buenos con pan son duelos?

VER. Pues yo os prometo, don asno, que si apaño un garrote, que yo os haga ir presto.

PAJ. No me prometa vuesa merced cosa ninguna, queso de garrote no es cosa que me conviene por agora.

VER. Primero vernán los otros, queste macho se vaya de aquí. Espera, tomarás lo que digo.

PAJ. ¿Qué os paresce? Espérele el reloix de Guadalupe, aguijad, amo Marcelo, pese á la puta de mi cara, que juro á mí pecador, más esperado habeis sido vos y esotra, que sereno tras ñublado.

MAR. ¿Pues qué diablos, tantos ves que venimos? ¿No ves que vengo solo?

PAJ. Solo viene, cuantis que por la otra, cantaba el cuquillo, que por vos, siquiera no os travera Dios acá.

MAR. Mas que no te hallara.

PAJ. Señor amo, mostramo es ido por un garrote.

MAR. ¿Para qué?

PAJ. Pienso que para engarrotarme.

MAR. ¿Por qué?

PAJ. Porque os iba á llamar. Por vida vuesa, que si trajere garrote y viéredes que me engarrotea, que os metais en medio.

MAR. Que me place.

PAJ. Ya lo trae, quiérole decir que ya no es de menester, señor; ea, que el amo deje el garrote.

VER. Es ya venido. Pues toma vos, porque vayais presto cuando os mandare la cosa.

MAR. Paso, señor, paso.

PAJ. Amo, ¿y el concierto?

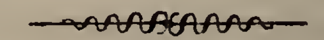
MAR. Harto le decía, paso, señor.

PAJ. Dios se lo perdone, y á vuesa merced estánle diciendo ya no es de menester el garrote y él, no sino sacudir como en costal relleno; bendito sea Dios.

VER. Pues amo, ¿cómo venís sin aquella moça?

MAR. Señor; entremos en la posada, que allá daré cuenta de todo como me ha acaescido con aquellas señoras, especialmente con la señora abadesa.

VER. Vamos.





ESCENA SEXTA

INTERLOCUTORES:

FABRICIO, *hermano de Lelia.*—FRULA, *mesonero.*—JULIETA, *moça.*

FAB. Señor huésped, ya os tengo dicho que si despertare aquel honrado hombre que en mi compañía viene, y si por mí os preguntare, que le digais que soy ido á oir una misa y á ver otras particularidades deste vuestro pueblo.

FRU. ¿Y á quién quereis que lo diga, señor, al que paresce abad, el que riñó anoche con el moço sobre el asar de los caracoles?

FAB. A ese mismo.

FRU. Oh, como es reñegado cuerpo, non de Dios conmigo, pues per-

donadme, señor, vuestro padre pensé que era.

FAB. Antes le tengo en lugar de más que padre.

FRU. ¿Sois de aquí?

FAB. Romano soy.

FRU. ¿Habeis estado aquí en Módena otra vez sin ésta?

FAB. En mi vida.

FRU. Pues catad, señor huésped, que os aviso que vais advertido de la gente desta tierra, porque es la más mala que hay en el mundo, en quien hallareis tantos engaños que os asombrarán; y vos sois moço, no sería mucho engañaros fácilmente.

FAB. Yo lo agradezco; mas decime, señor huésped, ¿cómo es vuestra gracia?

FRU. Señor, Frula me llamo, á servicio y mandado de todos los buenos.

FAB. Señor Frula, no me engañarán si yo puedo, haced lo que os tengo rogado, y quedad con Dios.

FRU. Id en buen hora.

FAB. Por esta calle será bien atravesar. ¡Oh, qué bonita moça! A mí pece que viene encaminada.

JUL. ¿Qués esto, andas de camino, Fabricio? ¿Qué hábito es aquese? ¿Qués de tu señor?

FAB. ¡Mi señor, donosa está la pregunta! Si nos vido anoche llegar de camino, piensa que es mi señor mase Pedro Quintana; no me maravillo, que aun el huésped pensó que era mi padre.

JUL. ¿No me respondes?

FAB. Durmiendo queda en el meson; ¿por qué lo dices?

JUL. Mesonero es el tiempo como andas ansí, medrado parece que hás, ¿háte dado tu amo esa capa?

FAB. Mi amo, mi amo, es mi buen dinero.

JUL. ¿Ya mandais dineros, Fabio?

FAB. Otro Fabio, errado me há el nombre. ¿Eres tú por ventura moça de Frula, mi huésped? ¿De dónde me conosces tú á mí?

JUL. Ganosico vienes de burlas, anda, ya, ya, mala landre me mate despues de muerta, para mí que como dicen, soy de Córdoba y nascí en el Potro; mira que te ha de menester mi señora, vén presto.

FAB. Bien me dijo á mí mi huésped, que era diabólica la gente desta

ciudad; esa debe ser moça de alguna cortesana, y como me ve extranjero querrá procurar de sacarme algunas blanquillas; mas quiero conceder con ella, aunque no traigo dos reales cabales.

JUL. Acabemos, ¿qué hablas entre dientes, Fabio?

FAB. Otro Fabio. Fabricio querrás decir.

JUL. ¿Por qué calle iremos?

FAB. ¿Por qué calle iremos?

JUL. Por la de Oro, como si tú no supieses las calles mejor que yo.

FAB. Sí, mas no me acuerdo ya.

JUL. Miraldo al desatinadico, estuviste allá, y no atinas, pues vén conmigo, que yo te adestraré.

FAB. ¿Es lejos?

JUL. Es mal dolor que Dios te dé, amén; haces del bobo; sí, sí, tomaldo á cuestas, deciros há mil gracias; mira, quédate aquí en este canton, que voy á ver qué hace mi señora, que luego salgo á llamarte.

FAB. Mira si lo dije yo, mira si va la señora á ver si está con alguno su ama, porque si tal hay, no faltará un achaque con que me despedir, y si no, ella volverá por facerme

caer con pié derecho; pues mándole yo, que harta ventura podrá llevar de mí. Quiérome esconder, que gente viene; no quiero que digan que estoy á puerta de semejante aguardando tanda, como quien va al horno, ó al molino á moler.





ESCENA SÉPTIMA

INTERLOCUTORES:

VERGINIO, *padre de Lelia.*
GERARDO, *padre de Clavela.* —JULIETA, *moça.*—FABRICIO, *hermano de Lelia.*

VER. Qué quereis, señor, que os diga; ¿á quién más que á mí, ni con más justa razon debe pesar? Pero dejadme topar con ella.

GER. Y dígame, señor Verginio, ¿teneis por cosa cierta andar vuestra hija Lelia en el hábito que decís? ¿Y de quién lo habeis sabido?

VER. ¿De quién? Primeramente lo supe de Marcelo, amo mio, que habiéndolo yo enviado al Monesterio, dijo que allá no estaba, y tambien que fuí yo en persona á sabello.

JUL. ¡Jesús, vista soy de mi señor! Volverme nó, que será peor; sús, que ya la tengo pensada.

VER. Vuelve acá, rapaza; ¿pensabas que no te han visto? Dí dó dabas la vuelta, hurona.

JUL. Señor, envíame mi señora Clavela llamar uno destos cajeros, que le quería comprar no sé qué cuentas.

GER. Jesú, Jesú, qué mentira tan probada; cajero diz que iba á llamar, señor Verginio, ¿ha visto atravesar por aquí algun cajero?

VER. Qué, señor, poco hace al caso, salga á lo que saliere.

JUL. En buena fé, señor, tan claro se oyeron esas campanillas que ellos suelen traer; no dijeran sino vésme aquí.

GER. Calla, calla, rapaza, ven acá, ¿qué hace mi hija Clavela?

JUL. Rezando la dejé.

VER. Tal sea mi vida, cierto terná mejor juicio que no la mía; ¿pero qué digo? Héla héla, señor, no hay más que decir; topado ha Sancho con su rocín; llégate, llégate, hija Lelia, que conoscida eres.

FAB. ¡Lelia! Abrenuncio; donosa gente es esta.

GER. Sea bien venida la señora, digo el galan, por Dios que os está bien ese hábito; si yo fuese que vos, nunca me lo quitaría.

VER. ¿Qués aqueso, hija Lelia? ¿Qué pasos son estos en que andas? ¿Qué devaneo ha sido aqueste? ¿Qué ropa es esa? ¿Por qué no me hablas? Bien sé yo que sabes hablar.

FAB. ¿Decís á mí, hombre honrado?

VER. Donosa está la respuesta; dí, ¿búrlaste conmigo?

FAB. No tengo yo por costumbre burlarme con nadie, especialmente con quien no conozco.

GER. ¡Santo Dios, qué poca vergüença, que aún fingirá no conoscerte! Toma, por ahí tené gana de casaros con semejantes.

VER. Agora, hija Lelia, !o pasado sea pasado, y en lo que venir haya enmienda.

JUL. ¡Cata ques el diablo el buey rabon! Lelia diz que se llama el otro.

GER. ¿Qué dices tú, Julieta?

JUL. Digo que se engañan; en buena fé, señores, mejor conozco yo este

mocito que á mis propias manos.

VER. Y tú, ¿de dónde le conosces?

JUL. De mil veces que le he visto con su amo.

GER. ¿E cómo se llama?

JUL. Fabio, y Lauro su señor.

VER. ¡Lauro! Dejadme topar con él, que yo le enseñaré si es bien hecho traer á mi hija en semejantes tratos.

FAB. ¡Por Dios, no sé que me diga! Esta tierra debe ser de bárbaros: el uno me toma por extranjero, el otro por mujer, el otro por paje, no hay quien los entienda.

VER. No murmureis, hija, sino andad acá conmigo á la posada, y dad al diablo andar en devaneos, ni servir á nadie, hasta que sirvais aquí á vuestro marido.

FAB. ¡Por Dios! Si no tuviese respeto á las canas honradas, que yo os enseñase de hablar de otra manera; ¿qué cosa es marido? ¿Estais en vuestro juicio?

GER. Paso, paso, cuerpo de mi linaje; señora, no lo teneis tan acabado, que si aquí no nos quieren, acullá nos ruegan como dicen.

VER. Calle, señor Gerardo, que de al-

guna cosa debe traer el seso perdido; ¿qué le paresce que hagamos della?

GER. Señor, lo que á mí me paresce, que, pues mi casa es tan cerca, la arrebatemos y la metamos en mi aposento, y yo haré á mi hija Clavela que se vea con ella; que quiçá por ser mujer como ella la hará venir á lo bueno, y le dará cuenta de toda su mudança.

JUL. Mujer es el diablo; no verá mi señora Clavela otros mejores toros, que no salí á otra cosa de casa, sino á llamalle.

GER. ¿Qué rezas, Julieta?

JUL. Digo, señor, que á la mano de Dios; ques muy bien hecho, que tambien se holgará mi señora por ser mujer como ella.

VER. Pues alto, señor Gerardo, echalde mano valientemente como yo.

FAB. Estad quedos, hombres honrados, por Dios.

GER. ¿Qué cosa es por Dios? Tené bien, señor, que no se nos vaya.

JUL. Déjate llevar, asno, que no te van á echar con leones, sino con la más linda dama que en toda Módena se halla.

FAB. Paso, paso, señores, que no pienso de veros.

GER. Calla, calla, que allá tienes de ir por fuerça ó por grado; ayuda aquí, Julieta.

JUL. Eso es de gracia, que á más soy obligada por lo que toca, siquiera á mi ama coceeis; calla, que vos saldreis manso, y el palo quejoso, y mi ama contenta, que es lo mejor.





ESCENA OCTAVA

INTERLOCUTORES:

VERGINIO, *padre de Lelia.*
GERARDO, *padre de Clavela.*— JULIETA, *moça.*—CRIVELO, *lacayo.*—SALAMANCA, *simple.*—FRULA, *mesonero.*
LAURO, *caballero.*

VER. El más contento y satisfecho hombre del mundo salgo de casa Gerardo, sólo por dejar mi hija Lelia en compañía de la suya.

GER. ¿A dónde se puede sufrir un semejante caso y atrevimiento como éste, sino en tierra de Guinea? Yo le castigaré al ribaldo tacaño, segun meresce, que cumple más.

VER. Válame Dios, ¿qués aquello?

JUL. Ay, señor Verginio, por amor de Dios que se vaya presto de aquí.

VER. ¿Cómo? ¿Qué ha sucedido?

JUL. Ya lo decía yo, pecadora de mí, que aquel mancebo era Fabio, criado de Lauro, y ellos que no, sino Lelia.

VER. ¿Qué dices?

JUL. Digo, que mi señor se está armando, con determinacion de matar á vuesa merced.

VER. No hará, hija.

GER. ¡Así que, fiándome yo de un hombre de tanta honra, me hais engañado tan malamente! Ah don traidor, ¿y aquí estais?

JUL. ¡Ay, señor, téngase!

GER. Déjame, rapaza.

CRI. Paso, paso, señor Gerardo, tené un poco de respeto, siquiera por quien está en medio.

VER. Mirá, buen hombre, si algo presumís que os debo, dejadme llegar á la posada, que presto daré la vuelta, y os responderé como mandáredes.

GER. Andá, que aquí os aguardo.

CRI. Que no es menester nada desto, señor Verginio; ¿no sabríamos qué ha sido esto?

VER. Yo no lo entiendo.

GER. ¿Que no lo entendeis?

CRI. Señor Gerardo, por amor de mí, que me diga lo que hay, ó sobre qué es la quistion, que si es cosa que tiene remedio, aquí está Crivelo, que basta á remediarlo todo.

GER. ¿Qué remedio puede haber, pecador de mí, que fiándome yo deste señor, me engañase?

CRI. ¿De qué manera?

GER. Desta; que á fuerça de braços, me ha hecho poner un mancebo en mi casa, que se llama Fabricio.

JUL. Que nó, sino Fabio, señor. Yo le conozco.

GER. Haciéndome creer que era su hija Lelia.

VER. Sí que lo es.

GER. ¿Aún porfías, mal hombre?

CRI. Téngase, señor, y mire quién está delante.

GER. Yo, fiándome dél, creyendo ser ello así, púsele en compañía de mi hija Clavela, y le he hallado abraçado y besando con ella; ¿parésceos si ha deshonrado mi casa para cuantos dias viviere?

VER. Restituíme mi hija, digo yo, y dejaos de esas Francias.

GER. Restituíme vos mi honra, y no penseis vencerme con palabras.

VER. Esperadme, pues, aquí.

CRI. Vuelta, vuelta, señor Verginio; señor Gerardo, él se va sin duda á armar, quitémonos de aquí.

GER. ¿Cuál quitar? Juro á mí, pecador, de aquí no me quito hasta verme persona con persona; con él veamos á cuánto llega su lança.

CRI. Mejor será que se quite de la calle, y no dé qué decir á los vecinos.

JUL. Bien dice Crivelo, señor.

GER. Por ese respecto, lo quiero hacer.

CRI. Pues señor, quédese con Dios, y éntrese en su casa.

GER. Y vaya con él.

SAL. Pues qué diabros, ¿tanto madrugaron, que no tuvieron acuerdo de almorçar primero que se huesen, señor huésped?

FRU. Yo no te diré, que no sé más de cuanto el moço salió primero por esa puerta, que el otro, como abad, fué en su busca.

SAL. Y dígame, señor mesonero ó bodegonero, ó como es su gracia, por vida desa cara honrada, ¿sin almorçar se salieron?

FRU. Tu señor, el moço, bebió con una tórtola.

SAL. Pues qué diablos, ¿no habia taça en casa, que bebió con tórtola?

FRU. Como un pájaro, animal.

SAL. ¿Y qué, animal no es pájaro?

FRU. No, pues eres tú.

SAL. Mercedes, señor huésped.

FRU. Si tú no quieres entenderte, lo que yo digo, es que comió la tórtola y bebió tras della, y el abad, viendo que era ido, demandó unas sopas.

SAL. ¡Quén sopado va! ¡Ah! ¿Búrlase?

FRU. ¿Por qué me tengo de burlar?

SAL. Yo juro al cielo de Dios, que no fué ese hecho sino de hombres lamineros; eso meresce el pobre de Salamanca, por irse á dormir al pajar y ahorrar de cama.

FRU. Tata, ¿qué, Salamanca te llamas?

SAL. Salamanca me llamé, y aun me pesa dello.

FRU. ¿Por qué?

SAL. Porque en cosas de comer, siempre quedo manco.

FRU. Ora bien, queda en buen hora.

SAL. Vaya con Dios, señor bodegonero. ¡Oh, pobre de tí, Salamanca! ¿Dónde irás agora sólo y en tierra ajena, y sin almorçar ni quien te convide? Por aquí será bien que

atraviese y pida la plaça á do se venden cosas de comer.

LAU. Cuéntame, Crivelo, que á contar me empeçaste sin errar tan sólo un punto.

CRI. Que yo le diré, señor, sin discrepar ni tan sólo puntada.

LAU. Pues dí.

CRI. Has de saber, señor, que como tú me enviaste á casa de Clavela á ver á qué efecto ese rapaz se habia detenido tanto, hallé riñendo á Verginio y á Gerardo.

LAU. ¿Y sobre qué?

CRI. Sobre que oí decir á Gerardo, que habia hallado á Fabio abraçado con su hija Clavela.

LAU. ¡Oh, traidor, que tal oiste!

CRI. Digo que lo oí con estas propias orejas, y fué bien oido.

LAU. ¿Que fué bien oido, tacaño?

CRI. No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

LAU. Yo te creo.

CRI. Cual yo te creo, digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras.

LAU. Vamos, si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

CRI. Que yo sólo basto, señor, á cortalle aquellos braçuelos.

LAU. Crivelo, vén conmigo, y en velle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

CRI. Eso ház cuenta que está hecho; yo me porné desta postura, ó si nó destotra, y capete en tierra. Vamos.





ESCENA NOVENA

INTERLOCUTORES:

LELIA, *en forma de paje llamado Fabio.*
SALAMANCA, *simple.*
MARCELO, *amo de Lelia.*—QUINTANA, *ayo de Fabricio.*—LAURO, *caballero.*
CRIVELO, *lacayo.*

LELIA Qué le tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor expediente, especialmente que Lauro, mi señor, tiene entendido de Crivelo, su lacayo, que me han visto abraçada con Clavela; yo no entiendo quién puede ser éste que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

SAL. Señor mase Quintana, qué digo, ojo, hé allí á Fabricio.

QUIN. Ya lo veo.

LELIA En manos de Marcelo, mi amo, voy derecho á ponerme.

QUIN. Llámale, y sin manteo viene.

SAL. Habráselo jugado. ¡Ah, señor, válame Dios! ¿Está sordo?

LELIA ¿Qué moço es éste que me está llamando?

QUIN. ¿Qué moço es este? ¡Ah, Fabricio! Vergüença, vergüença, ¿ques del manteo?

LELIA Hombre honrado, ¿conocéisme vos á mí?

QUIN. Sí que te conozco.

SAL. Sí que os conoçuemos.

LELIA ¿Tú sabes con quién hablas?

SAL. Bien sé con quién hablo; con Fabricio hablo.

LELIA ¿Cuál Fabricio?

SAL. Mi amo.

LELIA Yo no soy tu amo.

QUIN. Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos á la posada.

SAL. Vamos, ques hora de comer.

LELIA ¿Quién te quita la comida?

SAL. Él me la quita, pues venir no quiere.

LELIA Yo no tengo para qué.

SAL. Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

QUIN. Calla, diablo, con tu comida.

SAL. Bien teneis vos por qué callar, dómine Faldetas, pues antes de salir de la posada, así os engollís las sopas como anadon nuevo los livianos ó caracoles.

LAU. Cátale, Crivelo; dale, muera.

LELIA Santa María Señora, sed conmigo.

QUIN. Teneos, gentilhombre.

CRI. Que no hay qne tener.

SAL. A esotro, no á mí, ó pedor de Salamanca.

LAU. En casa de Verginio se ha metido.

MAR. ¿Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas tiradas en casa ajena?

LAU. Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

QUIN. ¡Fabio! Fabricio se llama, señores.

MAR. Ni es ese ni esotro, que vivís engañados; pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que me oigas un negocio, que pocos días há que acontesció en mi pueblo, maravilloso de oir.

SAL. Señores, ¿parésceles que vaya por sendas sillas al meson?

MAR. ¿Para qué, dí?

SAL. Porque segun ha tomado el comienço, no es mucho que nos tomen aquí las cupretas.

QUIN. Déjele, señor.

LAU. Que me place de lo oir; pero ha de ser con una condicion, que entregueis luego ese rapaz en mi poder.

MAR. Yo te lo pondré en tus manos propias, á fé de quien soy.

SAL. ¡Qué gentiles alientos para quien querría estar en la posada y tener los asadores atravesados por estas tripas!

LAU. Dí presto.

MAR. Has de saber, señor, que no há muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor; quiso su desdicha que este caballero se enamorara de otra señora, olvidando la primera; la primera, viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito femenino y en el de hombre muy muchos días le sirvió. Pues andando á la desconocida, viéndose todavía aborrescer deste su señor, vino en tanto extremo, que estuvo para desesperar, y está hoy en día que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

LAU. Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado, ¿y por qué no se dá á conoscer de su señor?

MAR. Porque teme del mal suceso.

LAU. ¿Cuál mal suceso? A fé de caballero, que si por mí tal acaesciera... mas qué digo, no soy yo tan dichoso ni tan bienaventurado.

MAR. Señor, si por tí tal acaesciera, ¿qué es lo que hicieras tú? ¿No olvidaras otro cualquier amor por mujer tan constante, siendo tan hermosa y noble como la otra?

LAU. ¿Cuál olvidar, y con qué se podria pagar un tan conforme amor?

MAR. Pues primero que en nuestra casa entres, ni á Fabio veas, quiero que me jures á fé de caballero qué es lo que tú hicieras sobre este negocio.

LAU. Por el juramento que me has tomado, te juro que no le podría pagar con otra cosa, si no era con tomalla por mujer.

MAR. ¿Hiciéraslo tú ansí?

LAU. Y no de otra manera.

MAR. Pues entra, señor, que por tí propio ha sucedido lo contado.

LAU. ¿Por mí, cómo?

MAR. Porque á Fabio, á quien tú quie-

res matar pensando que es hombre, es tu querida primera Lelia, hija de Verginio Romano, la cual se salió del Monesterio por servirte en hábitos de hombre; mira si le debes algo y le eres en grandísima obligacion.

LAU. No me digas más, señor Marcelo, que yo te creo.

CRI. Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se iba á acostar á la cámara de los lacayos, se apartaba acullá lejos en un rincon á desnudar; yo decíale: hermano Fabio, ¿por qué no te vienes á desnudar á la lumbre? Y respondíame él diciendo: hermano Crivelo, tengo sarna.

LAU. Sús, entremos allá dentro, que yo le quiero pagar con lo que tengo dicho.

SAL. Señor mase Quintana, si aquel no es Fabricio que esperamos, vámonos ad comedendun ad posatan.

QUIN. ¿Qué dices, qué algarabía es esa?

SAL. ¡Algabía es esta! Es gramátula y aun de la más fina de Alcalá de Humares.

QUIN. Escúchate. Dígame, señor; ¿cómo

dijo denantes que se llamaba el padre desa Lelia?

MAR. Verginio Romano.

QUIN. ¿Verginio Romano?

MAR. Sí señor.

QUIN. ¿Tuvo otro hijo sin éste?

MAR. Uno, el cual se perdió en el saco de Roma.

QUIN. Por hallado se puede tener el dia de hoy, que llegando á ver aquí á Módena, so amparo y guarda mía, se nos ha desparecido; y pensando ser éste qne se retrajo en vuesa posada, venimos en su seguimiento.

CRI. ¿Y es ese el que llamais Fabricio?

QUIN. Sí, señor.

CRI. Tata, que me maten si ese que vos decís no es el que han tomado por Lelia, y está encerrado en casa de Gerardo.

MAR. Pues por amor de mí, mientras nosotros nos entramos á efectuar el matrimonio del señor Lauro con Lelia, se vaya aquí con Crivelo.

QUIN. ¿Dónde, señor?

MAR. A casa de Gerardo, porque Verginio es ido allá armado con Pa-

jares su moço, á que le restituya á Lelia.

QUIN. ¡Válame Dios! Iré porque no suceda algun escándalo.

CRI. Vamos, y daremos noticia de lo pasado.

SAL. Y pues yo, mase Quintana ó Cuartana, quédome hecho campaleon, piensa que me he de mantener del aire.

QUIN. Oh, toma, catay cuatro reales, y dálos á Frula, el mesonero, en señal que se los debemos, y díle que te dé el portillon de la sopa.

SAL. ¿Y no más?

QUIN. Y el pan que sobró del almuerço, y véte aquí á la posada del señor Verginio.

SAL. Que me place, y al pan podeis agradescer la vuelta.





ESCENA DÉCIMA

INTERLOCUTORES:

VERGINIO, *padre de Lelia.*
PAJARES, *simple.*
QUINTANA, *ayo de Fabricio.* — CRIVELO, *lacayo.*—GERARDO, *padre de Clavela.*
FABRICIO, *hermano de Lelia.*
CLAVELA, *dama.*

VER. Mira, Pajares.

PAJ. Miro, señor.

VER. No te cures de más, sino hacer como yo hiciere; veamos si me darán á mi hija por fuerça ó por grado, ó mal que les pese.

PAJ. Y dígame, señor, ¿cuántos han de ser los alanceados, si place á la voluntad de Dios?

VER. Sólo uno es el que me ha ofendido.

PAJ. ¿Uno no más? ¿Y cómo se llama?

VER. De todo te han de dar cuenta, Gerardo se llama, ¿por qué lo dices?

PAJ. Porque queríame llegar á la iglesia.

VER. ¿Para qué?

PAJ. Para hacelle decir una misa de salud.

VER. Calla, badajo, que no sé quién se viene.

PAJ. Crivelo es el uno, y el otro saludadorum paresce.

CRI. Guárdele Dios, señor Verginio.

VER. Seas bien venido con la compañía.

QUIN. Beso sus manos.

PAJ. Señor Crivelo, ¿paréscele en qué andenes y riesgos me han traido mis pecados?

CRI. ¿Cómo, Pajares?

PAJ. ¿Cómo me pregunta? ¿No vé que enlanceado estoy?

CRI. ¿Pues qué hace al caso, dí?

PAJ. ¿Quién me hizo á mí mata-hombres, que aun por mis pecados los dias pasados mató mi padre un huron, y en más de quince dias no osaba salir de noche al corral dó le habia muerto?

QUIN. ¿Por qué?

PAJ. Porque no me asombrase su álima.

CRI. Señor Verginio, bien puede vuesa merced enviar este moço á casa á desarmarse.

PAJ. Ah, Dios te dé salud, amén.

VER. ¿Cuál enviar? ¿Venís vos hecho de concierto con Gerardo? Pues tené por entendido, que no lo haré hasta en tanto quede mi hija tan sana y tan buena como se la entregué.

CRI. Señor Verginio, ¿cómo os puede dar vuestra hija no tiniéndola?

VER. Diz que no tiniéndola, ¿pues qué cuenta me da de la moça que yo le dejé en su poder?

CRI. Moça, yo digo ques moço.

QUIN. Señor, lo que yo tengo entendido deste negocio, es que Lelia está en tu casa con toda la honra del mundo, y desposada con un gentilhombre que se llama Lauro.

CRI. Dice verdad, señor, con mi amo.

PAJ. ¿Y sin pedirme perdon, señor?

VER. ¿De qué te habia de pedir perdon?

PAJ. De que me hizo ayunar el lunes sin ser ayuno, ni cantallo el martilojo de mi bravario.

VER. ¿Que mi hija es desposada con

Lauro? Dichoso sería yo si tal fuese.

CRI. Que lo puedes bien creer, señor.

VER. Y pues el que tanto le asemeja que está en casa de Gerardo, ¿quién ha de ser?

QUIN. Tu hijo, señor.

VER. ¿Qué me contais?

QUIN. La verdad sin falta.

VER. ¡Oh, providencia divina!

CRI. Señor, en casa de Gerardo me entro por dalle aviso del regocijo tan sobrado, y ganar las albricias.

VER. Corre, vé.

PAJ. Yo, á desenlancearme.

VER. Señor, ¿cómo es su gracia?

QUIN. Quintana, á su servicio.

VER. ¿De qué tierra?

QUIN. De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

VER. Fabricio, y ¿quién le puso ese nombre?

QUIN. Señor, tú has de saber que el día de la revuelta, que fué saqueada Roma, quiso su buena dicha ó ventura, que vino en poder tu hijo de un Capitan español, dicho Fabricio; y por quererle tanto, me lo dió para que le enseñase toda criança, llamándole de su

propio nombre, y al punto que fallesció lo dejó heredero de su hacienda.

VER. ¡Santo Dios!

QUIN. Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenía padre, que se llamaba Verginio, y por informacion de algunos extranjeros que en Módena residian, determiné de encaminarle á esta ciudad y traelle en tu presencia.

VER. Digo, señor, que yo estoy por ello á no faltaros en los dias de mi vida.

CRI. Señor, hé aquí do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio con su esposa Clavela, mano por mano.

GER. ¿Qué le paresce, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios, cómo siempre vienen á parar en buen suceso?

VER. Así es la verdad, señor Gerardo.

QUIN. Fabricio, abraça á tu padre.

FAB. Deme sus manos, señor.

VER. Jesús y cuán semejante es á Lelia; bendígate Dios, hijo mio, á tí y á tu esposa.

CLA. Y á él dé largos dias de vida.

GER. Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios que Lelia fuese mi

mujer, segun aquí Crivelo me ha contado, digo que yo me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno, y de hoy más por consuegros y hermanos nos abracemos.

VER. Que me place, y vamos derecho á mi aposento, donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

CRI. Sús, señores; si les paresciere alcançar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguense á la posada del señor Verginio, que á fé de hombre de bien, segun el preparatorio, no falten quejosos, y por tanto perdonen.

FIN DE LA COMEDIA LLAMADA DE LOS ENGAÑOS

COMEDIA

LLAMADA

MEDORA

MUY AFABLE Y REGOCIJADA
COMPUESTA POR

LOPE DE RUEDA

INTRODÚCENSE LAS PERSONAS
SIGUIENTES:

GARGULLO, *lacayo.*
UNA GITANA.
MICER ACARIO, *ciudadano.*
BARBARINA, *su mujer.*
ANGÉLICA, *su hija, dama.*
MEDORO, *hijo de Acario.*
PAULILLA, *moça.*
ORTEGA, *simple de Acario.*
ÁGUEDA, *mujer anciana de Lupo.*
CASANDRO, *gentilhombre.*
FALISCO, *su criado.*
PERICO LUPO, *padrastro de Estela.*
ESTELA, *doncella.*
ARMELIO, *que es el Medoro.*
SU PAJE.

SONETO

DE

FRANCISCO LEDESMA

Á LA MUERTE DE LOPE DE RUEDA

Oh tú que vas tu via caminando,
Deten un poco el paso presuroso,
Llora el acerbo caso y doloroso
Que va por nuestra España resonando.
Aquí bajo esta piedra reposando
Está Lope de Rueda tan famoso,
En Córdoba murió, y tiene reposo
Su alma, allá en el cielo contemplando.
Dos grandezas verás en un sujeto:
Lo muy alto, encogido y abreviado,
Y en chico vaso, un mar muy excelente.
La muerte nos descubre este secreto
Con ver tal hombre muerto y sepultado,
Y al ques mortal, vivir perpétuamente.

INTROITO QUE HACE EL AUTOR

Un Micer Acario (nobles auditores), tuvo dos hijos en Barbarina, su mujer: un varon y una hembra, tan semejantes en forma y gesto, cual suele y puede cada dia hacer la gran maestra naturaleza; en este tiempo, andando los gitanos por estas partes, por no estar Acario ni Barbarina, padres de los niños, en casa, una gitana entra y hurta á Medoro, que así habia nombre el mochacho, y deja en la cuna un gitanillo, hijo suyo, muy malo, tanto que de allí á pocos dias murió, quedando Angélica, que ansina se llamaba la niña, criándose en casa de los padres, y cresciendo en hermosura, honestidad y buenas costumbres. Casandro, gentilhombre de noble sangre, de Angélica se enamora. En este comedio allega la gitana, que trae á Medoro en su compañía vestido en hábitos de mujer, llamándole Armelio. El Casandro que la ve, pensando que es Angélica, le habla en amorosas palabras, y el mochacho le desconosce. Sobre esto verán, señores, graciosísimas marañas, y de

qué suerte descubre la gitana cuyo hijo es Medoro, dejando aparte los amores de Acario con Estela, y los de Barbarina con Casandro, y las astucias de Gargullo, lacayo, y las necedades de Ortega, simple. Porque todas estas cosas son parte de la comedia para hacella más graciosa, y servir á vuesas mercedes como todos deseamos.—*Et valete.*



ESCENA PRIMERA

INTERLOCUTORES:

ANGÉLICA, *dama.*—PAULILLA, *moça.*
GARGULLO, *lacayo.* — ESTELA, *doncella.*
LOGROÑO, *lacayo.*
PEÑALVA, *lacayo.*—UNA GITANA.
ARMELIO, *que es Medoro.*

ANG. ¿Paulilla?

PAU. Señora.

ANG. Entre tanto que Barbarina, mi madre, está ocupada en sacar aguas de sus alambiques, te quiero hablar un poquito acá fuera.

PAU. ¿Por qué acá fuera, señora?

ANG. Porque mientras que mis padres me conceden un poco de descanso, quiero salir de prision, y abrir los ojos, y extender la vista por

esta calle, pues es hora en la cual no podemos ser impedidas de ninguno.

PAU. Teneis razon, y maravíllome de una guarda tan estrecha como vuestros padres os ponen; ¿de qué se recelan?

ANG. Tú tienes razon, y estoy admirada con tanto encerramiento, cómo no imito á mi hermano Medoro, nascido conmigo de un mismo parto, el cual dicen que se transformó en la cuna súbito, y así dicen que murió.

PAU. Señora, no debemos de cuitarnos, que todo se hará á vuestro placer.

ANG. Pues otra cosa hay que tú no sabes.

PAU. ¿Y qué, señora?

ANG. Que mi madre Barbarina se ha encomendado tambien á Agueda, la cual le ha dicho le traiga agua de siete fuentes y la tierra de siete muertos, para hacer ciertas cosas, y ella lo comiença á poner por la obra; demás deso, nunca entiende sino en enjavelgarse aquel rostro, enrojarse aquellos cabellos, polirse aquellas manos,

que no paresce muchas veces sino disfraz de carnestollendas.

PAU. ¡Oh, quién tuviese una semana sola libertad sobre aquestos viejos sin vergüença, que quieren igualarse con los moços á despecho de los años, y mezclándose dellos quieren mostrar sus espectáculos á todas las fiestas, á toros, á justas, á comedias, embutidos de paños, aquellos huesos cubiertos de piel más dura que aquél en que Margute hacía sus coracinas! ¡Oh, quién supiese hacer coplas sobre ellos, y qué haría!

ANG. Desbabada soy, estaba escuchándote por ver á dónde ibas á parar; pero, en fin, siendo tú superiora dellos, ¿qué harías?

PAU. Dejemos las burlas, que yo me entiendo; pero decime, ¿qué os ha dicho Agueda de vuestro negocio?

ANG. Díjome que Casandro se quería casar conmigo.

PAU. Aqueso bien me paresce; tal mal venga por Paulina, amen.

ANG. ¡Ay, Dios me lo conceda! Agora yo me maravillo si algunas dueñas de las antiguas que se buscaron

la muerte, agora con fuego, agora con hierro, agora con otro cualquier instrumento, si las tales acaso amaban. ¡Oh amor, cuánto os debo reverenciar por haberme echado en suerte un tal hombre! Plegaos, encendelle con la misma flecha que á mí; mas ¡ay! que Gargullo viene, entrémonos apriesa.

GAR. Ansina viva el molino de viento que está fundado en Villafranca de Flica, y el serpentino de Fuslera que se forjó en la casa de la fundicion de Málaga, como de semejantes palabras habia yo de ser su amigo, y más empeñándose para mí, ¡oh pobre de tí, Gargullo! ¿Qué se hicieron los cinco que yo destripé en Isladeras, cuando tuve el desafío campal con Segredo el alférez y con sus consortes? Pues aquí tengo las propias manos con que ahogué la espantosísima sierpe en la sierra de Gata, dia señalado del señor San Jorge, antes que el sol saliese; pero qué monta, que en esta tierra farfante no son conoscidos los valientes, pues aún no habeis puesto

mano á la hoja, cuando ya os tienen hecho ginete de albarda.

EST. ¿Qués esto, señor Gargullo? Ah, paso, que podeis despertar á mi padre Lupo; ¿cómo vais tan arrufaldado?

GAR. ¡Ah, señora Estela! ¿Y es nuevo para mí ejercitar las armas?

EST. ¿Y con quién es la pasion?

GAR. Nó me lo preguntes, que con un hombrecillo de poco lo hé, que no es nada.

EST. Mas, por mi vida, ¿con quién lo has?

GAR. Juramento me has tomado, que no puedo dejar de decirte la verdad; ¿conosces á Peñalvilla el comprador del canónigo Villalva?

EST. Sí, muy bien; mira si le conozco.

GAR. Pues con ese mismo.

EST. Ya, ya, con aquel dolorido; no me dé Dios más trabajo que cargallo despinazos.

GAR. Pues esos tales son los que Dios me echa á mí en suerte, porque no pueda ejecutar mi cólera.

EST. Pues cátale, viene, yo me entro de la ventana; no me le dejes diente en aquella boca, porque me tiene enojada.

PEÑ. Hallaros tenia, doña gallinilla; echá mano.

LOG. Paso, señor Peñalva, ¿no sabríamos qué penitencia es esta?

PEÑ. ¿Ibades á dar queja, ladron?

GAR. ¿Ladron soy yo, señor Peñalva?

PEÑ. Levántotelo, fullero.

GAR. No me lo levantais; mas de mí á vos fuera bien dicho, y no delante tanta gente de honra.

LOG. Vení acá, señor Gargullo, ¿es esta pendencia por un bofetoncillo que dicen que el señor Peñalva os dió?

GAR. ¿Pues paréscele á vuesa merced que está bien hecho, que me dé él á mí bofeton en mis barbas y á traicion?

LOG. Vení acá, ¿y á traicion llamais si os lo dió cara á cara?

GAR. ¿Y no le paresce á vuesa merced traicion, pues me lo dió sin pedirme licencia?

LOG. Desa manera, cuando el señor Peñalva otro tanto hubiese de hacer, yo haré con él que os avise primero.

GAR. Y con eso quedo yo con toda mi honra.

LOG. Guárdenos Dios, sin perder punto ninguno.

GAR. Suso, bien está; vaya vuesa merced y tómele la mano, con condicion que me avise primero.

LOG. Que él lo hará, y cuando nó, yo cumpliré por él; ah, señor Peñalva, vuesa merced me dé la mano, y sea amigo del señor Gargullo.

PEÑ. Señor, què me place; pero mire, señor Logroño, que se trate con toda la honra del mundo.

LOG. Tratado está; sús, baste, dad acá la mano vos, Gargullo.

GAR. Tome, señor.

LOG. ¿Prometeis á ley de hombre de bien de ser su amigo?

GAR. Prometo.

PEÑ. Yo tambien.

LOG. Pues sús, vamos, y aquí en la taberna de Gamboa nos podemos colar sendas veces de vino.

GAR. De mi parte hé aquí un real, y háganlo lo que les paresciere, porque yo no puedo ir, que aguardo un cierto negocio.

LOG. Si eso es, beso las manos á vuesa merced.

GAR. Vayan vuesas mercedes con Dios. Han ya traspuesto el canton, creo

que sí; ¡aun el diablo me hubiera traido por aquí, si no se hallara presente Logroño, aquel amigo, que es tan gran ladron como el otro!

EST. ¿Pues cómo ha ido, Gargullo, con la pendencia?

GAR. ¿Qué, no ha estado ahí á la ventana?

EST. No por cierto, que luego me entré.

GAR. Muy bien ha ido, señora Estela; como suele, si estuvieras á la ventana vieras correr más sangre por esa calle, que el rastro que se hace entre la puerta del campo y Teresa Gil.

EST. ¿Pues tanta sangre de un hombre solo?

GAR. Más de treinta se van de aquí, todos amigos y valedores suyos.

EST. ¿En fin?

GAR. En fin, que me perdonó un bofeton que nueve testigos contestes dicen que le dí, y sobre todo echóse á mis pies y demandóme perdon, y por ruegos de algunos amigos que allí se hallaron, acabaron conmigo que le hiciese merced de la vida por cinco años.

EST. Bien negociado está eso, y entre tanto pasarse te há el enojo; huélgome que sales siempre con tu honra.

GAR. ¡Qué poca honra se puede ganar con semejantes, señora Estela! Pero vén acá, tenemos de hacer esta albarda ó esta xáquima de mi amo Acario; ¿qué esperas? ¿A cuándo aguardas?

EST. Como tú quisieres,ház á tu modo.

GAR. Yo le tengo dicho que para hablarte más á su salvo, que se mude en hábitos de leñador ó de ganapan, y así te podrá hablar mejor.

EST. Dí, que bien te entiendo.

GAR. Y téngome hecho de concierto con un leñador que trueque con mi amo las ropas viles, para que despues partamos por iguales partes.

EST. Bien está, y ¿cuándo verná, si sabes?

GAR. Yo trabajaré que sea hoy. Otra cosa has de hacer por amor de mí; que cuando estuviere hablando contigo, hagas á tu padrastro Lupo, que con unas cinchas de caballo, lo cargue de arriba abajo

de correonazos muy bien.

EST. Que me place, yo lo haré, queda con Dios.

GAR. Y él te guarde, señora Estela.

GIT. Ves aquí, hijo Armelio, el pueblo tan deseado por nosotros; aquí bien podemos reposar algunos dias, y entre tanto que Dios otra cosa ordena, es de menester de buscar la vida entre las nobles personas, y que tú, hijo mio, te mantengas en este hábito discretamente hasta que los nuestros negocios vengan á un fin próspero y agradable.

MED. Madre, así se haga como lo mandais, y entre tanto que buscas la vida, si me concedes licencia quiero ir á dar vuelta por este pueblo, donde me habeis dicho que soy, que grande alegría siento en sólo vello.

GIT. Hijo, vé en buen hora, y si te perdieres, pregunta por el portal de Ruçafa, y así no podrás errar, y mira por tí. Dios te guíe y te guarde.



ESCENA SEGUNDA

INTERLOCUTORES:

ORTEGA, *simple de Acario.*
PERICO, *paje.*—ACARIO, *ciudadano.*
GARGULLO, *lacayo.*—LUPO, *padrastro de Estela.*—ESTELA, *doncella.*

ORT. ¡Oh! Malaya la madre de la fortuna, si es viva; y si es muerta, mal siglo le dé Dios, ¿por qué no me hizo á mí duque, ó conde, ó sastre, ó caçador de erizos ó melcochero, para estarme en casa de hoz y de coz? Porque aunque dice acullá el cura de nuestro puebro, beato mortoris quin dolime morieta no mencaxa; porque en fin, despues de muerto, ni viña ni huerto; allá se lo haya Marta con sus pollos, que yo más querria buena olla, que mal testimuño.

PER. Hola, Ortega, ¿con quién lo hás? Parece que vas riñendo.

ORT. ¡Oh! Hermano Pedro, ¿tú eres? Conmigo lo habia.

PER. ¿Contigo? ¿Pues qué hay de nuevo?

ORT. Deja de comer, y contártelo hé.

PER. ¿Qué hace al caso que coma? Sé que no tengo de comer con los oidos.

ORT. Mucho hace al causo tener quedas las quijadas para oir á placer.

PER. Ora, vésme aquí que no como.

ORT. ¿Es todo aquese pan tuyo?

PER. Sí; ¿por qué lo preguntas?

ORT. ¿Tuyo, tuyo, tuyo?

PER. Mio, mio, mio.

ORT. Cata, que se te cae.

PER. No caerá.

ORT. ¿Eso merezco yo en avisarte lo que te cumpre?

PER. Agora cuéntame lo que me querías contar.

ORT. Pues dame un poco dese pan.

PER. Desa manera no quiero que me cuentes nada.

ORT. ¿Y si es cosa que te conviene?

PER. Que me conviene, ¿y qué puede ser?

ORT. Mira que se te desmigaja todo.

PER. No se te dé nada.

ORT. ¿Quiés que te diga la verdad? Yo iba derreniegado con mi amo, y dado á la gracia de Dios con él.

PER. ¿Y por qué?

ORT. Porque tiene tan poca gente en su casa.

PER. ¿Y por eso ibas derreniegado? Antes te cabrá más parte á las horas del comer.

ORT. Pues por eso iba derreniegado, que tengo en casa una olla de arrope y un plato de sopas en capirotada, y tengo de acaballo todo por fuerça, y voy á buscar quien me ayude.

PER. ¿Pues ahí no está la hija de tu señor, y Paulilla, y Gargullo que te ayudarán?

ORT. No comen todos esos grasura, que de otra manera ¿qué me faltaba á mí?

PER. ¿Pues quiés que te vaya yo á ayudar?

ORT. No, míase queres chico.

PER. Llévame tú, que yo te sacaré de cuidado.

ORT. Pues dad acá ese pan, porque tengamos más que sopetear en el arrope.

PER. Yo lo guardaré.

ORT. No, no, antes yo lo guardaré mejor, que soy más grande, y espérame aquí, entraré á poner la mesa, y sentarémonos, tú á una banda, yo á la otra; cerraremos todas las puertas, echaremos los gatos y perros fuera, y verás cuál anda la obra.

PER. Pues mira, hermano, no te tardes.

ORT. No me tardaré.

PER. Júralo.

ORT. Que no me cumpre jurar; ¿habia yo de infernar mi alma por tantico pan?

ACA. ¡Oh, mal fuego abrase! Dios me perdone, un moço tan descuidado como es aqueste Gargullo, hame hecho vestir con aquel leñador, y mastufar la barba para parescer otro de lo que soy, y tambien por ir como debo para hablar con aquella carísima de más querubín de yeso, y más blanca que la misma leche, que de las vericundas lechugas sale, cuando acaso con los iracundos dientes del simplicísimo burro son cortadas. ¡Oh, cuerpo del cielo, qué pedaço de retórica he dicho sin tenella pensada ni estudiada!

¡Oh, qué hace el amor! ¡Oh, qué vivos hace á los agudos y tibios los lerdos y flojos, y qué avisados á los sabios! Pardiez, si agora fueran vivos Aristómilis ó Pluton, no me deje Dios medrar con los amores de mi señora Estela, si no me entrara en un cerco con ellos á disputar; ¡oh qué lenguarazo estó, y ansí ha de ser ello! Porque cuando estuviere delante mi señora Estela, sepa hablar desenvueltamente, y no como otros alforjas que se están como correa de çapato; pero ¡qué digo! Gran tardança es la que ha hecho éste mi moço.

PER. Hola, Ortega; ¿á quién digo, no sales acá?

ACA. ¿Quién vay?

PER. ¿Qué quereis vos saber?

ACA. ¿Con quién lo hás, rapaz?

PER. Como quiera estará bien, Ortega, que ya es tarde.

ACA. ¿Qué ha de estar bien?

PER. ¿Qué? No, nada, sino la mesa.

ACA. La mesa, ¿y para qué?

PER. Hame convidado Ortega á comer.

ORT. ¿Oyes, Pedro?

PER. ¿Qué quiés, hermano Ortega?

ORT. Vente pasado mañana, que no está aquí Gargullo, que se ha llevado la llave de aquello.

PER. Pues arrójame por ahí mi pan.

ORT. Vuélvete cuando te digo, y llevallo hás todo junto.

PER. Arrójame mi pan, válgale el diablo al ganso.

ORT. Válale el quistotro; mira si algo te debo, póneme á preito, cómo aquesos panes tengo hechos perder el cacarear.

PER. Pues para esta, don asno.

ORT. Pues para esta, don fardesco.

ACA. Ven acá, niño, ¿qué te tomó aquel moço?

PER. Un pedaço de pan.

ACA. Pues anda, vete, yo te prometo quél me lo pague.

PER. Así, tal debeis de ser como él.

ACA. Hí de puta, rapaz, bellaco, espera.

PER. Sí, esperaldo al ganapanazo; á huir, pies de trueno.

ACA. Agora gran tardança es la que ha hecho este diablo de Gargullo.

GAR. Señor, ¿eres tú?

ACA. ¿Conoscísteme?

GAR. Sí, que estaba ya advertido; mas otro que no fuera yo, no bastara

á conoscerte, aunque fuera tu propia mujer.

ACA. ¿Pues qué te paresce, vengo bueno?

GAR. Excelentísimo vienes, señor.

ACA. Pero vén acá, Gargullo, ¿conosces, por ventura, por ahí algun piota?

GAR. Piloto; ¿agora quieres navegar, que eres enamorado? Buen recado te tienes.

ACA. Que no te pregunto aqueso, badajo, sino un clopeador destos que hacen versicos y coplas; ¿y ésto?

GAR. Ya, ya te entiendo.

ACA. Pues toma, cata aquí un escudo, hásmelo hacer todo de coplas para mi señora Estela, y digan desta manera: Estela de plata, Estela de oro, Estela de argento, Estela de azabache, y otras veinte Estelas de por ahí, que mejor te parezcan.

GAR. ¿Qués eso que reluce?

ACA. La cadena de oro es, ¿no la ves?

GAR. La cadena; ¡oh, mal haya yo y todo mi linaje! Yo me voy, señor, que no quiero más entender en tus amores.

ACA. ¿Por qué, hijo Gargullo?

GAR. ¿No ves, señor, que si la señora Estela te vé esa cadena, te la demandará, y quedarte has sin ella?

ACA. Bien dices, Gargullo; toma, guárdamela tú.

GAR. Daca, señor; ¡guárdeme Dios, y qué descuidado eres!

ACA. Bien dices; pero Gargullo, la puerta veo cerrada, llama.

GAR. Ah de casa.

EST. ¿Quién está ahí, es Gargullo?

GAR. Señora Estela, aquí está quien desea hacelle todo servicio,

EST. ¿Está ahí mi señor Acario?

GAR. Aquí está por cierto un pedaço, y no de asno, sino del más gentil enamorado que se podría hallar en los circunloquios y paripáticas vegas del amor.

ACA. Cé, cé, Gargullo, ¿qués lo que ha dicho?

GAR. ¿Qué, no lo has oido, señor? Te ha llamado, ten ánimo, háblale.

ACA. Señora Estela, la demasiada vasca que siento en aqueste estómago por la congoja y merescimiento que me procede de aquesos tan estilados cabellos, dan grande acusacion á las muy mirabélicas

orejas, que con las aromáticas arracadas cuelgan por aquesos muy melífluos carrillos, á que me ahogue como un camafeo en el hondo y más que acecalado mar.

GAR. Paso, paso, señor, ¿y adónde ibas á parar?

ACA. ¡Oh, malaya yo y todo mi linaje! Por cierto si no me atajaras, no parara hasta las emblemas de Aristóteles.

EST. ¿Quiere entrar, señor?

ACA. Sí, luz de mi alma, yo jarope.

LUPO Toma, toma, don asno, porque entreis en casas ajenas.

ACA. ¡Ay, ay, mi cabeça! ¡Ay mis espaldas! ¡Gargullo, que me matan!

GAR. ¡Ay cuitado de mí, que yo comienço á perder la vista de los ojos!

ACA. ¿Dónde estás, Gargullo?

GAR. Aquí estoy, señor.

ACA. ¿Con qué te han dado, Gargullo, con qué te han dado?

GAR. Con unas cinchas de caballo, maloras presto.

ACA. A mí tambien, hijo, con eso mismo.

GAR. Yo lo creo, señor, tráigame un confesor de...

ACA. Calla, hijo, que no morirás, ni Dios tal permita; daca la cadena, hijo Gargullo.

GAR. Todo me han robado, señor, que no me han dejado cadena ni cosa que lo valga.

ACA. ¿Que la cadena te han robado? ¡Oh amargo de mí! ¿Pues qué haré?

GAR. ¡Oh desafortunado de tí, Gargullo! ¿Qué haré yo, señor, de mi vida? Desgraciado de mí, tráeme un cura luego, luego.

ACA. Calla, hijo, que no morirás, y dá al diablo la hacienda, y tén entendido que yo me vengue desta muy bien vengado.

GAR. ¡Ay, señor, que por vos soy muerto por andar en vuestros malditos amores!

ACA. Sosiégate, hermano, que yo te prometo que si desta escapas, tú verás si has rescebido esta molestia por hombre ingrato y desconoscido; alça, alça tu capa.

GAR. Mi capa, señor, antes os ruego que siendo yo muerto, envieis algun bien por mi alma al señor Santiago de Galicia.

ACA. Anda acá, hijo Gargullo.

GAR. No me puedo tener, señor.

ACA. Pues si no te puedes tener, yo te llevaré á cuestas sobre mis hombros.

GAR. Sea ansí; tómame á cuestas, señor bonito, por amor de Dios.

ACA. Anda acá, hijo, que bien vas á tu placer.

GAR. No camine mucho, vamos.

ACA. ¿Vas bien así?

GAR. Sí, señor; arre, arre.





ESCENA TERCERA

INTERLOCUTORES:

ARMELIO, *que es Medoro.*
CASANDRO, *gentilhombre.*--FALISCO, *criado.*
AGUEDA, *anciana.*—UNA GITANA.

MED. Verdaderamente grande es el amor de la patria, y así tengo por averiguado que la tierra donde nascemos tenga algun tanto de sanguinidad con el cuerpo humano, y que ello sea así verdad. Entrando que entré en este pueblo, habiendo entendido que en él nascí, me recresció en el ánimo una conoscida operacion de un cierto amor y reverencia, con aficion mezclado, por donde agora siento ser aqueste lugar por tantos tiempos de mí dcseado; hol-

gado me hé por cierto, y más holgaría si supiese quién son mis padres. Retirarme quiero, como la gitana me dijo, al portal de Ruçafa; mas hácia acá viene gente, desviarme conviene un poco en tanto que pasa.

FAL. Señor, la vista ó la imaginacion me engaña ó es aquella vuestra muy querida Angélica.

CAS. Gran cosa sería si la imaginacion no te engañase, antes yo te lo quería decir; pero estoy asombrado y maravillado que una tan honesta y recogida doncella vaya así sola fuera de su casa.

FAL. Ella es, ¿no ves que de nosotros se esconde?

CAS. ¿Qué haré, Falisco? ¿Has visto cómo me soy demudado?

FAL. Señor, no os turbeis; ¿qué hiciérades si encontrárades con algun enemigo vuestro, armado en mitad desta calle, cuando saliéndoos á la vista una cosa que tanto deseais, os habeis así alterado y cambiado de la color; ¿de qué temeis?

CAS. ¡Oh, Falisco, operaciones son que hace el amor!

FAL. Yo no sé á qué propósito se te desvía, queriéndote tanto.

CAS. Aquesta es, Falisco, la que me pone en parrido la vida, y por un cabo me combate el deseo de salirle al encuentro, y por otro me refrena el tema viéndola así esquivarse de nosotros.

FAL. Señor, aquí conviene tomar buen acuerdo.

CAS. No sé qué partido tome, si tú no me aconsejas.

FAL. Señor, si vos sois contento con mi consejo, yo no podré faltaros.

CAS. Falisco amigo, dime lo que debo de hacer.

FAL. ¿Qué? Desposponer todo temor, porque las mujeres siempre desean ser rogadas; presentarte ante ella con aquel modo mejor, que amor os sabrá mostrar, y demandarle cortesmente la ocasion de tal movimiento; el resto yo no soy suficiente á enseñaros, pues vos teneis capacidad para todo ello.

CAS. ¿Aconséjasme aqueso?

FAL. Señor, sí; ¿de qué teneis miedo?

CAS. Yo voy. Gentil doncella, merced con la cual yo vivo, y si es lícito á un humilísimo criado vuestro

saber la ocasion de haberos salido así sola fuera de vuestra casa, ruégoos por aquel Dios que me atravesó el pecho el mismo dia que os dí y entregué mi voluntad, que de mí no la escondais, pues sois cierta, que antes moriré por respeto vuestro habiendo ocasion, que vivir por otro.

MED. Gentilhombre, vos mostrais en el hábito y manera ser cortés y bien acostumbrado, mas vuestras palabras son al contrario; no es usança de personas nobles dar fastidio á ninguno, especialmente á mujeres, y así os ruego, si en vos hay centella de cortesía, os querais ir vuestro viaje.

CAS. ¿Y cómo, señora? ¿Será aquesta respuesta el premio de tanto amor, que siempre os he tenido y vos me habeis manifestado?

MED. Señor, no seais tan descortés; por amor de Dios, id en buen hora, pues os lo ruego.

GIT. Buenos dias, buenos dias, vén acá, rapaza, ¿qué haces aquí tú con ese señor?

MED. Yo no hago ninguna cosa, sino que él es pesado y fastidioso.

CAS. ¡Ay de mí, señora, fastidioso!

GIT. Anda, vete con Dios gentilhombre, anda, vete con Dios; ¿no sabes que no es usança hacer mal ni enojar á mujeres, especialmente siendo forastera?

CAS. Forastera bien lo creo vos lo seais, mas esta señora no la conozco yo por forastera.

GIT. Tú estás engañado, señor mio; Armelia, chuchulí, mechulachen, escucha una palabra.

CAS. ¿Qués esto, Falisco?

FAL. Yo estoy fuera de mí.

AGUE. Dios os contente, señor Casandro, Dios os contente.

CAS. ¡Oh, señora Agueda, á qué buen tiempo sois venida!

AGUE. ¿Y cómo? ¿Qué hay de nuevo?

CAS. ¿Veis aquí á mi Angélica, señora?

AGUE. Señora Angélica, ¡ay de mí, no me habla! ¿Y quién es ésta que está con ella?

CAS. No sé, en mi vida la ví, mas que á mi señora le he suplicado me hable, y no muestra en su semblante de conoscerme, antes me arroja de sí, llamándome pesado y fastidioso. Señora Agueda, de gracia rescebiré merced muy se-

ñalada, que os llegueis allá y le pregunteis la ocasion de semejante movimiento, que yo me apartaré aquí en tanto.

AGUE. Así lo pienso de hacer. Dios os contente, hija hermosa, decidme, mis ojos, ¿quereis que os diga una palabra aquí aparte?

GIT. Tú que quieres hablar aparte á los hijos ajenos, ¿tú piensas de los engañar? Anda, vete con Dios, buena mujer; anda, vete con Dios.

AGUE. Yo no hablo contigo, hermana mia.

MED. Anda en hora buena; anda en hora buena, mujer honrada, que yo no soy por ventura quien vos pensais.

AGUE. ¿Y cómo tan presto os habeis desacordado de vuestra Agueda y del amor del vuestro Casandro? Yo no sé en qué modo os sufre el coraçon desecharlo y consumirlo así.

MED. Déjate deso, hermana mia; déjate deso, que yo no te entiendo.

GIT. Anda, vete con Dios, no tientes de paciencia á quien está desesperada y sola en tierra ajena.

AGUE. Desesperada; desesperaos cuanto

quisiéredes, desviaos allá, ¿y quién os llama aquí, amiga? Cata que es donaire.

GIT. Anda, vete con la ira mala, y deja estar los hijos de los pobres; y ¿qué piensa hacer esa bruja?

AGUE. Tú eres la bruja, y á esta moça yo la conozco muy bien, y ha de ir conmigo á pesar vuestro, don diablo meridiano.

GIT. Por la fé que mantengo, si á mí os llegais, que yos rasgue esa cara; llégate acá, hija mia.

AGUE. Por vida de mi ánima, que ha de ir conmigo.

MED. ¿Qués aquesto, mujer de bien? ¿Qué os ha movido á reñir sin razon?

GIT. ¿Habeis visto qué mala hembra?

AGUE. ¿Habeis visto qué ladrona?

FAL. Señor Casandro, despartad vuestra merced esta brega.

CAS. Yo temo de enojar á mi señora Angélica; despártalas tú, Falisco.

FAL. Tírate á fuera, ribalda, que te haré encoroçar; ¿y á dónde llevas tú esta señora? Y más me espanto yo de vuestro seso, señora Agueda, llegar á las manos con semejante

persona por cosa que se puede remediar con palabras.

MED: ¡Ay hermano mio, de gracia, despartildas!

FAL. Señor Casandro, poneldas en paz.

CAS. ¿Hacérseos há á vos servicio, señora?

MED. Antes merced grandísima.

CAS. ¿Pues cuál cosa no haré yo, señora, por complaceros? Agueda, por amor de mí, que depositada la cólera, os entreis todas conmigo en mi posada, y allá veremos de dó depende esta maraña, que yo quiero pagar la colacion.

AGUE. Por mí, señor, aquí estoy.

CAS. ¿Y vos, hermana, holgareis dello?

GIT. Yo, señor, vamos mucho norabuena.

CAS. ¿Y vos, señora?

MED. Yo, señor, como mi madre quisiere.

FAL. Pues yo voy aderezar la colacion.

CAS. Sús, vé corriendo y aderéçalo todo, que ya vamos.



ESCENA CUARTA

INTERLOCUTORES:

ACARIO, *ciudadano.* — AGUEDA, *anciana.* CASANDRO, *gentilhombre.* GARGULLO, *lacayo.*—LUPO, *padrastro de Estela.*—GITANA.

ACA. Ora bien está, en fin, fin; aquél es perfectísimo enamorado que rescibe martirio por sus amores, segun dicen los astrólogos en las crónicas de los médicos; yo me he cogido para mí cuál que docena y media de correonazos y de buena mano, y mi caro Gargullo otros tantos, de los cuales me pensé que muriera el pobre moço; y agora hánme aconsejado que me arme de punta en blanco y me ponga á la puerta deste bellaco

Lupo, padrastro de mi señora Estela, y en saliendo, vengarme muy bien vengado; sús, yo me voy á poner á punto.

AGUE. Estad de buen ánimo, señor Casandro, que yo espero en Dios que haremos más de lo que pensamos. ¿Háse visto en el mundo cosa más parescida que este hijo de la gitana á vuestra Angélica?

CAS. Ciertamente es cosa maravillosa; y digo que si aquel Apeles, único en el arte de la pintura, fuera vivo, no bastara á dibujar en tabla ó en lienzo una cosa que tanto se le paresciese.

AGUE. Agora, señor, escuche un concierto que tengo concertado muy bueno.

CAS. ¿Y es el concierto, señora Agueda?

AGUE. Que si á vuesa merced le paresce, Gargullo saque á su amo de casa por tres ó cuatro horas, y haré que Barbarina cumpla un cierto romiaje que tiene de hacer; y entretanto, sacar de casa á Angélica, y por si acaso el padre viniere, poner en su lugar á este hijo de la gitana que tanto se semeja,

por causa de veinte y cinco ducados que le he prometido.

CAS. Bien está eso.

AGUE. Sólo una cosa resta, que será bien fácil y lícita de hacer, y sé que no me direis que nó.

CAS. Digo, señora, que haré cuanto quisiéredes; ¿qués la cosa?

AGUE. Que en pasando estas cosas y cambios, os desposeis con la señora Angélica luego.

CAS. Digo, señora, que antes eso os quería decir, porque es tan grande el amor que le tengo, que cualquiera cosa me sería á mí gran fatiga, si tocase en el perjuicio de su honra; así que, de aqueso podeis estar muy segura.

AGUE. Pues yo voy á negociar lo que cumple.

CAS. Id norabuena.

GIT. Bien negociado habemos, que veinte y cinco ducados me han prometido porque preste á Medoro por tres ó cuatro horas; lo que me resta de hacer, es descubrir á sus padres quién sea aqueste moço, que no serán tan malos que no me perdonen el hurto y me paguen la criança dél, y en el

entretanto es menester buscar para el mantenimiento; pero ¡qué digo! Un hombre me paresce que está escuchando; aguardad, que yo le haré la morisqueta con esta bolsa.

GAR. Valga el diablo á tan extraño hábito; ¿es hombre, ó mujer? Un intérprete es menester para entendello.

GIT. Cuando hurté esta bolsa con todos estos ducados, no me vió nadie; fortuna me ha favorescido esta vuelta.

GAR. Salto es este, por los Santos de Dios.

GIT. Los diamantes y rubíes, sin cuatro mil coronas que vienen dentro, valen un tesoro.

GAR. ¿Qué es aquesto? Pues bien lo oigo, que no estoy sordo.

GIT. El mercader cuya es, me ha de buscar por toda la ciudad, porque al tiempo que la hurté no habia persona en toda la tienda.

GAR. Estáte quedo, Gargullo, que la presa es tuya; tente, tente.

GIT. Bien será escondella aquí que no pasa persona nascida, hasta que pase el peligro y la justicia; y en

siendo pasado, sacalla hé y daré con ella en esa Andalucía.

GAR. Iré, no iré; voy, ó no voy; tente, Gargullo.

GIT. ¡Ay! Un hombre veo acullá, paresce que me ha visto; mal partido será dejalla al peligro; quiero tornar y sacar mi bolsa.

GAR. Estáte queda, ladrona, ¿qué hacías aquí?

GIT. Está quedo, burla si achi, burla si achi, ¿qué me quieres tú á mí, qué me quieres?

GAR. Ah, burla si achi, burla si achi, ¿tú no lo sabes? Daca la bolsa del mercader, ladrona, ¿dónde la escondiste?

GIT. ¿Yo? ¿Qué bolsa? ¿Qué, mercadante, búrlaste conmigo?

GAR. Ah, búrlaste conmigo, no tienes vergüença; anda acá delante del Corregidor, y allá darás la cuenta.

GIT. Está quedo, no me impidas mi camino, ni me estorbes mi trabajo, hombre honrado, hombre honrado.

GAR. Ah, hombre honrado, hombre honrado; anda acá, hermana, no des voces, que yo soy moço del

mercader cuya es la bolsa, y vengo en tu seguimiento.

GIT. ¡Ay, hermano, por amor de Dios! Ya que sabes el negocio, no lo descubras, sino deja estar la bolsa donde tú viste que la puse, y despues partiremos la mitad para tí y la mitad para mí.

GAR. Que me place, hermana; yo callaré, partámosla y soy contento.

GIT. Pues, hermano, házme un placer, que en tanto que pasa el peligro de la justicia, que me prestes algunos dineros.

GAR. Toma, cata ahí un escudo que agora lo acabé de coger á mi amo.

GIT. Poquito hay aquí y tengo mucha gente.

GAR. Hasme hecho tanta lástima, que te daré las entrañas; ves aquí esta cadena, véndela y avíate con la bendicion de Dios.

GIT. ¡Ah, Dios te dé salud, hermano! Mira, amigo, yo querría que por amor de Dios, no toques la bolsa hasta que yo vuelva.

GAR. Guárdeme Dios; nó, nó, no la tocaré, yo te lo prometo por esta ánima pecadora, con lo ques mio

me ayude Dios, que lo ajeno no lo quiero.

GIT. Vén acá, hermano, ¿dónde es tu posada?

GAR. ¿Sabes la plaça Pelliceros?

GIT. Sí, muy bien.

GAR. Aguarda, que no es ahí mi posada.

GIT. ¿Pues dónde?

GAR. ¿Sabes la placeta de las Moscas?

GIT. Esa nó.

GAR. Nó, no la sabrás; ¿sabes la calle de los Asnos?

GIT. Sí sé.

GAR. Pues tampoco vivo ahí, sino véte al portal del cojo y pregunta por un çapatero nuevo, que se dice mase Córdoba, y en un poyo que está junto á su casa, siéntate allí hasta que yo vaya.

GIT. Pues, hermano, por amor de Dios, porque vaya sin peligro de la justicia que me prestes la capa hasta que yo vuelva, porque no sea conoscida.

GAR. Toma, hermana, y avíate.

GIT. Mira, que te torno á avisar que no toques en la bolsa hasta que vuelva.

GAR. Guárdenos Dios del diablo; sé que cumplir habia mi palabra, siendo

hijo del más honrado potecario que hay en Castilleja de la Cuesta.

GIT. Sús, queda á Dios.

GAR. Y él te guíe; allá va, como dicen, los pies en las espaldas con el recelo de micer horca; de tal suerte vá, que si se esconde no basta descubrilla toda el arte mágica; ora, sús, yo me quiero detener un poco antes de sacar el venturoso tesoro, porque si la mujer volviere me halle verdadero y observador de mi palabra. Ea, vecinos, vecinos, los que andais haciendo cercos y conjuros por hallar los escondidos tesoros, acudí al venturosísimo Gargullo, el cual hoy sin cerco ni conjuro, y sin hábito de nigromante descubrirá un tal tesoro, con que remanezca rico para todos los dias de su vida. Agora entre tanto, quiero pensar qué tengo de hacer de tanto dinero. Lo primero que haré será hacer unas casas en lo mejor desta ciudad; hacellas hé pintar por de fuera y por dentro al brutesco y al romano; haré que me pongan á punto un lindo coche en que me pasee, y los caba-

llos que me tirarán, blancos. Déjame hacer á mí: haré vestir mis criados de mi librea, que será rojo y blanco, significando rubíes y diamantes; haré matar todos mis parientes, que ofrezco al diablo hombre que quede á vida, porque viéndome tan rico no me codicien la muerte, y tambien porque no sepan mi linaje. El vivir mio no quiero que sea mercadante, porque es vida desasosegada. Cuando fuere por la calle, llevaré un paso grave y muy gallardo; harto bienaventurado será aquél que quitándome el bonete yo le volviere el recambio, porque, como dicen en este mundo, tené dineros, que ese es el valer. Ora no puedo más detenerme aquí en palabras, sino sacar el venturoso tesoro; hélo, hélo, ea, dioses celestes, encended grandes luminarias, abrid esas siniestras del cielo para que yo vea á contarlo lo que está en esta dichosísima bolsa, y más dichoso yo por habérmela hallado; ea, Gargullo, héla, héla dónde asoma, ¡ay, bendito sea Dios Todopoderoso! ¡Ay, escorias

son, y carbones son, por los Santos de Dios, carbones y escorias me cuestan un escudo y una cadena, y capa y gorra; gentil merchante soy por cierto! ¡Oh saquillo de carbones! ¡Oh pobre de tí, Gargullo, cómo te has dejado engañar de una gitana! No sabia yo que era aquella una ladrona. Verdaderamente yo he merecido hoy la principal cadena de los locos; ora, sús, yo quiero tornar á los amores de mi amo Acario, que yo espero antes de mucho tornar la piel como la culebra; pero ¿qué digo? Hélo aquí dó viene.

ACA. ¡Gargullo!

GAR. ¿Señor, eres tú?

ACA. Sí, ¿no me conosces?

GAR. Pues, señor, ponte en ristre, á justa de buen mantenedor.

ACA. ¿Y tu capa, Gargullo?

GAR. Que nó tengo capa, señor, que vengo á la ligera.

ACA. ¿Luego yo á la estradieta verné?

GAR. Sí, señor, á la estradiota vienes.

ACA. Pues Gargullo, no querría que te tardases, y me matase á mí primero.

GAR. Que no tengais miedo, señor, id con ánimo de vengaros, que fortuna os ayudará.

ACA. ¿Y si el otro la tiene ya convidada?

GAR. ¿A quién?

ACA. A ese diablo de fortuna, ó porcuna, ó como le dices.

GAR. Anda, señor, junta con esa puerta, yo estaré aquí detrás, y en saliendo cortalle aquellas piernas; no os faltará á vos el ánimo de vengaros despues de muerto.

ACA. Mira, mira, Gargullo, mátamelo tú una vuelta, y despues házte á una banda, que yo me vengaré bien vengado.

GAR. Acaba, señor, enristra presto.

ACA. Guarte, Gargullo, no te lo hinque.

GAR. Guárdeme Dios.

LUPO Válgate el diablo, quien quiera que fueres. ¿Quién es? ¿Quién sois?

ACA. Yo soy el ánima de Ferragute; *noli me tangere*, no me toques.

LUPO ¿Pues á qué venís, hermano?

ACA. A llevar los hombres de ruin vivir á la otra vida.

LUPO Los hombres de ruin vivir, pues espera; hola, moços, traéme aquí un saco y meteldo dentro, y lle-

vámelo al cimenterio y dejádmelo allí en una fuesa de aquellos muertos.

ACA. ¡Ay, ay! ¿Y á dónde me llevais?

LUPO Gritad cuanto el diablo os ayudare, que allá habeis de ir.



ESCENA QUINTA

INTERLOCUTORES:

BARBARINA, *mujer de Acario.*
ORTEGA, *simple de Acario.*—AGUEDA, *anciana, mujer de Lupo.*—ANGÉLICA, *dama.*—GARGULLO, *lacayo.*
PAULINA, *moça.*—ACARIO, *ciudadano.*
LUPO, *padrastro de Estela.*

BAR. Agora entiendo y conozco, que no hay ninguna cosa que amor no haga y pueda; Agueda me ha dicho que traiga agua de siete fuentes y tierra de siete finados, para lo cual ha mandado que vaya vestida en este hábito; yo lo quiero poner luego por obra.

ORT. Pues válgale el diabro; agora se le ha antojado á la señora Angélica dolerle las quijadas, ¿qué mo-

tecario ha de querer abrir á la media noche? ¿Qués aqueso que tengo de traer, Paulilla?

PAU. Sulsufragia y bolarménico.

ORT. Ya entiendo, ya, salchopaja y monartético; ofrezco yo al diabro bocabro de tantas silbas, si no creo que tiene más acetros y faldragas quel arte de canto llano ó agudo ó como se llama.

BAR. Mala debe de estar mi hija; mas ¿qué se puede hacer?

ANG. Paula, dále priesa á que se vaya, porque tengamos lugar de efectuar nuestra salida.

PAU. ¿No vas, Ortega?

ORT. ¿Y si no hallare aqueso, qué traeré?

PAU. Con tal que vengas presto, trae lo que á la boca primero te viniere.

ORT. Billotas, billotas, hermana Paula; por tu vida que en tanto que yo voy, reces alguna oracion por encuentro de las pantasmas, que yo mala espina tengo, que dicen que á estas horas se suelen pasear por las calles ánimas pecadoras; mas, ¡ay, ay!

BAR. ¿Dónde vas, Ortega? ¿No me ha-

blas? ¡Qué helado quedas! ¿Dónde vas, dí?

ORT. Ya saben mi nombre las pantasmas, poca es mi vida.

BAR. Díme, ¿dónde vas?

ORT. Señora, aquí voy por un dinero de potecario, ó sanchopaja á servicio de su reverencia. Dígame vuestra paternidad, ¿cuánto ha que salió del otro mundo?

BAR. Agora en este punto.

ORT. Mucho habeis caminado; ¿y á qué venís?

BAR. A llevar todos los moços lerdos y perezosos á la otra vida.

ORT. ¿Luego yo no soy de menester allá?

BAR. No, el primero habeis de ir.

ORT. ¿Y no es más lerda Paulilla, la de mi casa?

BAR. ¿Y adónde está esa?

ORT. Espere vuesa mercé, que yo la iré á llamar.

BAR. Volved acá; ¿pensais escapar por ahí?

ORT. Señora pantasma, soprico á la ilustrísima señora, que me haga tan señadalísimas mercedes de dejarme llegar á casa por una camisa limpia, que ésta está muy su-

cia, y ternán que decir de mí ciertos parientes que tengo en lotro siglo.

BAR. Pues andad y venid presto; volá, Ortega, catad que os aguardo aquí y no me iré hasta que vengais.

ORT. ¿Quién ha de volver, señora pantasma?

BAR. Vos.

ORT. Yo en la color del paño estamos, juro al cielo de Dios, de casa no me saquen con tenazas, cuanto más con palabras.

BAR. Sús, yo me voy á seguir mi romaje por esta encrucijada.

ANG. Oh, ciego Cupido, sojuzgador de los joveniles coraçones, de quien proceden aquellos deseos, agora dulces, agora amargos, con los cuales nuestro ánimo se recrea; si acaso fuiste inclinado á alguno que debajo tu poderoso imperio militase, inclínate á nosotros, óyenos, socórrenos, ayúdanos, y házlo, señor, no por mí, mas por aquel arco y aljaba y flechas á quien todos los enamorados se inclinan; ház, señor mio, que yo te pueda sacrifi-

car, no incendios, no vitelos ni humos de enciensos, ni cosas muertas, mas aqueste mísero coraçon mio, y más, si más me resta, para que venga á efecto éste nuestro lícito amor. Hembras, que siempre os mostrais piadosas á los amorosos negocios y habeis puado las enamorosas flechas; rogad por mí pudiendo socorrerme, porque no hay mayor señal de humanidad, que haber piedad de un mísero; mas ¡ay triste, qué gente armada podria ser aquesta que veo á la puerta falsa! Temor me ha puesto, yo me voy, que sin duda es Casandro que me viene á sacar en cambio de la gitana, yo le voy á rescebir.

GAR. Señora Agueda, ¿qués esto, qué demonio habeis urdido y tramado acá?

AGUE. ¿De qué te ries, Gargullo?

GAR. ¿Sabes de qué me río? De mi amo Acario.

AGUE. ¿Y qué ha hecho tu amo Acario?

GAR. Tu marido Lupo le ha metido en un saco y llevado al cimenterio, y le ha puesto encima de una sepultura, y está dando gritos como

un asno, y tengo miedo que un disciplinante que está allí no encuentre con él.

AGUE. Ah, ah, qué gran placer es el mio.

GAR. ¿De qué te ries tú agora, hermana Agueda?

AGUE. ¿Sabes de qué me rio?

GAR. ¿De qué?

AGUE. Que aquel disciplinante que dices, ¡oh, si supieses quién es!

GAR. ¿Quién es por tu vida, Agueda?

AGUE. ¿Sabes quién? Tu ama Barbarina, que yo la he mandado que vaya en aquel hábito á coger tierra de difuntos; pero véslos dónde vienen.

GAR. ¡Ay de mí, ay de mí! ¡Socorro, socorro!

AGUE. ¿Con quién lo habeis, con quién lo habeis?

BAR. El diablo que viene trás de mí armado, ¿no le veis?

ACA. Uh, uh, uh.

GAR. Ah, ah, ah.

AGUE. No sé cómo no soy muerta de pura risa; por tu vida, Gargullo, que te vayas á templar esos laudes, porque están muy desacordados.

GAR. Yo pienso que no bastará toda la concordancia del mundo á templallos.

AGUE. Sús, yo me quiero volver á mi casa, porque ya Casandro se habrá desposado con Angélica, segun lo dejé concertado con mi marido Lupo, y cobrar los veinte y cinco ducados á la gitana ofrecidos, sin los demás que tocan á mi trabajo; ah de casa.

LUPO ¿Quién es?

AGUE. Yo soy, marido; ábrime esas puertas que os tengo mucho que contar.

LUPO Entrad, descanso mio; bonito, cata no caigais, dadme esa mano. *(Aquí sale Medoro huyendo, y Acario y Barbarina tras dél).*

ACA. Hola, hola, señora mujer; aguijad, aguijad, que mi amada Angélica se va huyendo por la calle; toma el manto.

BAR. ¿Por dónde va? Andá, vos, que luego voy. ¿Gargullo?

GAR. Señora.

BAR. Aguija tras tu amo Acario, que va en seguimiento de Angélica.

GAR. ¿Cómo? ¿Quién la lleva?

BAR. Nadie, sino que huye de casa.

GAR. ¿Que huye? Daca la espada, daca mi brodaca, mi jaco y guantes.

BAR. Anda, ladron, que no es menester nada deso.

GAR. ¿Por dónde va, señores?

ANG. Aguijad, señora Agueda, tornadme á mi casa agora que hay tiempo y sazon.

AGUE. ¿Qué tiempo? ¿Cómo lo sabeis?

ANG. Que yo he visto mi padre y madre en pos del hijo de la gitana.

AGUE. ¿Cuál, aquél que pusimos en vuestro lugar?

ANG. Ese mismo; pero yo quiero hacer una cosa muy buena: que cuando mis padres tornen á casa fingiré un buen semblante, diciendo que á qué efecto han salido de casa con semejante alborote, de suerte que quede yo libre, y que ellos no sepan si duermen ó velan.

AGUE. Digo que habeis acordado muy bien, espera y acompañaros há mi marido; ¿señor marido?

LUPO Señora mujer.

AGUE. Salid y acompañad aquí á la señora Angélica hasta su posada.

LUPO De gracia; vamos, señora.

ANG. Mercedes, señor Lupo; andá con Dios, pues ya estoy en salvo.

LUPO Beso las manos de vuesa merced, y perdone.

GAR. ¡Oh pecador de mí, pecador de mí!

LUPO ¿Qué hás, Gargullo? ¿Dónde bueno vas?

GAR. ¡Oh, mi hermano Lupo! Mi señora Angélica huida de casa, y á lo que creemos ella está llena de espíritus.

LUPO ¿Y agora dónde bueno vas, hermano Gargullo?

GAR. Sabed que voy por dos manteos á casa, el uno para mi señora la vieja, y el otro para la moça, y eso porque no sean conoscidas.

LUPO Pues vas á tan buena obra, no te quiero estorbar, anda con Dios.

GAR. Y él te guíe, hermano Lupo, que hoy me han cabido en suerte locos y endemoniados. Ah de casa; abrid, cuerpo del cielo, no me hagais estar á la puerta dando voces en la calle.

ANG. Bien entendido tenia yo que sería el loco de Gargullo.

GAR. ¡Jesús, Jesús! ¿Qués aquesto?

ANG. ¿Qué dices? ¿De qué te fatigas? ¿Quiéresme decir algo? ¿Quieres subir?

GAR. Yo pienso haber hoy entrado en la casa de los locos, que por estar deste arte tengo enviado mi sentido á Baco.

ANG. ¿Qué diablos estás fantaseando?

GAR. Digo que os conjuro de parte de Dios y del señor Sambido, que me digais si sois ánima ó si sois algun espíritu fantástico.

ANG. Aqueso te ha causado el mucho beber.

GAR. El mucho beber, beso las manos de vuestra merced. Por Dios que está donoso mi yerno; si ahora en este punto os dejé en casa de un vecino de vuestro padre y vuestra madre con vos, y me enviaron por dos mantos, el uno para vos y el otro para ella, y os he dejado muy bien ligada acullá y os hallo desligada acá, ¿qué diablos quereis que diga?

ANG. Sin duda tú has perdido el juicio.

GAR. ¿Pues qué diablos haré yo agora?

ANG. ¿Qué? Que te vayas á llegar á mis padres, que ellos deben de tener los espíritus; anda, véte, y hacerles has dar señal, que acá no te entendemos.

GAR. Pues, señora, por amor de Dios,

que no os movais de aquí hasta que yo torne.

ANG. Vé, que no haré, no dudes.

GAR. ¡Jesús, Jesús, si no tengo temor de ir solo por la calle, que creo que todo está espiritado!





ESCENA SEXTA

INTERLOCUTORES:

MEDORO, *hijo de Acario.*
ACARIO, *ciudadano.*—BARBARINA, *su mujer.*
ANGÉLICA, *dama.*—GARGULLO, *lacayo.*
UNA GITANA.

MED. Señores, catad que os digo que me dejeis.

ACA. ¡Ay, hija mia, por amor de Dios! Que no se te ponga tal en el pensamiento, sino camina, y curarte han desa enfermedad, y cuando te hayas confesado remanescerás sana y contenta.

MED. Confesaos vos, que debeis de ser algun malaventurado.

ACA. ¿A tu padre?

MED. ¿Cuál padre? Ni quiero que seais mi padre, ni veros tampoco.

BAR. ¡Ay hija mia, yo te encomiendo al señor San Bartolomé, y tén confianza en Dios, que no morirás deste mal!

MED. ¡Ay Dios, y no estuviera yo desligado!

BAR. Tened entendido que ella tiene alguna legion de espíritus.

GAR. Señor, todos tenemos hoy el diablo en el cuerpo, que vuestra hija Angélica, yo la dejo en casa.

ACA. Calla, borracho.

GAR. Borracho, agora lo sábreis.

ACA. Llama ya en esa puerta.

GAR. ¿Que llame? Espera pues; ah de casa.

ANG. ¿Qué novedades son aquesas? ¿A dónde teneis el entendimiento, señor padre y señora madre?

ACA. ¡Mujer!

BAR. ¡Marido!

GAR. Ah señores, ¿estoy agora borracho?

ACA. Digo que tienes razon. Barbarina, ¿qué os paresce desto?

BAR. ¿Y qué os paresce á vos?

ACA. A mí, que no sé si es espíritu ó si es Angélica.

MED. Dejadme, ya vos lo he dicho, viejos endiablados.

ACA. Vén acá; ¿tú quién eres? Barbarina, no sé qué me diga; que aquella me paresce á mi Angélica.

BAR. Y á mí aquesta; ¿y á tí, Gargullo?

GAR. A mí, aquesta y aquella.

ACA. Anda, vete, loco, ¿cómo puede ser aquesta y aquella? Pero dejémoslas ambas y traigamos algun conjurado; que si alguna destas es espíritu, no será tan importuno que no se vaya.

GIT. Buenos dias, buenos dias; vén acá, rapaza, ¿á dónde te has escondido?

MED. Ay, amada madre.

ACA. ¿Cuál madre ó cuál diablo?

GIT. Madre soy de aquesta mochacha; dejadnos en paz, que aquesta es mi hija.

ACA. ¿Cuál hija?

GIT. Y vosotros, ¿por qué habeis ligado la mochacha como bestia en caballeriza?

ACA. ¿Que aquesta es tu hija? Tú mientes por mitad de la cara; ¿no está claro que dices grandísima falsedad y mentira?

GIT. Tú eres el que dices la mentira, que aquesta es mi hija.

BAR. Está queda, mujer de bien.

ACA. Gargullo, ¿qué haces? Ayúdanos aquí.

GAR. ¿Qué os tengo de ayudar, si la habeis dejado desligar?

GIT. Agora, señores, yo os veo á todos en gran confusion, y si me perdonásedes un hurto que en algun tiempo se os hubiese hecho, yo os declararía á vista de los ojos clara y distintamente, cuál de aquestas es vuestra hija.

GAR. ¡Ah, ladrona! Venida sois á pagar el saco de carbones que me hecistes encreyente que eran dineros, y la cadena de mi señor Acario, y mi escudo y capa, todo me lo habeis de dar aquí juntamente.

ACA. Déjala estar, Gargullo, que más que todo eso se le ha de perdonar con que nos saque deste laberinto.

GIT. ¿Y vos, señora, perdonaisme?

BAR. Yo, ni más ni ménos.

GIT. Pues ya que estoy perdonada de ambas partes, decíme; ¿habeis tenido más hijos que aquesta moça?

ACA. No más que aquesta sola.

GIT. Qué, ¿nunca tuvísteis hijo alguno?

ACA. Sí, otro hijo tuve que nasció con ella y de un mismo parto.

GIT. ¿Y ese hijo es vivo?

ACA. No es vivo, ¡ojalá nos viviera!

GIT. Y veamos, ¿cómo lo sabeis?

ACA. Yo os lo diré; enfermó de una fiebre mortal, y en cuatro dias se nos murió.

GIT. ¿Acuérdase bien, señor, si es muerto?

ACA. ¿No os digo que se nos murió, y estando en la cuna se nos desfiguró, que en rostro y faiciones era semejante á su hermana?

GIT. Mira, señor, no lo hubiesen cambiado en la cuna.

ACA. ¿Quién me lo habia de cambiar, ó cómo?

GAR. Señor, guarte della no te quiera hacer alguna burla, que es una ladrona.

GIT. ¿No os acordais que en aquel tiempo andaban los gitanos por el mundo?

ACA. Verísimo es.

GIT. Pues, oidme, oidme, que yo soy aquella que os robó vuestro hijo Medoro, el cual es éste, y el que se os murió era un gitanico hijo mio.

ACA. ¡Santa María Señora! Hermana, enséñamelo, que si él es, ha de tener un lunar en la frente bajo el cabello.

GIT. Véslo aquí, señor, véslo aquí.

ACA. ¡Oh carísimo hijo Medoro! Vén, vén, reposa en los braços de tu padre.

BAR. ¡Ay, hijo Medoro! ¿Y es posible que eres vivo, despues que yo por muerto te tenía?

MED. Sí, que soy vuestro hijo Medoro, y soy vivo.

BAR. Angélica hija, abaja de presto á abraçar á tu hermano.

ANG. Que me place.

GAR. ¿Pues yo he de quedar sin abraçarte? Espera.

ANG. ¡Ay, caro hermano, que no puedes negar aquél que tú eres!

MED. Ni ménos tú, carísima Angélica.

ACA. Mirad con qué regocijo se recobraría hurto como aqueste, ni con tanta cerimonia.

GIT. ¿No os paresce que habeis sido venturoso haber hallado un hijo gentilhombre y hermoso, y así criado desta suerte?

ACA. Digo que teneis razon, y de aquí adelante terneis en mí un herma-

no, y en mi mujer una hermana, y en cualquiera destos un hijo.

ANG. Ya que habeis perdonado á la gitana, señor padre, haced cuenta que las perdonanças son hoy generales.

ACA. Así es la verdad.

ANG. Luego suplícoos que me perdoneis un pecado.

ACA. Dí, hija, que todas las culpas se perdonan hoy en esta casa por mí.

ANG. Habeis de saber que me he desposado con Casandro, gentilhombre, rico y bien acostumbrado, y natural de la villa misma.

ACA. Casandro, está bien; señora mujer, dése perdonança á todo, hacéme este placer.

BAR. ¿Así que, con Casandro? Soy contenta.

GAR. Señor, tambien quiero yo que me perdone á mí un pecado tamañito.

ACA. ¿Qué pecado?

GAR. Que me he casado con la señora Estela.

ACA. ¿Con Estela, traidor?

GAR. Señor, sí, perdóneme, que cuando estuvimos en aquel peligro de los correonazos, hice promesa,

si Dios me escapaba dellos, de me casar con una moça pobre, y así he tomado á la señora Estela por mujer; ruégoos que nos favorezcais, para poner una tienda de aceite y carbon y soliman.

ACA. Anda, que yo te perdono. Hijo Medoro, toma á tu hermana Angélica por la mano y entraos allá dentro, y tú, Gargullo, con toda la criança del mundo llamarás á Casandro, para que se efectúen sus bodas y las tuyas.

GAR. Señor, que me place. Ea, señores, cada uno se vaya á su posada, que si toda la gente que está allá dentro y vuesas mercedes han de comer en casa, bien podemos echar á cocer la mula, y su gualdrapa y todo; y por tanto, perdonen.

FIN DE LA COMEDIA

Fueron impresas en Sevilla en casa de Alonso de la Barrera, junto á las casas de Pedro de Pineda. Acabáronse en doce de Mayo del año de M.d.l.xxvi.

ÍNDICE DEL TOMO XXIV

OBRAS DE LOPE DE RUEDA

ÍNDICE

